

Sor MARIA DE LA SEMA, TRINIDAD

COLOQUIO INTERIOR

EDICIONES PAULINAS
CAROLINA, 12 - MARITIM (12)

COLECCION



PAULINAS

COLOQUIO INTERIOR

Se suelen recibir con un cierto reparo las libros que tratan de visiones o revelaciones privadas cuando no se está seguros de la fuente de la que proceden. Los escritos que presentamos a nuestros lectores están avalados por el testimonio de la comunidad a la que la Autora pertenece. En definitiva se trata de una persona sincera, franca y fiel.

Estas páginas no responden a un impulso personal sino a un verdadero mandato de su Director espiritual que juzgó se trataba de libros especiales del Espiritu Santo a ser felicitados. Ni tampoco respaldan a un sutil orgullo de una propia debilidad y de las miserias del Sector. Sirva el presente libro para que, a imitación de Sor María de la Trinidad, muchas almas religiosas experimenten los frutos de su portado y lleguen más pronto a gradar las diversas consolaciones.

SOR MARIA DE LA TRINIDAD
Clarisa de Jerusalén

Para la Familia Paquinista
al deseo de que viva un sentido
COLOQUIO INTERIOR, con
el Señor

«Te hablo en el silencio interior».

«Me buscáis lejos, siendo así que me tenéis
muy cerca. Para cómo sólo habéis de bajar
a vuestra conexión».

Roma 14. II. 1914

EDICIONES PAULINAS

Nihil obstat

Por parte de la Pía Sociedad de San Pablo,
P. Desiderio Costa, Sup. Prov.

Nihil obstat

Dr. Antonio Muñoz
Censor

Imprimase

† José María, Obispo Auxiliar
y Viscario General
Madrid, 12 de septiembre de 1960

© EDICIONES PAULINAS, MADRID

Printed in Spain

Número del Depósito Legal: M. 2138-1961

RESERVADOS LOS DERECHOS
PARA TODOS LOS PAISES DE HABLA ESPAÑOLA

Carta de Su Beatitud Luis Barlassina,
Patriarca de Jerusalén

J. M. J. A. T.

PATRIARCATUS LATINUS
JERUSALEN

P. O. B. 1174
Tel. 3460
N. 104/62

Navidad de 1962

May Rvdo. Padre:

Leyendo atentamente el manuscrito del presente libro, antes de autorizar su publicación, he podido admirar los maravillosos efectos de la gracia en su alma.

La divina gracia realiza un trabajo progresivo consistente en quitar los obstáculos, trazar las grandes líneas de acción y conducir al alma hacia las elevadas cimas de la perfección, cosa que usted, Rvdo. Padre, ha sabido exponer muy bien.

En resumen, Dios no pide nada realmente extraordinario a Sor María de la Trinidad, pero exige de ella una fiel correspondencia a sus santas inspiraciones y la generosidad de no rehusar los pequeños sacrificios que requiere la vida cotidiana.

Siempre aparece claramente que la gracia se posee al sol y el alma a la habitación cuyas puertas o ventanas basta abrir para que penetren a raudales los vivificadores rayos solares.

Ese fue el caso de Sor María de la Trinidad, a

quien pueden aplicarse con toda verdad las palabras del Rey profeta: «In simplicitate cordis mei laetus obruli uniuersa. Te he hecho todas mis ofrendas en la rectitud de mi corazón» (1).

Dios quiera, reverendo Padre, que este libro aporte un gran bien a las almas haciéndoles comprender que con sencillez y generosidad se va derecho a Dios, el cual, en tal caso, no pondrá límites a su misericordia.

Le doy mi bendición y me encomiendo a sus oraciones.

Suyo afmo. en el Señor,

† LUIS, Patriarca de Jerusalén.

Al Muy Rvdo. Padre Silverio van den Broeck.
O. F. M. (2).

SAN SALVADOR (Jerusalén).

PROLOGO

Esta versión castellana de los escritos de Sor María de la Trinidad se ha hecho siguiendo la primera edición francesa, debiéndose las pequeñas adiciones y variantes, que pueden advertirse, a una mayor fidelidad al manuscrito de la misma Hermana que tuvimos la no pequeña suerte de poder consultar antes de su desaparición, por robo, del despacho del Padre Guardián de Tierra Santa.

Sor María de la Trinidad, en el siglo, Louise Jacques, nació en Pretoria (Transvaal), de padres protestantes, el 26 de abril de 1901. Su madre murió al darla a luz y su padre — misionero protestante de Africa del Sur — llevóla, juntamente con sus dos hermanas mayorcitas, a Suiza, donde encargó de su educación a una tía de las niñas, mujer de cierta edad.

La infancia y juventud de Sor María transcurrieron sin afectos y sin alegrías. Tras una larga serie de «luchas y sacrificios inútiles» — según diría más tarde — conoció la «desesperanza». Cansada y hastiada, una triste noche de febrero de 1926 llegó a la conclusión de muchos derrotados: que Dios no se cuidaba de ella y que la vida no valía la pena vivirla.

Pero el Señor estaba cerca de su dolor y precisamente aquella misma noche, tras diversas y provi-

(1) I Paralipómenos, 29, 17.

(2) El Iborado P. Silverio van den Broeck fue por algún tiempo director espiritual de Sor María en el monasterio de las Clarisas de Jerusalén y por orden suya escribió la Hermana los pensamientos recogidos en este libro.

denciales circunstancias, empezó la gracia un trabajo interior que habla de conducirla a convertirse al catolicismo y después de una larga serie de pruebas y desengaños de toda clase, a morir en Jerusalén como religiosa clarisa.

De regreso de Transvaal, a donde había ido para ver a su familia, llegó a Jerusalén el 24 de junio de 1938 y aquel mismo día pidió poder hablar con la Rvda. Madre Superiora del pequeño monasterio de las Clarisas. A la espera de ser recibida, entró en la iglesia del convento, y la hermana portera, a pesar de los años que median, aún recuerda ahora, no sin emoción, la grácil figura de una mujer joven, vestida de negro, con la mirada absorta y la cara transfigurada en la oración. Pedía en aquellos momentos con toda su alma una señalada gracia que le fue concedida, la de entrar, como lo hizo, para siempre en el monasterio de Santa Clara de Jerusalén, una luminosa mañana, la del 30 del citado mes de junio.

Una vez en el convento, la animosa joven quemó las etapas de su perfeccionamiento: de carácter extremadamente independiente, pasó a ser la más obediente y dócil de la comunidad. Caritativamente moderó su acre interior y dominó aquel fuego de novicia-conversa por el que hubiera querido que todo y todos se hubiesen consumido en las mismas llamas que a ella la devoraban. En aras de su ideal, sacrificó el anhelo de cariño y de comprensión que su sensibilidad de enferma y su temperamento de artista tanto le hacían sentir. Todo lo dejó y todo lo ofreció en holocausto a fuerza de violencia interior para no buscar más que al Señor y entregarse por entero sin pedir nada para sí.

Cuando, según lo anunciado por misteriosa voz,

se le presentó la muerte el 25 de junio de 1942, salió a su encuentro con gran serenidad porque la obra maestra de su alma había quedado cumplida y ella no tenía más deseo que el de ofrecerla a Quien la había llamado desde muy lejos y que con tan singular predilección la había amado.

El volumen que presentamos, traducido literalmente de su original, tan literalmente que respetamos hasta la poca claridad de algunos pasajes del texto en francés, comprende una breve autobiografía de Sor María de la Trinidad y un admirable coloquio sostenido por ella con la misteriosa voz que oía en el interior de su alma y que tanto la animó y sostuvo en el difícil camino de la perfección.

Tanto la autobiografía como el coloquio, los escribió Sor María por expreso deseo del P. Silverio van den Broeck, un piadoso padre franciscano, de nacionalidad belga, muerto año y medio, aproximadamente, después de la segunda guerra mundial.

El autor de estas líneas sostuvo largas entrevistas con el Padre Silverio a propósito de Sor María de la Trinidad y de los manuscritos dejados por ella. Me dijo el susodicho Padre que había tenido que ordenarle escribir sus experiencias interiores porque Sor María se mostraba muy reacia a hacerlo.

El Padre van den Broeck hablaba con mucha veneración de la Hermana, a quien consideraba un alma realmente escogida. Tenía el propósito de escribir su vida, y por lo mismo, terminada la guerra, dejó el Oriente Medio y se trasladó a Italia (donde Sor María había permanecido largos años), a Suiza y luego a Bélgica. «Tengo que apresurarme — decía — porque el tiempo apremia y me queda poco de vida».

y, sin embargo, su aspecto era todavía juvenil y no parecía estar afectado por ninguna seria enfermedad. Por eso, cuando no mucho después nos llegó la noticia de su fallecimiento, no pudimos por menos que recordar sus presagios, y en algunos labios se dibujó una significativa sonrisa.

Por desgracia, el Padre se fue de este mundo antes de poder llevar a término la obra que tanto deseaba realizar. Cabe esperar que los documentos de que hiciera acopio los utilicen otros y nos sea dado en plazo breve leer la vida de alma tan singular, libro que acogerán con particular beneplácito los muchos millares de lectores de habla francesa, inglesa, alemana e italiana que hasta ahora han agotado rápidamente las sucesivas ediciones de los escritos de Sor María, así como los lectores de habla española a quienes tenemos el gusto de presentar esta primera edición castellana.

En cuanto a la naturaleza y contenido del «Coloquio interior», obvio es decir que no pretendemos en modo alguno pronunciarnos, puesto que ya se sabe que toda cautela y circunspección son pocas en cuestiones de esta delicada naturaleza.

A pesar del respeto que nos merece un alma de características como las de Sor María de la Trinidad, si se tratará del eco de inefables experiencias o más bien de la expresión de quimeras y fantasías, producido de una mente demasiado exaltada y calenturienta. ¿Habrá sido sincera en sus páginas o no será la suya, más o menos conscientemente, una versión genuina de los acontecimientos internos y exteriores de que fue protagonista y espectadora a un mismo tiempo? No hay que echar en olvido que ni siquiera en el

mismo recinto de la pequeña comunidad de las Clarisas de Jerusalén son concordantes los juicios al respecto, aunque quien esto escribe haya oído las más cálidas alabanzas de Sor María de la Trinidad tanto por parte de la Superiora como de otras hermanas de mayor edad cuyo parecer ha de tenerse por más sensato y maduro. En definitiva, tenemos por más sensatos si nos hallamos frente a una criatura sincera, franca y leal o ante una enferma, digámoslo sin rodeos, de un mal más moral que físico, como es el histerismo.

El atento examen de las páginas del Coloquio no parece avalar, sino excluir del modo más absoluto, la última hipótesis.

Característica esencial del histerismo es el egocentrismo, es decir, convertir las propias ideas y los actos personales en el centro de atención de los demás y ponerse en evidencia sirviéndose para ello de ingeniosas deformaciones de la gran virtud de la humildad. Nada de esto se encuentra en las páginas y vida de Sor María de la Trinidad, ni podría hallarse nada de todo ello en sus disposiciones y temperamento, antes al contrario, como quiera que, junto al inquietante don de la emotividad poseía el de una mente despejada y una voluntad incapaz de compromisos, quiso, y lo logró, vivir con suma claridad.

Ninguna de las palabras de la voz interior convalida, explica, excusa o camufla ninguno de sus defectos, sino que abarcándolos todos, incluso los más sutiles, los descubre, desenmascara y toma en consideración. Indica la voz a la religiosa que no debe agitarse ni cometer excesos de ninguna clase, sino practicar lisa y llanamente y en silencio las virtudes

y buenas cualidades que desearía ver reflejadas en los demás; le dice que contraponga el fiel cumplimiento de la regla a sus tendencias innovadoras, y la más estricta obediencia, respeto y amor a los superiores para contrarrestar los vestigios individualistas de tipo protestante.

El *histerismo* no entiende de amor al prójimo, y en cambio éste es el que rezuman estas páginas, no de modo vago y general, sino taxativamente. «Ama a tal o cual hermana — le dice la voz, refiriéndose a las religiosas que menos le simpatizaban naturalmente — y no por lo que son o aparentan, sino por lo que pueden llegar a ser si corresponden plenamente a su especial vocación».

¿Quién pensaba en la reconstrucción el año 1942, en plena guerra mundial? Sin embargo, la misteriosa voz le decía: «Debéis prepararos para el trabajo de reconstrucción una vez que termine la guerra, a cuyo efecto tenéis que uniros estrechamente a mí y a la voluntad de Dios, desligándoos de todo para adaptaros mejor a todas las circunstancias, situaciones y exigencias de la vida, ayudándoos de ese modo a penetrar en todas partes. Prodigaos a todos con objeto de que se allanen los caminos del Señor».

La voz le incita al despojo de sí, pero siempre en silencio y descendiendo también en esto a los más pequeños detalles: «Da ese bordado, enseña tal punto, vacía el cajoncito de tu mesita». Cuando, como en su caso, se ha abandonado todo y no le quedan a uno más que tres cuadernos, una pluma, un carrete de hilo, alguna cintita y un dedal, esos objetos resultan inverosímilmente preciosos, pero la voz le añade: «Despréndete también de todo eso y queda absolutamente pobre».

¿*Histerismo*? Si Sor María hubiese sido una *histerica*, no habría vacilado ni titubeado tanto como lo hizo cuando le habría sido facilísimo, cómodo y halagüeño, aceptar sencillamente el parecer de su Padre espiritual, que le decía que aquella voz interior era la voz del Señor. En cambio, aunque decidida a consignar por escrito sus propias experiencias, no cesa de tener la posibilidad de que todo ello sea producto de la fantasía.

«Padre — le dice — ¿qué piensa usted de esta voz? ¿No le parece que sea todo efecto de mi imaginación?»

Por otra parte, el *histerismo* es funesto para la vida espiritual porque, en definitiva, no es más que desmesurado e imponente orgullo, y nuestra Hermana, en cambio, fue transformándose y subiendo por el camino de la perfección espiritual hasta el extremo de dar en los últimos meses de su vida le sensación de que había alcanzado la plenitud del ser y que su muerte no podría estar muy lejana.

Si no definitivas, cosa que compete únicamente al magisterio de la Iglesia, podremos llegar a conclusiones más explícitas cuando aparezca la biografía bien documentada de Sor María de la Trinidad, cuya preparación nos consta está adelantada; mas ya desde ahora creemos poder asegurar que no era ninguna *histerica*, sino que poseía un temperamento tranquilo, supersensible y suspicaz, siendo consolador, tanto desde el punto de vista psicológico como cristiano, comprobar a través de sus escritos lo bien que supo transformar sus deficiencias en otros tantos medios de elevación, y constatar que la verdad cristiana, vivida íntegra y sinceramente, le proporcionó tanta serenidad de mente como de espíritu.

Por lo demás, por encima de todo otro comentario, está el hecho concluyente e inaudito del que fue testigo directo quien esto escribe: la curación de uno de los más malignos tumores, diagnosticado por una eminencia médica de la Universidad Hebrea de Jerusalén tras repetidos y meticulosos reconocimientos y exámenes histológicos. Sobre la exactitud del diagnóstico no cabe la menor duda y sobre la curación tampoco el joven que lo padecía hace ya más de diez años, está vivo y con excelente salud, y la singular gracia se obtuvo por intercesión de Sor María de la Trinidad. Y una gracia mucho mayor es seguramente el inmenso bien que viene produciéndose en el mundo por medio de los escritos de la eximia clarisa.



CONVERSION Y VOCACION DE SOR MARIA DE LA TRINIDAD

«Escribe en seguida sin pérdida de tiempo y sin vacilaciones la historia de tu vocación. Tengo que comunicarte otras muchas cosas más importantes todavía.»
«Es la historia de tus debilidades y de mis miserabilidades.»

(De los apuntes de la Hermana).

N. B. Este relato lo escribió Sor María de la Trinidad por expreso ruego y casi orden terminante de su confesor. A él se dirige.

Louise Jacques (luego Sor María) nació en Pretoria (Transvaal), de padres protestantes, el día 26 de abril de 1901. Su madre murió dándole a luz y su padre — misionero protestante — la llevó, juntamente con otras dos hermanas mayores, a Suiza, donde encargó de su educación a una tía de las niñas, a la que Sor María llamaba su «mamita».

¡Jesús!

13 febrero 1942.

Padre: Hace ahora dieciséis años, en la noche del 13 al 14 de febrero me sucedió lo que voy a decirle, sin ningún ruido y con la liviandad de un sueño, pero que fue una realidad que dejó profunda huella en mi alma y determinó un completo cambio de rumbo en mi existencia.

«¡No hay Dios! — pensaba en mi interior — y todo cuanto de El se dice es pura comedia e hipocresía. ¡La vida no vale la pena vivirla!». A este lamentable extremo me había llevado toda una larga cadena de sacrificios y de luchas completamente estériles. «¡No hay Dios!», repetía aquella noche, contrándome como aplastada y clavada en el lecho

en que me había tumbado, sin poder llorar ni pronunciar una sola palabra. Me hallaba realmente anodada.

Entre tanto, mi amiga había apagado la luz y todo quedó en un silencio sepulcral. Sin embargo la obscuridad no era absoluta, porque fuera estaba nevando. Me encontraba desesperada y sólo estaba neurir. ¡Morir!

En el preciso momento que con mayor desesperación repetía en mi interior: «¡No hay Dios!», ví como si ésta hubiese sido una puerta por la ventana vidrieras. Rápidamente, y sin hacer el menor ruido, fue a situarse a los pies de mi cama, a muy corta distancia, pero sin tocarla. Llevaba mangas largas y tenía las manos cruzadas dentro de ellas. No le pude ver la cara por impedírmelo el velo que la cubría su cabeza. Representaba ser una persona alta y erecta, jadeante como por haber corrido, y de vez en cuando volvía la cabeza hacia la ventana por donde había entrado como si hubiese fuera alguien esperándola. Parecióme que llevaba una cuerda por cinturón. Iba sin capa y su vestido, que le caía recto, era de color marrón oscuro. Yo veía más el conjunto que los detalles.

¡Jesús!

1 mayo 1942

Aquí tiene, Padre, el relato de mi pobre vocación. Pongo en las manos de la Santísima Virgen mi voluntad de ser sincera y le pido que me enseñe a ser breve, ella que tanto calló en esta vida...

La religiosa que se acercó tanto a mi cama, me hizo pasar mucho miedo. Creí que era la muerte en persona, que venía a buscarme. No era ninguna sombra ni imagen, sino una persona de carne y hueso. Habría podido tocarla; veía cómo respiraba y movía la cabeza. El espanto me tenía como petrificada y apenas podía volver la cabeza hacia otra parte para no verla y cerrar los ojos.

Debió permanecer allí parte de la noche, porque cuando me desperté más tarde como de una especie de sopor, parecióme que estaba todavía allí. Por eso corrí los ojos inmediatamente para no verla más.

No pronunció palabra, pero en mi desesperación se había encendido una luz. «Antes que desesperar de Dios — me dije — puedo meterme en un convento y rezar allí. Me iré cuando no me necesite mi tía, mi mamita (la que nos había criado) y haya muerto mi papá. Así no les daré disgusto».

Me decidí con el pensamiento y la voluntad. Desde entonces, procuré tener guardada en el fondo del baúl, y sin tocarla para nada, la ropa blanca que se necesita para entrar en un convento. Sólo a la mañana siguiente dije a mi amiga que por la noche había visto a los pies de mi cama una estatua, una religiosa.

¿Era una llamada? Entonces empecé a sentirme irresistiblemente atraída por el claustro; pero no de forma razonada, sino súbita. Sin embargo, lo sucedido hizo que yo cambiase de vida. Con todo, ¡cuántas veces quise creer que no había tenido semejante aspiración, la que al fin logré ver cumplida tras muchas tentativas y sacrificios inútiles!

¡Voluntad de Dios! Ciertamente que habría podido sustraerme a ella. No la veía porque la busca-

ba a tientas. Perdí la paz en el fondo de mí misma, y sin paz no podía estar.

¿Qué haría, Padre, nuestro Dios y Señor para atravesar a esta pobre pecadora? Fácil es cumplir la voluntad de Dios cuando se conoce claramente, pero a mí me resultaba muy difícil entiereverla.

No tenía a nadie a quien pedir parecer, salvo mi amiga Blurette. Era independiente a ultranza: prefería la miseria con libertad, antes que perder la libertad y la paz de mi conciencia.

Mas, para conservar la paz, necesitaba acceder a toda costa a lo que mi conciencia me indicaba. Mi única religión era el culto filial, el amor a los míos, de los que estaba separada, pero en quienes pensaba constantemente; me era necesaria su felicidad.

No tenía ningún conocimiento de los misterios de la religión; no creía que Cristo fuese Dios, aunque lo tenía por la mayor figura humana que es dado contemplar. ¿Salvador nuestro? ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo comprenderlo cuando no se ha tenido jamás en las manos una cruz ni la imagen del Crucificado, cuando no se ha hecho con el pensamiento el Via-Crucis y no se ha meditado en la Pasión? ¿Cómo comprenderlo sin haber recibido su supremo don, la sagrada Eucaristía?

Carecía de dinero y de trabajo. Afectada por una grave enfermedad de los pulmones, no tenía salud, a pesar de que el médico me decía que estaba curada. Tan bien curada me hallaba que la menor fatiga o emoción me hacía esputar sangre con frecuencia.

Con excepción de una amiga, que por ignorancia no practicaba la religión, no tenía ningún otro contacto con la doctrina católica. La Iglesia ocupaba el último lugar en mis preocupaciones.

Aquel año se casó mi hermana Alicia y se estableció definitivamente en América. Habiéndome quedado sola con la tía que nos había criado, continué resistiéndome a ir con mi familia de Africa del Sur. Deseara estar cerca de «mi mamita».

En Suiza no lograba encontrar trabajo y acepté, forzada por las circunstancias, la colocación que se me ofrecía de institutriz de un niño en Milán. El chico estaba en el colegio desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde, cuyo tiempo me quedaba libre, aprovechándolo para visitar diversas iglesias, que me ofrecían mayor atractivo que los grandes establecimientos y museos.

En *Santa María de las Gracias*, iglesia del convento de dominicos en el que se conserva el cuadro de la *Ultima Cena*, de Leonardo da Vinci, debía darse durante una serie de días la Bendición con el Santísimo en una capilla lateral, porque se encontraba muy iluminada. Había muchos fieles arrodillados y cantaban.

Yo no entendía nada pero me sentía atraída por la ceremonia. Los sacerdotes me daban la impresión de maniáticos, que repetían siempre los mismos gestos. Se me figuraba que toda aquella gente estaba loca y que adoraban las candelas. ¿Qué decían? Ni siquiera sentía ganas de saberlo. Indiferencia.

Cuando todos se habían marchado, me quedaba a rezar. El tiempo me parecía muy corto. Así transcurrió un año. Aquel invierno leí el libro de «Maggy» (1), cuyo valor me conmovió profundamente. Me

(1) «Maggy», vida de Margarita Lakeux, fallecida el 8 de marzo de 1916, escrita por su hermano, el Padre Marcial, religioso franciscano.

hizo llorar. Pero me sentía decidida a compartir su fe.

Por lo demás, no tenía a nadie que me pudiese hablar de ella, pues una chica, amiguita mía, que había sido católica, se había ido a América y desde allí me explicaba con entusiasmo las ideas de Mrs. Eddy... La señora en cuya casa prestaba mis servicios, aunque nacida católica, no era practicante, lo mismo que su marido, de religión protestante. Cierro día que le pregunté qué significaban las palabras «Corpus Domini» que figuraban como título en el frontispicio de una gran iglesia regentada por los PP. Carmelitas, me miró con extrañeza y me dijo que ella no lo sabía...

Después de haber leído «Maggy» me sentí con valor para levantarme temprano todas las mañanas e ir diariamente a oír misa en una iglesia próxima. Cuanto se hacía en el altar me era completamente indiferente, pero yo empezaba la jornada rezando a mi manera.

Nada me decía la religión, mas sin embargo, algo había en las iglesias católicas que me atraía con fuerza irresistible.

Entretanto vine a saber que una amiga mía muy instruida y capaz, Verena, cuyo pensamiento había sido para mí una luz, se había convertido al catolicismo. ¡Estupor!

Durante las vacaciones estivales estuve en los Alpes unos diez días con un grupo de amigas, entre las que se hallaba Verena, la única católica de todas nosotras. Yo tenía el corazón y el alma oprimidos por mil penas que pesaban sobre mí. Verena, que se dio perfecta cuenta de ello, una tarde, cuando regresábamos lentamente de un paseo, me mani-

festió sus deseos de verme participar de los auxilios que da el buen Jesús. «El, que es tan grande — me decía la inolvidable amiga — se hace pequeño para venir a nosotros, oculto bajo las especies del pan. Lo hace para ayudarnos. ¡Oh, si supieses...!».

Cada vez que me lo propongo, vuelvo a ver con la imaginación el recodo del camino que seguimos donde de tales palabras hicieron detenerme. Parecíame que toda la naturaleza se detenía también y contenía la respiración para escuchar mejor... ¡Qué alegría...! ¡Si yo pudiese recibirlo, aunque fuese una sola vez... estoy segura que se acabarían todas mis penas!...

De nuevo en Milán, sentía un intensísimo deseo de recibir al buen Jesús, pero no tenía ningún deseo de hacerme católica. Mas ya había en el altar y en la misa algo que comprendía. No procuraba saber nada más; no me importaba ninguna otra cosa.

Pasaron los meses y al fin resolví acercarme a la Mesa Eucarística para recibir al buen Jesús. Pero antes tenía que confesar los pecados que detestaba... No tenía ninguna idea de la confesión y me la figuraba de este modo: «He cometido tal y tal pecado y pido perdón para poder recibir al buen Jesús» Eso era todo.

En la catedral había un confesionario realmente impresionante: todas las lenguas europeas figuraban escritas con su nombre en una faja que daba la vuelta a la parte superior. Allí estaba esperándome. Yo era de una timidez extraordinaria, algo la conoce usted, Padre, porque aún quedan rastros. Di por dos veces la vuelta al templo con gran lentitud sin decidirme a ir a los pies del confesor. ¡Era tan grave! Notaba que de aquel acto dependía toda mi vida. Pensaba en mi familia, en su horror por el

catolicismo y los curas inquisidores... Mas al fin me decidí y me arrodillé en el confesonario.

«¿Usted quiere recibir la Santa Comunión? ¿De sea, pues, hacerse católica?...» — «No, yo sólo quiero recibir la Santa Comunión...»

El sacerdote rellena una tarjetita y me dice:

«Llévala a las monjas del Cenáculo, via Monte di Pietà. Vaya, que allí le enseñarán lo que es la religión católica y por qué no puede recibir ahora al Señor. Se trata de un Sacramento; hay que estar instruidos y luego confesarse».

No le dije que estaba dispuesta a confesarme por que era demasiado tímida.

La tarjetita del sacerdote estuvo lo menos diez días en mi mesa porque no terminaba de decidirme a dar aquel paso. Al fin, haciendo acopio de todo mi valor, fui a donde se me había indicado.

Era la primera vez en mi vida que pisaba un convento y que hablaba con una monja. Siempre me habían inspirado un miedo horroroso aquellas casas cerradas, misteriosas, que me hacían pensar en una especie de logias masónicas, y las extrañas mujeres ataviadas de forma tan rara...

Se presenta en el locutorio una Madre de baja estatura, vivaracha y de fácil palabra, con cara de sufrimiento, pero iluminada por una sonrisa que ganó en seguida mi corazón.

«Venga conmigo, querida hija». Y me llevó a un pequeño recibidor próximo a la capilla en que está expuesto el Santísimo todos los días.

Estábamos a primeros de noviembre de 1927, y a partir de entonces pasé diariamente, excepto los domingos, una o dos horas en aquel recibidor oyendo a la Madre Reggío. ¡Qué maravilla! ¡Ah, cómo nos

habla el Señor dentro de nosotras cuando le escuchamos!

La vida vuelve a ser bella y poética para mí. Los problemas que me habían acuciado en mi juventud, encuentran fácil solución. «¿De dónde venimos?... ¿A dónde vamos?...». Todo se pone en orden en mi corazón y no me siento desilusionada en lo que siempre había esperado del Señor.

En realidad lo que me explicaba la Madre Reggío lo veía envuelto en sombras y dudas. Hay que tener compasión de los conversos porque el trabajo de rectificar conceptos erróneos y sus consecuencias, sólo puede lograrse de manera lenta y progresiva. Pero yo había encontrado a mi Señor.

Como quiera que la Madre Reggío estaba casi completamente sorda y yo era muy tímida, me callaba sobre lo que no entendía, y como discutir con ella hubiese sido complicar las cosas, y veía, además, que sufría por no oírme bien, opté por escucharla sin presentarle ninguna objeción, rogándole tan sólo que me permitiese recibir al Señor lo antes posible.

Nunca he sido atrevida, quiero decir que lo he sido muy poco, y por eso no quería acercarme a la Sagrada Mesa sin estar perfectamente en regla.

El santo bautismo, fijado para el 18 de marzo de 1928, por poco más no puede celebrarse dicho día. La muerte de mi querida «mamita», acaecida el 12 del mismo mes, me obligó a trasladarme a Suiza, llegando a duras penas con el tiempo preciso para cerrarle los ojos y liquidar sus escasos bienes.

De regreso a Milán, a pesar de ciertas complicaciones en la familia a la que prestaba mis servicios, pude, al fin, hacer los tres días de retiro reglamente-

tarlos, no sin tener que pasar por una red de contratiempos y dificultades.

La Madre Reggio estaba fuera de sí. «¿Qué bautizo es éste, decía, en que falta la neófito, el sacerdote (también llegó de paso en el último momento) y la misma madrina?». La madrina vivía cerca del Cenáculo: una señorita ya entrada en años, muy distinguida, que había conocido de niña a S. S. Pio XI y hablaba de él con mucho entusiasmo. Me regaló un devocionario encuadernado lujosamente, con el canto dorado e incrustadas mis iniciales... Yo había pedido al Señor que fuese mi madrina la sobrina de dicha señorita, una madre de familia, viuda, mujer muy atenta, con quien mucho me complacía hablar, la señora Sofia Ferrario, calle... Es la dirección, ¿sabe Padre? Porque cuando yo muera y pase usted por Italia, me gustaría que le llevase un reconocido recuerdo mío. Creo que gracias a la ayuda que me prestó, secundando las previsiones de la Madre Reggio, me fue posible entrar en religión. Sin ella tal vez habría naufragado entre las dificultades que se presentan a las conversas, provenientes unas de la propia familia, y otras, que son las peores, del mismo interior de la persona.

¿No sabe usted, Padre, que en el acto de morir mi «mamita» (reducida a un triste guiñapo, siendo para ella la muerte una verdadera liberación) se notó en ella una espantosa rebelión? Nunca había visto cosa tan impresionante. En mi angustia supliqué a Dios que acogiese en su seno el alma de mi «mamita» y prometí seguir al pie de la letra las indicaciones del Padre que El me enviase. Este fue el voto que formulé antes del bautismo y no lo he retirado en ningún momento.

Ahora que la voz interior me había con tanta claridad, le pregunto por qué no me prestó antes una ayuda que tan bien me habría venido.

La respuesta es ésta:

«Debias ser tú misma, despojándote de ti, quien descubriese mi voz. Nadie te la habría podido hacer oír. Ahora que te hablo con abandono, tienes necesidad de un Padre que controle tus decisiones y pensamientos, si es que quieres comprender el don de mi misericordia. He querido que los divinos auxilios lleguen por medios humanos que están a disposición de vuestra libre iniciativa. ¿Comprendes ahora tu dignidad?».

Perdone, padre, si prolongo la triste historia.

Para el bautismo se habían olvidado de advertir a la madrina el cambio de hora. ¡Sin madrina! Entonces la Madre, que ignoraba mi deseo, se dirigió a la señora Sofia Ferrario: «¿No le parece que es seguramente la voluntad de Dios que la tome por ahijada?».

Primera Comunión

Estaba sola con el Señor. Así fue siempre después en todas las circunstancias decisivas, haciéndome comprender de ese modo cuánto importa que vaya a El el alma sola y con toda libertad. Creo que es una gracia singular que las circunstancias nos separen del afecto de las criaturas por algún tiempo, pero no mucho, porque hay que cultivar la unión con quienes viven en nuestra compañía.

Como quiera que las ignoraba, no había esperado tener emociones sensibles en la Primera Comunión, y por eso la hice sin impresionarme sensiblemente.

Jesús había entrado en mi vida y eso me bastaba.

Debido a mi orgullo y a mi innata timidez, me costaban las confesiones un esfuerzo considerable. Sin embargo no las dejé y sentía gran alivio cuando me levantaba del confesonario, como si se me hubiese liberado de un gran peso.

Pasadas unas semanas llegó la Confirmación. ¡Qué alegría experimenté, aunque por entonces estaba muy lejos de comprender todo su valor! Para mejor recibir este sacramento, volví a confesarme rectificando una confesión en la que no había dicho la verdad. (1). Había pasado por un momento de vergüenza.

Apenas terminé de confesarme, salí de la iglesia y me fui a otra en donde comulgué entre multitud de gente desconocida. Aún me parece estar viendo el sitio donde me arrodillé, junto a una pilastra después de recibir al Señor. Fue como si de repente hubiese entrado en mí el sol. Sentí un fuego, una claridad y un calor que me llegaba hasta la punta de los pies. Sólo aquella vez inolvidable fue así mi comunión. Cuando más tarde me vinieron las vacilaciones y no sabía dónde me hallaba ni qué hacía, me así a la Eucaristía recordando aquella comunión. Creo que también me ayudará a bien morir.

Había dicho al Señor que le ofrecería lo único que hasta entonces había llenado mi vida, el amor a los míos. Cuando se enteraron de que me había convertido al catolicismo, no me lo reprocharon, pero me dijeron que papá había envejecido diez años. Cada semana me llegaba alguna carta pidiéndome con frases conmovedoras que fuese a reunirme con ellos.

(1) El confesor cree un deber advertir que dicha confesión no fue inválida ni gravemente defectuosa.

Mi querida hermana necesitaba ayuda para criar y educar sus dos niñas, así es que de irme con ella habría tenido la misma colocación que en Milán, sin necesidad de salir de la familia. Papá me rogaba que fuese a estarme con él. Por mi parte, anhelaba volverle a ver, y sobre todo, llevarle mi fe... Nada me retenía en Europa. ¿Nada...? Ah, sí, un intenso deseo de hacerme religiosa y del que no me atrevía a hablar con nadie.

En junio de aquel año vino mi entrañable amiga Bluette a pasar sus vacaciones en Italia. Al visitar el Cenáculo, la Madre Superiora la retuvo para un retiro de diez días, con el fin de completar su preparación a su ingreso en el Catolicismo. El día de San Juan Bautista recibí el Bautismo y la Santa Comunión en la misma capilla del convento y luego la Confirmación, según me parece recordar, en el palacio arzobispal.

¡Qué alegría! Habiendo adivinado mi deseo de consagrarme a la vida religiosa, habló de ello con la Madre Superiora, que se opuso rotundamente a que se llevase a la práctica semejante proyecto alegando el precario estado de mi salud. Sin embargo, volviendo en seguida sobre sus palabras, vino a tratar conmigo del asunto, aconsejándome que estudiase detenidamente lo que más me convenía.

A decir verdad yo ignoraba por completo lo que era la vida religiosa y sentía no pequeño reparo para estudiar a fondo la cuestión, pero en medio de todo, sentía una íntima e irresistible atracción hacia ella.

Vacaciones en Suiza, en casa de Bluette, que un domingo me lleva a la Visitación de Friburgo. Las Madres que nos reciben nos hablan con gran amabi-

lidad. Dejo que Blulette lleve la voz cantante y por mi parte oigo y observo. Si he de ser sincera, en aquellos momentos no me sentía atraída lo más mínimo a seguir adelante...

Mientras escuchaba, mi voz interior vino a decirme: «Cuando estés definitivamente en la Iglesia, vendrán a buscarte y tú harás que se fijen en la Iglesia». En la capilla sentí mucho abatimiento y desánimo, y la voz me decía: «Tú no podrás vivir nunca ahí dentro».

Regreso a Milán. Primeramente quise liquidar todos mis cortos intereses. De los recuerdos de familia, por los que sentía gran estimación, como si de reliquias se hubiese tratado, sólo guardé lo estrictamente necesario, entre ello, la famosa lencería «para el convento», que ya llevaba tres años en el fondo del baúl. Yo sabía que, en definitiva, me haría monja, pero ignoraba dónde y cuándo. Desde luego tendría que ser donde no se me exigiese ningún dinero porque, hechas las cuentas, recuerdo que sólo me quedaban algo más de mil francos suizos, cantidad suficiente para equiparme, mas no para conseguir una dote. Jamás deseé tanto como entonces poseer una dote.

En mi pecho tenía clavada de continuo una espina que no podía quitarme: el doloroso recuerdo de los míos.

Apenas me reincorporé a la familia en que prestaba mis servicios de institutriz, se produjo la quiebra de la fábrica que poseía, y al mismo tiempo recibí una carta de papá dándome todos los detalles para efectuar el viaje a África, comprometiéndose a sufragar los gastos de mi viaje de regreso al cabo de dos años si no me encontraba a gusto con ellos, y has-

ta se me prometían el viaje y estancia de unos meses durante las vacaciones en América, en casa de mi hermana Alicia, a quien tanto quería.

Una amiga, institutriz en casa de los Borromeo, me insta por entonces a que acepte el puesto de institutriz en casa de la condesa Agliardi, hermana de la Borromeo. Había en la casa dos niños de tres y dos años, respectivamente, y una nena de unos pocos meses. Yo tenía que ocuparme sólo del mayorcito para enseñarle francés, estando, naturalmente, de continuo en su compañía. Indudablemente que me resultaba mucho más apetecible la compañía de mis sobrinitas.

Al fin me decidí por ser institutriz del hijo de la Agliardi. La condesa me gustaba mucho y fue para mí una verdadera amiga. Para tenerme al corriente de los métodos educativos de la señora Montessori, la condesa me llevó a la «Casa dei Bambini» de Milán, de la que era insigne bienhechora, y de este modo pude imponerme en diez días, con ayuda de la directora de la escuela, el sistema montessoriano.

¡Cuánto me satisfizo saber que la docilidad y el estado de obediencia que produce la disciplina es fruto del respeto de las almas, por pequeñas que sean, es decir, fruto del amor!

Como me gustan tanto los niños, allí me encontraba en la gloria... aunque no me sentía del todo bien de salud, ya que, cuando en la mañana del tercer día me dirigía con paso decidido a la «Casa», tuve que detenerme por un bien conocido absceso de tos, que me ahogaba, y que apenas me dio tiempo para llegar a mi habitación. En los escalones de mármol blanco del palacio quedó una rastra de manchas rojizas. Fue una de mis mayores hemoptisis.

El médico que me había recomendado unos meses antes la Madre Reggío, me aseguró que podría curarme de mi mal, pero someténdome a riguroso método. «De otra forma... y se lo digo a usted, que es inteligente, sólo puede durar poco tiempo, debido a los rápidos progresos que ha hecho la enfermedad».

Como quiera que el análisis dio un resultado negativo en cuanto a la presencia de bacilos de Koch, me aseguró que podía continuar ocupándome de los niños sin peligro de contaminación, aunque me indicó algunas precauciones que debía adoptar.

No sé. Pero ni aún cuando me he encontrado peor han hallado en mí bacilos, lo que me ha producido la satisfacción moral de ofrecerme por la vida de la comunidad.

Nada dije del percance sufrido a la condesa, dándole a entender que se había tratado de un resfriado o algo de gripe; por lo que, pasados unos días, reanudé mis visitas a la «Casa dei Bambini».

Me sentía tan débil que me veía obligada a sostenerme en cuanto me venía a la mano. Cada día se me figuraba que era un gran triunfo poder llegar a la noche. Sólo me fortalecía la fe en el Sagrado Corazón, al que repetía: «Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío».

La condesa se trasladó a una de sus posesiones campestres, más allá de Bergamo, en la región prealpina, y hube de acompañarla para cuidar de los niños. El palacio, inmenso y viejo caserón, no reunía demasiadas comodidades, pero estaba en un paraje lleno de luz y de aire vivificador. Era lo ideal para mí, y la estancia en él me probó tan bien que me sentí completamente restablecida.

Aproximadamente un mes después, cuando hacía

poco que había terminado de servir el café a los de casa, sentados en torno de la espaciosa mesa del aristocrático comedor, después de haber subido la condesa a acostar a los pequeños, estando yo haciendo un encaje, noté de pronto que mis dedos se quedaban como paralizados en el aire y creí morir, como si el alma se separase del cuerpo. Aquello duró un relámpago y nadie se dio cuenta.

Me levanté y apenas pude subir con gran lentitud los escalones hasta llegar a mi habitación.

Mi mayor angustia no era verme ante la muerte, ni el sacrificio de mi vida, ni el separarme de los míos, sino no haber tenido tiempo de hacerme religiosa.

Recé entonces como nunca y pedí fervorosamente al Señor que me dejase vivir para cumplir lo que Él me había indicado. Le prometí que si vivía, me ocuparía sin demora de seguir mi vocación.

Aquella vez debió ser interna la homoptisis, pues la sangre que eché por la noche me dio a entender que se había detenido a mitad de camino.

Perdone estos detalles, Padre. Me gusta escribirlos y recordarlos porque me hablan de la misericordiosa ayuda del Señor.

Mientras estuvieron en el campo bajaba a Milán una vez por semana para confesarme, visitar a la Madre Reggío e ir después a tirar de la campanilla de los conventos de la ciudad. No sabría decir cuántos visité. Ninguno me atraía. Sin embargo dedicaba a este menester cuanto tiempo libre tenía.

Informada la señora condesa de mis propósitos, no dejaba de ayudarme con excelentes consejos cuando todo se embrollaba en mi camino.

Mi hermana Alicia, en espera de su segundo hijo,

me necesitaba a su lado con toda urgencia, pues cayó enferma.

Por fin me aceptaron a primera vista las Hermanitas de la Asunción (Padre Pernet) de Milán, pero había que hacer unos ejercicios espirituales en París antes de la admisión definitiva.

La condesa me concedió diez días de vacaciones y tras un conjunto de circunstancias adversas preparé las maletas y me puse en camino, llevando conmigo las fotos de mis queridas hermanas. Estábamos las tres tan unidas como los dedos de la mano.

Sin saberlo, también llevé conmigo unas anginas que padecíamos todos los de la casa en que prestaba mis servicios.

A la terminación de los ejercicios tuve que sufrir la terrible visita médica. El termómetro clínico que me puse marcó 39,8 y hube de meterme en cama.

Esperaba ser aceptada en el convento. La Orden y la casa me habían causado excelente impresión; pero yo tenía demasiadas preocupaciones y éstas no pasaron desapercibidas para la Maestra de novicias que dirigía los ejercicios.

Me atendieron con gran solícitud y al cabo de dos o tres días ya me encontraba bien. Sin embargo la Maestra de novicias me dijo que no podían aceptarme, pero no por motivos de salud. «Esta Orden — me dijo la Maestra — no es para usted; somos demasiado austeras (!!); además, su conversión es tan reciente, que no hay por qué precipitarse: usted tendría aquí demasiadas tentaciones».

Le objeté que ya había cumplido los veintisiete años, y ella se sonrió contestándome: «Usted irá a una Orden en la que no se da ninguna importancia a la edad. A no ser — añadió — que el Señor la quiera».

en el mundo para hacer bien. Tome este telegrama que ha venido de América para usted.

Mi hermana Alicia, que continuaba enferma, me reclamaba de nuevo. Yo estaba transida de pena. ¿Cuál sería la voluntad del Señor?

Triste regreso a Milán. Rechazada, enferma (tras el viaje en tercera llegué con 40 de fiebre), la llaman da de mi hermana... La Madre Reggio resolvió la cuestión con espíritu franco y sobrenatural. Tenía razón. Pero su decisión provocó en mí una indecible sublección — el demonio hacía de las suyas y terminé por no poder ver a la buena religiosa ni escuchar sus consejos (1). Más sosegada la señora Ferrario, procuraba tranquilizarme con su sonrisa y su silencio.

La condesa Agliardi había tomado otra institutriz. Por suerte se me presentó en seguida una buena oportunidad en el mismo Milán y me coloqué como acompañante de una chica de dieciocho años.

No dejé sin pena a la condesa y su familia. Se había portado muy bien conmigo, lo mismo que su hermana, la condesa de Borromeo, en cuya casa me hospedé más de una vez cuando tuve que pernoctar.

(1) Me aquí en concreto lo sucedido, según lo refirió la misma interesada hablando de la victoria que obtuvo sobre sí misma y la recompensa recibida del Señor.

«Un día me sentí tan mal y tan contrariada, que me separé de la madre bruscamente y muy indignada, presa de tremenda excitación. Al salir del convento subí a un tranvía y en el trayecto fui rumiando mis pensamientos y sentimientos hasta llegar a casa. Bajé en la plaza X... y en unos puestos de flores compré el ramo más hermoso de rosas blancas que vi, y, volviendo sobre mis pasos, se lo llevé a la Madre Reggio. Al día siguiente, en la Comunión, una de las primeras veces que of la voz interior, noté que me decía: ¡Hijos haremos algo; tú sola no puedes hacer nada».

tar en Milán. Tenían conmigo muy finas atenciones, que, sin embargo, apenas advertía por lo absorta que estaba en mis pensamientos. Así recuerdo que la condesita María Luisa, niña de doce a trece años, me cesió su propia habitación para que estuviese más cerca de su institutriz, mi amiga Herminia, y para recibirme había alineado en el diván todos sus ositos y demás animales de fieltro que me miraban con sus inmóviles ojos de cristal. En su mesita de noche había un altarcito en miniatura con sus correspondientes candelabritos...

Son unos detalles que no he podido echar en olvido, y que vienen a demostrar que mi afecto por las dos familias no se basaba en su antigua nobleza y cuantiosos bienes de fortuna, sino en la calidad de la delicadeza y selección que encontré en sus almas.

Le informo de todo esto, Padre, porque deseaba que cuando pase por Italia les lleve agradecidos recuerdos míos desde esta Tierra Santa. Son personas muy piadosas y no dudo que los apreciarán en su justo valor.

Si el Señor me lleva antes consigo, mucho le agradeceré tenga la bondad de comunicarme que no los he olvidado, habiendo estado unida a ellos espiritualmente dentro de la misma fe, en idéntica comunión y con el mismo espíritu de servicio. Gracias por adelantado.

Una tarde de sofocante solanero, en pleno campo, en las afueras de Bérgamo, después de mucho caminar, llegué a una humilde casita de monjas franciscanas de no sé qué clase. Antes de que pudiera entrar se adelantó una hermanita anciana, que daba compasión por el mugre que llevaba encima, y me dijo a gritos en su tosco dialecto que me marchase

inmediatamente de allí, porque no recibían a nadie. «Allí tiene el tren; váyase de prisa...», me dijo levantando un brazo amenazador y señalando una dirección. No puedo expresar la sorpresa que me llevó. Habría querido abrazar a aquella furia. Me hallaba realmente turbada...

Mi confesor no me recomendó ningún convento franciscano; se limitó a indicarme que siguiese los consejos de la Maestra Reggio y que hiciese por mi parte las gestiones que creyera oportunas.

En Milán tenía por costumbre ir a misa de alba: y, como quiera que mi señorita se levantaba bastante tarde, me daba tiempo para visitar algún convento antes del desayuno.

Pero no sacaba nada en limpio. Cuando ya me faltaban tan sólo dos conventos donde probar, me dirigí a uno de ellos, al del «Buen Pastor», de Monza. La religiosa que me recibió me causó buena impresión por su reserva, digno continente y exquisita amabilidad. Con gusto me habría quedado allí, pero se necesitaba aportar una dote con la que yo no contaba. Por la tarde fui a la última dirección de las que se me habían dado. Tratábase de un pequeño convento de las «Franciscanas Misioneras de Egipto», situado junto a la antigua Cartuja de Milán. Me recibió una madre pequeña y muy sonriente que no parecía sino que me estuviese esperando.

Todo se arregló en un instante como un cuento de hadas y se fijó mi ingreso para el 15 de octubre.

Antes de salir del recinto conventual hice el Viacrucis con la comunidad. En el camino de regreso a casa entré en una iglesia y lloré de emoción.

En mi mesita vi un quinto y último telegrama de mi hermana: me habían sacado pasaje en el mayor

y más lujoso trasatlántico y me mandaban un cheque bancario que representaba más dinero que todo el que había tenido hasta entonces en mi vida. Mi hermana estaba enferma y me necesitaba.

Me quedé inmóvil, como petrificada. De la pena que experimenté aquellos instantes creí que se me iba a aplastar el corazón. Ahora ya no me pasaría lo mismo porque el Señor me ha hecho comprender que a los medios ordinarios del sacrificio y de la oración hay que añadir una extrema vigilancia a fin de no descuidar ninguno de los medios *naturales* de que disponen las almas para buscar y recibir la gracia.

También recibí entonces una carta de mi padre que rebotaba alegría. Me anunciaba que él y su esposa llegarían en mayo, juntamente con mi hermano Alejandro y la mujer de éste, de paso para Suiza, donde pasarían las vacaciones. Vendrían bordeando la costa oriental de África y desembarcarían en Génova para reunirse conmigo y llevarme con ellos a Suiza, donde estaríamos con nuestros parientes helvéticos.

A pesar de tan halagüeñas perspectivas decidí seguir firmemente en mi propósito de meterme monja. Presentía, *sabía* en mi interior que cuando ellos llegaran, ya estaría en el convento y les diría con mayor fuerza que la verdad se encuentra en la Iglesia Católica. Pero mis planes fallaron. Un mes antes de que arribasen los míos se me desechó por enferma. Las madres fueron demasiado buenas conmigo y me re-tuvieron unas semanas más, hasta finales de mayo, para que pudiese restablecerme y dejara pasar a mi familia.

Durante aquel invierno sufrí una crisis que no

tengo palabras para describir. A pesar de los sollicitos cuidados de las madres, físicamente todo era en mí un puro padecer. La casa era tan húmeda que los paños se pegaban en la mesita de noche y los objetos se cubrían de una capa de moho. El médico que me reconoció me dijo que podría entrar, pero que me convenía esperar a la primavera debido a la excesiva humedad de aquel convento. «Entrar antes — me dijo — sería tentar a Dios». Estas palabras, sin embargo, me dieron ánimos para esperar tranquilamente el 15 de octubre.

Ya ve, Padre, que no le oculto nada. Pensé que no podría durar mucho y ofrecí mi vida por la conversión de los míos.

El confesor me hizo observar que no creyera que era cosa fácil morir, sino por el contrario, muy difícil. Profundo pensamiento. Dios no me quiso entonces seguramente por causa de mis pecados. A los quince días de mi llegada sufrí una hemoptisis no muy violenta que me fue posible ocultarla. Pedí fervorosamente al Señor que me concediese el vigor necesario para poder ser novicia.

Con el Adviento comenzó el tormento de mi alma que se rebelaba locamente. Hasta quería que me despidiesen. Cuando me dijeron que se me rechazaba, me vi inmediatamente libre de la sublevarción, como si algo hubiese salido de mí. Antes que irme, prefería morir.

El médico cortó por lo sano y dijo que no podía seguir en el convento porque con tanto toser por las noches no dejaba dormir a las demás. La Madre Provincial, que tenía a su cargo catorce casas y era mujer muy clarividente, me dijo que el Señor no me quería porque había estado demasiado apegada a los

mios. «Jamás he visto luchar a nadie como usted». Luego, dirigiéndose a la Maestra de novicias: «¡Esta sí que era una vocación!»... «¡Era!»... Mi único deseo fue volver a empezar.

Al superar el atroz sufrimiento Interior volví sobre mí misma y habría sido capaz de dejar pasar por Milán a mi familia sin verla. Un mismo amor al mismo Dios no debiera separar a almas de buena voluntad, almas «misioneras» que trabajan por el Reino de Dios. Me angustiaba la desunión de estas almas porque lo que se necesita es atraer las almas a la Iglesia y no escandalizarlas. Yo decía al Señor que le serviría en todo como El quisiese, pero que necesitaba la resignación de los míos, que aceptasen sin sublevarse mi vocación siendo, como eran, también ellos misioneros.

¡Ay, Padre! Debo decirle que el Señor me escuchó y concedió lo que le pedía. Todos los de mi familia estamos unidos en la caridad. Cierto es que les proporcioné muchos disgustos por rechazar de continuo sus cariñosas proposiciones, pero todo me lo han perdonado y su actitud para conmigo ha sido realmente admirable, aunque no dejan de creer que los he «traicionados». Mi padre citaba a San Pablo: «Quien no cuida de los suyos es peor que un infiel». Viéndome enferma me recibieron con los brazos abiertos, mostrándose encantados de que me reuniese con ellos cuando salí de X... sin saber a dónde dirigirme. Por mi hermana supe, además, que mi padre se había visto y deseado para reunir y enviarme cincuenta libras esterlinas con que pagar el viaje que habría rehusado hacer. Ahora se nota en ellos una respetuosa tolerancia hacia la fe católica y para con mis convicciones personales. El Señor ha tenido a

bien que así sucediese al correr de los años.

Perdone, Padre, la disgresión.
Vuelvo a Milán, donde las bondadosas madres me tenían provisionalmente con ellas.

No acudí a Génova a esperar a los míos, como me lo había pedido papá en su telegrama. La Madre Provincial aprobó mi resolución. «Un cuidado menos», dijo. Me percaté de que creía que volviendo a estar entre protestantes me exponía a perder la Fe. Craso error. Dónde más tentaciones he tenido contra la fe ha sido precisamente en «el convento y, por el contrario, no recuerdo haber tenido ninguna, estando entre protestantes. Comprobando la privilegiada situación de los católicos siempre ha salido robustecida mi fe en contacto con protestantes. Cierto es también que los de mi familia tuvieron en todo momento sumo cuidado en no suscitar ninguna discusión religiosa, excepto una sola vez que hablamos mi hermano misio-nero y yo sobre el Bautismo.

Entre los católicos y los protestantes existe un enorme muro de ideas falsas, prejuicios e informes inexactos. Cuanto se logre derribar ese muro de antipatía y de oposiciones irrealces, los espíritus se abrirán paso hacia la verdad. Yo creo que ese privilegio ha de alcanzarlo la «Acción Católica» (1).

(1) Existe, ciertamente, irreductible oposición en cuanto a la fe entre católicos y protestantes; pero justo es reconocer que entre los defensores de la fe católica ha habido con frecuencia espíritu de celo poco evangélico. Muchos de ellos han tenido gran empeño en hacer resaltar lo que nos divide, exponiéndose con ello a que se apague la lámpara que arde todavía (Mt. 12, 20). Afortunadamente el movimiento de la «Unión de las Iglesias», especialmente activo en Inglaterra, Francia, Bélgica y otros países nórdicos, ha roto con la antigua apologetica para seguir el método de la amable persuasión y de la oración.

Mi hermano y su mujer acudieron por mí al convento. Mi padre, que tenía firme propósito de no pisar ningún convento, me esperaba en el hotel. Cuando me vio, se cayó en una silla sollozando como un niño. Hacía diez años que no nos veíamos. Yo siempre he querido muchísimo a mi padre... Dios mío, ¿cuál es vuestra voluntad?, me pregunté entonces.

No les oculté que en vano había intentado hacerme religiosa, aunque no entré en pormenores de mi enfermedad. Ellos creían que cometía una solemne locura intentando entrar en el convento.

La bondadosa condesa Agliardi me ofreció una magnífica colocación como secretaria y dama de compañía de su madre, la princesa Gallarati Scotti, de bastante edad, cuya sonrisa mucho me agradaba. Mi confesor, que era también de toda la familia, me aconsejó que siguiese mi vocación.

Las «Franciscanas del Niño Jesús» estaban dispuestas a aceptarme en cuanto estuviese curada.

Como todavía me quedaba algún dinero, me uní a una peregrinación a Lourdes.

¡Ah, Lourdes!... Allí encontré a la Virgen, como tantos otros peregrinos. Desde aquel instante formó parte de mi vida y estoy segura de que todas las gracias nos vienen por su intercesión. ¡Cómo quisiera reparar por los años que no la conocí y por la ingratitud de tantos hijos, que, sin embargo, participan de los beneficios de su maternal protección!

Le pedí que me confirmase en mi vocación y que a tal fin me curase del todo. También le pedí la conversión de todos los míos.

Tres veces pude bañarme en las aguas milagrosas. Antes de partir, sentí que estaba curada. Usted, Padre, tal vez se sonría... No sé lo que sucedió, pero

durante ocho días me encontré curada y no tuve ningún absceso de tos. La Madre Reggío me recomendó que visitara a un médico afamado y muy conocido especializado de aquella enfermedad. El Doctor declaró que mis pulmones no tenían nada, absolutamente nada anormal...

Las «Franciscanas del Niño Jesús», aunque muy complacidas por la grata nueva me dijeron que necesitaban un certificado médico. Después de la correspondiente consulta, me dijo el facultativo: «La vida religiosa es bastante dura... y poco recomendable para un organismo delicado». El médico hablaba por propia experiencia, puesto que hacía dos años que había muerto su hermana en la Visitación. Comprendí que no podía ser mucho lo que me restaba de vida. ¡Estaba enferma de los pulmones! Al enterarme del anterior diagnóstico, replicó: «¿Quién ha sido el imbécil que le ha dicho que no tiene nada? ¡Es imposible!» Y me fue explicando con toda claridad lo que había.

«¡Dios mío! ¿Cuál es vuestra voluntad?»

Precisamente por aquellos días recibí carta de mi padre comunicándome que me esperaba para pasar conmigo las vacaciones en un clima de altura, en casa de unos parientes nuestros.

«No pases ningún cuidado — me decía — por el asunto de tu conversión, pues si alguien se mete contigo saldré al punto en tu defensa». Y realmente así lo hizo demostrando admirable espíritu de tolerancia.

El confesor me aconsejó que le pidiese a mi padre una nueva cura de tuberculina para reponerme y poder reemprender la vida religiosa. «Hágalo por Jesús», me dijo.

Mi padre y su mujer, sin previa consulta, tuvieron

la misma respuesta para mí: «Haremos lo que sea necesario para que te cures, pero debes prometernos que no volverás al convento. Si vuelves, al cabo de unos meses recaerás de nuevo» (ese era, efectivamente, el parecer de los médicos suizos que me habían atendido).

«Dios mío, ¿cuál es vuestra santa voluntad?», me repetía.

Contesté que deseaba ponerme bien para seguir mi vocación. Mis padres se mostraron muy amables y se portaron admirablemente conmigo, a pesar de mi decidida intención de ser monja. Consultaron a un especialista, pagaron los gastos de una metódica radiografía, me compraron ropa de verano y un equipo de invierno porque yo me había desprendido de casi todo lo mío. Sin embargo, a pesar de su evidente bondad y de la aparente paz, que reinaba entre nosotros (evitábamos con sumo cuidado toda discusión religiosa) no teníamos diez minutos de felicidad estando todos juntos. Entre nosotros se había abierto un abismo. Se necesitaba mucha caridad para salvarlo y Dios nos la dio.

Partieron mis padres para su residencia habitual y yo me quedé sin saber qué hacer, puesto que no podía emprender ninguna actividad. A última hora decidí quedarme con mi hermano, que siempre salía en mi defensa, confiando que nuestro padre le enviaría lo necesario para sufragar los gastos que le ocasionara.

Entretanto recibí carta de Bluette diciéndome que frente a la Iglesia Católica hay un pensionado con capilla propia, en el que por la módica suma de 120 francos mensuales se disfruta de un buen alojamiento y sana comida. Allí podía hacer reposo, respirar

el aire de montaña y estar muy cerca de una iglesia.

A mi padre le pareció bien y quedó en enviarme cien francos cada mes. Yo daría clases y así reuniría fácilmente lo que faltase. Pero antes de partir le dije a mi hermano que yo no tendría que dar clases particulares porque me mandaría ciento cincuenta francos todos los meses.

Mi padre cumplió su promesa con creces. De esta forma pude hacer frente a los gastos de la tuberculina y su aplicación durante unos dos años y sufragar mis estudios en la escuela normal del magisterio. Allí me reservaba el Señor, juntamente con el Postulante y el Noviciado en la S... (1) también el famoso tratamiento que debía curarme. Entretanto asistí dos años a la escuela normal, cursando todas las materias que se necesitaban para obtener el título de institutriz oficial del Estado.

Pero no era el título lo que más deseaba, sino mi ingreso en el claustro.

En la residencia había una capilla con el Santísimo Sacramento. Aunque había muy cerca una iglesia, el patronato de las jóvenes se reunía en nuestra casa, cosa que nunca he sabido explicarme satisfactoriamente.

¡Qué gusto me daba reunirme con mi amiga Bluette, de trato tan exquisito, y con Cecilia C., que con el tiempo sería mi Maestra de novicias! Ella fue la que, al cabo de unos meses, me habló en forma directa de la S..., preguntándome si quería unirme a ellas. Yo no sentía ninguna atracción hacia semejante clase de vida religiosa; pero don Jorge me es-

(1) Instituto religioso cuyos miembros viven diseminados por el mundo o en comunidad.

cribió desde Milán diciéndome que el Señor me había llevado donde quería que estuviese, manifestándose así claramente su santa voluntad.

Don Jorge conocía ya la S... y la apreciaba mucho. Yo caí mala, pero Cecilia C., a la que admiraba muchísimo y era para mí fuente de vida y de claridad, me ayudó a superar la crisis.

El 22 de febrero de 1931 fui admitida como postulante en N..., que es donde residía la Superiora general. Cecilia C. era su Asistente y la Madre de novicias de L... Ella fue quien me dio una formación adecuada, ciertamente de no poco valor. En todo momento se mostró vivaz, enérgica, maternal. Yo le debo mucho, muchísimo.

De momento sacrifiqué mi gusto por el claustro. Se trataba de un profundo sacrificio que tuve que renovar de continuo. Sin embargo encontré cierta compensación en la alegría que proporcioné a los míos notificándoles que renunciaba al «convento» para servir a Nuestro Señor en el mundo, trabajando como maestra en escuelas parroquiales.

No obstante, me faltaba el título oficial de Maestra que se necesitaba para actuar en escuelas parroquiales, porque no me servía el diploma que me habían dado en el centro de enseñanza privado donde había cursado el *gimnasio*. Por lo mismo tuve que convalidar mis estudios en un centro estatal a fin de obtener el título nacional de Maestra.

Los míos daban gracias a Dios como si me hubiesen encontrado después de haberme perdido. Mi padre me escribió que él correría con los gastos que se me ocasionasen en la escuela normal y la mamá me decía que el Señor me aplicaba las palabras de su última oración... «No te pido que los libres del

mundo sino que los preserves del mal».

En N..., lo mismo que en L... se me acogió con gran amabilidad y deferencia. Poco a poco me fue gustando la S... Me atraía su misión en el mundo porque por su medio veía realizado uno de los deseos de mi corazón, la extensión del Reino de Jesucristo.

La oculta y profunda unión de la piadosa congregación con la Santísima Virgen es principio de su actuación y constituye para ella un tesoro inmenso. Si he de decir la verdad, debo mucho a la S... Nunca me penó haber entrado en ella y llegué a entregarme en cuerpo y alma a su apostolado, renunciando al claustro para toda la vida. Consideraba mi presencia en la piadosa congregación como indiscutible voluntad de Dios, pero al fin fue esta misma voluntad, manifestada con toda evidencia, la que me hizo virar en redondo.

El veintiséis de agosto de 1931 fue el día mi ofrecida. No se me permitió ofrecer mi vida por la conversión de los míos, pero el Santísimo Sacramento me dio mucha luz.

Frecuenté dos años la escuela normal del magisterio por obediencia, para poderme hacer cargo luego en Neuchâtel de una de las secciones de la escuela regentada allí por nuestra S... y para la que la Parroquia había construido un edificio muy pedagógico y moderno con vivienda aneja para las maestras. Lo que se dice, un encanto de escuela.

Durante todo este tiempo y gracias a la tuberculoterapia, me encontré perfectamente bien. El dinero que me mandaba papá era más que suficiente para cubrir mis gastos personales, efectuar anualmente un viaje con objeto de hacer ejercicios espiri-

rituales, pagar al médico y hacer frente a los estudios y demás. Durante cerca de dos años no tuve que pagar pensión alguna porque se me consideraba de la casa.

Sólo Dios sabe, y le bendigo por ello, cuánto hicieron sufrir a mi timidez y orgullo aquellos dos años de asistencia a la escuela normal.

Volví a Neuchâtel comprendiendo que sólo nos queda el tesoro de lo que tenemos la dicha de sacrificar por Jesús.

Reinaba la concordia entre los míos. Cecilia C. había contribuido a ello con sus oraciones y la mejor buena voluntad.

Entretanto mi hermana la de África del Sur perdió a su marido y fue tanto su dolor que gastó el poco dinero que tenía disponible para visitar a sus hermanas en el verano de 1933 a fin de encontrar algún consuelo que compensara un tanto la intensa pena que le embargaba.

Mi hermana Alicia vino de América para pasar en Europa las vacaciones de aquel año. La acompañaron su marido y sus dos hijos de corta edad. Mi hermana Isabel llegó, a su vez, en compañía de la segunda de sus tres hijas, Jacqueline, de cuatro años y medio...

El 4 de junio de 1933 no me encontraba bien de salud, pero, ¡qué gozo sentía! ¡Hacia trece años que no nos reuníamos las tres hermanas! Esta circunstancia implicó multitud de íntimos sacrificios porque ya no me pertenecía a mí misma.

Pasamos con mi hermana Alicia... (1) meses de vacaciones. Después me reclamó el deber a Neuchâ-

(1) En el manuscrito falta el número.

tel, y como mi hermana Isabel no pudo regresar a su casa de Africa por impedirselo su precario estado de salud, se vino conmigo a nuestra «Pensión familiar».

Yo había pedido al Señor una prueba que me permitiera demostrarle que lo quería más que a los míos, esto en reparación de las debilitades tenidas en Milán, y me proporcionó la ocasión propicia. Todo se lo ofrecí por la conversión de mi hermana.

Tiempo de prueba.

Ahora comprendo que es preciso ahorrar a los demás todos los sufrimientos evitables porque, ante todo, tenemos que ser caritativos.

Por no ser admitida a los primeros votos, tuvo que prolongarse seis meses la fecha de formularlos.

En nuestra casa se presentaron dificultades imprevistas y nuestra Superiora cayó enferma, viéndose obligada a dejar su cargo antes de terminarse el trienio de su mandato.

A mí no me abandonaba mi deseo de enclausurarme.

Me expliqué con mi Superiora y con una de las asistentes de la Madre General, encargada provisoriamente de la dirección de la casa de Neuchâtel. Una verdadera santa.

Pero como quiera que no conocía ningún monasterio al que pudiera dirigirme y, por otra parte, me hallaba imposibilitada de realizar las oportunas gestiones, rechacé el deseo como una tentación y decidí quedarme en la congregación que estaba.

La Madre P. (la asistente que he mencionado) dispuso inmediatamente mi traslado a Reims, de donde vendría una amiga a sustituirme en la escuela durante un año.

La casa de Reims era grande y de clausura similar a la de los conventos. La vida seguía un curso muy regular y yo no sentía deseos de salirme. Repartía el tiempo entre los quehaceres que se me habían asignado, el recogimiento y la oración. Fue un período realmente de gracia.

Por segunda vez sufrieron mis votos un nuevo aplazamiento de seis meses, siendo ello motivo de sentirme otra vez tentada y poder visitar a las Clarisas.

«¿Dónde estará la voluntad de Dios?», seguía repitiéndome.

Me faltaron las fuerzas.

Se me concedieron quince días de vacaciones que pasé con la Madre P... Fueron quince días de verdadero paraíso.

Por fin pude emitir los votos el 3 de febrero de 1935. Aunque la fórmula de la S... dice «por un año», yo los hice en mi intención por y para toda la vida. Tampoco obtuve permiso en esta ocasión para ofrecer mi vida por la conversión de los míos.

Monseñor P... (1) a quien consulté sobre el particular, me dijo que en todo caso podía ofrecer mi vida a Dios voluntariamente por la *salvación*, pero no por la «conversión» de los míos, aunque sin pedir la muerte. «Pueden salvarse — me contestó — en su religión y lo importante es que se salven (2). Haga

(1) Vicario General de Reims.

(2) A este respecto conviene recordar la doctrina católica sobre el particular, que encontramos en la carta-encíclica dirigida por Pío IX a los obispos de Italia con fecha 10 de agosto de 1863. «Debemos recordar, muy amados Hijos nuestros y Venerables Hermanos, y condenar un muy grave error de gran número de católicos que creen que pueden conseguir la salvación eterna las

la ofrenda de usted misma para que Dios haga lo que juzgue más conveniente».

— ¡Oh, sí! ¡De todo corazón!

Mons. P... me habló bondadosamente recomendándome que agradeciese a Dios el haberme dado una familia tan cristiana. (Había leído algunas cartas de los míos).

Senti entonces un gran remordimiento interior por lo mucho que había hecho sufrir a mis padres y hermanas, siendo así que todo ello era completamente innecesario...

No he logrado todavía comprender del todo a Mons. P... La verdad está en la Iglesia. Es necesario que se conozca la verdad. Vale, pues, la pena ofrecer la propia vida para ello.

Transcurrido un año, regresé a Neuchâtel. Todo cantaba y sonreía en mi alma. Me confiaron la clase de las más pequeñas. Entre aquellos angelitos no había más que alegría, cantos, almas que todas las mañanas se abrían a la buena semilla.

Todo iba bien en Neuchâtel. Se encargó de la dirección de la casa la Superiora recién nombrada, una mujer joven, esbelta, de silencio ejemplar, dulce,

personas que viven en el error y se hallan separadas de la fe y unidad católicas. Nos sabemos, y vosotros también lo sabéis, que quienes se hallan en ignorancia invencible respecto a nuestra religión, pero observan fielmente la ley natural y los mandamientos que Dios ha grabado en el corazón de todos, si están dispuestos a obedecer al Señor y llevan una vida virtuosa y justa, esos, ayudados por la luz de lo alto y por la divina gracia, pueden alcanzar la vida eterna... Es un dogma católico muy notable que nadie puede salvarse fuera de la Iglesia Católica y que quienes se rebelan contra la autoridad y las definiciones de la misma Iglesia y permanecen obstinadamente apartados de ella y del Pontífice Romano, sucesor de San Pedro, no pueden obtener la salvación eterna.

mortificada y muy dueña de sí. Sin embargo el trabajo que pesaba sobre mí y lo inadecuado del clima, me hicieron perder cuanto de superfluo había en mi naturaleza y reducir el peso de mi cuerpo que aquel verano sólo daba en la báscula cuarenta kilos escasos.

Ciertamente que no se debió a mi Superiora, sino que todo fue como consecuencia de una hemoptisis pasada en Keims un buen día del mes de octubre. Me curé admirablemente y me enviaron a L... para que descansase allí unas semanas, a pesar de que la hemoptisis no había sido muy fuerte.

Regresé a Neuchâtel, donde se continuó mi curación, haciéndome objeto de delicadezas realmente conmovedoras, con lo que la vida volvió a aparecérseme amable.

También me gustaba el trabajo.

Sin embargo,iqué opresión antes de renovar los votos anuales el 3 de febrero de 1936!

Se me figuraba que estaba engañando a Dios. «No te he llamado para esto», me parecía oír en mi interior. Mas todo lo rechacé como peligrosa tentación. Quería ser fiel y, una vez renovados los votos, recobré mi espíritu la calma.

Mas he aquí que cierto día, habiéndose ausentado la Superiora, dijo en la mesa una de las religiosas de más edad que no le extrañaría que hiciese lo mismo que la Superiora de las Hermanas Hospitalarias, a quien ella conocía, la cual había abandonado hacia unos años su cargo de Superiora para hacerse Clarisa.

Yo la escuché con la mayor atención y le pregunté cómo había podido tomar y llevar a cabo semejante resolución estando vinculada a su congregación con votos perpetuos. La Hermana me contestó sin vacilar que siempre se puede pasar de una orden o congre-

gación religiosa de vida activa a otra más austera.

Aquello fue una revelación para mí. ¿Lo creará Padre? En un relámpago vi lo que tenía que hacer, lo que iba a hacer. Sabía que se trataba de algo bueno y lo lograría. Para que una decisión tan importante llegue tan de golpe me parece que debe estar preparada por muchas observaciones y experiencias interiores. El momento oportuno se había presentado de golpe.

Guardé absoluto silencio sobre mi decisión. No crucé palabra alguna con nadie quedando a la espera de que Dios vendría en mi ayuda si tal era su voluntad. ¿Creerá, Padre, que en seguida recuperé los kilos que había perdido, y que me revigoricé mucho?

El Padre Z..., de Neuchâtel, autor de algunos libros que yo había leído y religioso que gozaba de gran reputación de santidad, como venía a confirmarlo la crítica que le hacían algunas malas lenguas, había ayudado a una de nuestras hermanas para pasarse a otra orden de observancia más rigurosa. Nuestra anterior Superiora, la que nos había dejado antes de terminarse el trienio de su mandato, me había prohibido que me confesase con dicho Padre Z... por Pascua, cuando lo buscó nuestro Párroco para que le ayudase. Mi hermana me dijo que era franciscano (así lo creía ella).

En mi interior decidí consultar mi caso con él tan pronto como tuviese oportunidad de hacerlo.

Primeramente fueron adversas todas las circunstancias; pero al fin, casi por verdadero milagro, me fue posible verle y hablarle en casa de sus padres.

¡Cuánta precisión y qué liberación más grande se produjo entonces en mi atormentado espíritu! Sólo te dije que quería ir a rezar en un convento (a nadie

me atrevía a manifestarle mi verdadera intención) y él me contestó, mirándome fijamente: «¡Clarisa!», como si hubiese estado escrito el nombre en mi frente.

Entretanto cayó en mis manos la dirección del monasterio de las Damas Pobres de Béziers, que solicitaban vocaciones.

A un Padre capuchino, que estuvo de paso por la Pascua, le pregunté qué formalidades debían llenarse para el logro de mis propósitos, y ví que todo era fácil y sencillo.

Me sentí inundada de inmenso júbilo. No se trataba de simple sensación sino de profundo reconocimiento a Dios.

Tenía que marcharme antes de que expirasen mis votos anuales para no vacilar y pasar directamente, sin más, de una casa a otra.

Entretanto nuestra Superiora se hallaba en París, a donde había ido para la formulación de sus votos solemnes. Intencionadamente no le dije nada acerca de mis intenciones antes de partir para que no tuviese que preocuparse por mí durante su ausencia. Aquel año, se habían registrado en la casa tres defecciones sucesivas, de las que inmerecidamente se le hacía responsable y tenía causarle algún perjuicio con mi marcha.

Sufrí por la pena que le proporcionaba porque la quería de veras; pero: «*Sire Dieu premier servio*».

Durante su permanencia en la Casa Madre había pensado mi Superiora enviarme durante el verano a unos ejercicios espirituales para jóvenes profesas, que durarían... días.

El Párroco, que era nuestro confesor, examinó detenidamente mi vocación por medio de las conversa-

ciones que sostuvimos, porque yo quería conocer su parecer antes de adoptar una resolución definitiva.

Me aseguré que se trataba de verdadera vocación y que él no podía oponerse a mis propósitos. En consecuencia no debía de negárseme la oportuna autorización solicitada de mis Superiores.

Por mediación del Padre Z... se me abrieron las puertas del monasterio de X... después de recibir varias negativas, entre ellas la del monasterio de Béziers, donde no querían recibir a religiosas procedentes de otras congregaciones.

A mi superiora la tenía al corriente de toda la correspondencia que cursaba y recibía, y a pesar de la contrariedad que me suponían las negativas que me llegaban, me satisfacía verla preocupada por mis asuntos.

Aunque sin quererlo, me dolía en el alma el disgusto que con mi paso daba a mis compañeras de comunidad, a todas las cuales quería entrañablemente. Durante mucho tiempo las tuve presentes en mis oraciones.

Mucho me contrariaba que no hubiese Clarisas en mi tierra, pero me dio alegría saber en X... que se había trasladado allí el monasterio de Orbe con motivo de la Reforma.

Ingresé en el monasterio de X... el primero de septiembre de 1936.

La casa se sostenía con los trabajos de aguja que realizaban las religiosas. Las hermanas estaban reunidas en el salón de la comunidad, convertido en *taller*, desde la mañana a la noche, menos las horas dedicadas al Coro.

En las celdas sólo se estaba para dormir y pasar el tiempo libre de los domingos. Las religiosas se metían,

para descansar, en una especie de caja oblonga, donde tenían que estar sanidadas por no poderse tender del todo.

Sólo teníamos recreo los domingos, pero dos veces al día. Se guardaba el silencio con gran rigurosidad. Tan sólo se hablaba para las oraciones vocales y cuando giraba visita a la casa la Madre Superiora, cosa que acaecía con frecuencia en los primeros meses.

La Reverenda Madre, fuertemente aquejada de los nervios, hacía años que no podía asistir a los Oficios con la comunidad, ni dedicarse a ninguna actividad de manera continua. La inestabilidad era su característica. En cuanto llegaba en seguida se le acomodaba en su sillón y la rodeábamos todas nosotras. También dejaba yo mi banquillo, frente a la pared, qué era el sitio que se me había señalado y en donde tenía que estar sentada, de espaldas al resto de la comunidad, y sin poder cruzar palabra más que con una Hermana que era para mí el «ángel custodio». No había en el monasterio noviciado ni Maestra de Novicias, ni se daba conferencia alguna para instruirnos sobre la vida religiosa.

A mí me estaba permitido dirigirme a la Madre Abadesa; pero no tenía que pedirle nada porque las peticiones se consideraban cosa sospechosa.

En una especie de armario, ingeniosamente dispuesto en el coro, teníamos el Santísimo Sacramento. ¡Qué dicha más grande! Permanecíamos en el coro desde las seis de la mañana hasta las nueve menos diez. A las nueve en punto estábamos todas en el salón de la comunidad.

Nunca hasta entonces me había encontrado tan a gusto ni disfrutado de un tiempo tan precioso.

Teníamos instalada la calefacción central en toda la casa, pero al mediodía ya estaban los radiadores fríos y después, helados. Padecí mucho frío y hambre porque el régimen de vida era más pobre de cuanto cabe imaginar e insuficiente a todas luces la alimentación, tanto por la cantidad como por la calidad. El ayuno cuaresmal consistía en no tomar nada en absoluto, ni siquiera una gota de agua, hasta las once y media.

Extraño me parecía el concepto de la vida religiosa que se tenía en aquel monasterio. Sólo se hablaba con temor y casi con acrimonia de Dios, de la Santa Iglesia y de los superiores.

Durante un recreo habló la Reverenda Madre, admitiéndolo como probable, y conste que era muy reacia y hasta excéptica para admitir cosas semejantes, nos habló, digo, de la petición formulada por el Señor a una persona favorecida con grandes dolencias y sorprendentes revelaciones, para que ayudase a las Clarisas a fundar en Suiza un monasterio con objeto de luchar allí contra el Protestantismo. La idea me entusiasmó y en seguida pensé en la posibilidad de regresar a mi tierra como clarisa y una de las fundadoras de semejante monasterio en el que podrían acogerse las vocaciones de más compatriotas.

Mi camino se iluminó con una viva luz interior. Por Navidad tuvimos visita de un nuevo Superior, que nos fue preguntando a todas las religiosas, una a una, sobre diversos aspectos de la vida de la comunidad, para informarse bien de la marcha general de la casa.

Me aseguró en privado, y luego lo dijo a todas las monjas, en presencia de la Madre Abadesa, que podíamos dirigirnos a él cada vez que quisiéramos en

carta cerrada para exponerle cualquier dificultad. En la comunidad había mucho que rectificar y él cumplió su deber al hablarnos como lo hizo.

Después de la visita se me miró de mala gana. No se me quería para nada en el convento. Durante cuatro días estuve aislada en mi habitación, sin saber a qué obedecía semejante castigo. El encierro no duraba, sin embargo, todo el día, pues me estaba permitido participar en el rezo del divino Oficio y comer en el refectorio con las demás religiosas de la comunidad.

Diez días antes de la Pascua me sobrevino una hemoptisis. Muy bajito y con la mayor precaución pregunté a mi «ángel custodio» si debía manifestar lo que me pasaba. Ella se emocionó (sabía que me querían despedir) y luego me sugirió que se lo dijese a nuestro Capellán. El sacerdote me encargó dijera de su parte a la Superiora que se me prohibía ayunar.

A partir de entonces me servían por la mañana una sopa y aceite de hígado de bacalao.

«Dios mío, ¿cuál será vuestra santa voluntad?», me veía precisada a preguntar.

Por mi parte hice cuanto me fue posible para seguir en el monasterio. En una conversación sostenida a solas con la Reverenda Madre, todo pareció quedar solucionado. Pero al cabo de unos días, y no sin gentileza, me hizo saber la Madre Vicaria que tenía que prepararme para irme lo antes posible, puesto que el Superior había dicho que no se me podía tener en la casa.

El Superior había venido poco antes a predicarnos un sermón, el único que oí con motivo de la Pascua. Pedí a la Superiora que se me permitiese hablar

con él, pero dejó que se marchase sin transmitirle mi ruego. «Ha venido — me dijo — para las religiosas y no para las postulantes».

Yo no sabía adonde dirigirme y sentía gran presión de hablar con el Superior. Le escribí una carta que entregué en sobre cerrado, con el consiguiente escándalo de la Madre Abadesa. «¡En cuatro años que estoy al frente de esta casa — dijo la Superiora — aún no se me ha entregado ninguna carta cerrada más que ésta!».

Luego me echó en cara que no sabía quién era yo, ni de dónde procedía... «Las personas a las que escribe no le contestan — añadió, y era cierto en cuanto a algunas cartas —, ¿quién se ha de tomar la molestia de contestar a una persona como usted? Prepáre su equipaje porque ha de marcharse de aquí antes de veinticuatro horas».

Sin embargo al día siguiente ya estuvo más amable conmigo. Tuvimos visita sanitaria y el médico me dijo que la vida de Clarisa no era para mí. Luego se reunió el capítulo de la comunidad y se me hizo comparecer para notificarme que por unanimidad se había acordado no admitirme, pero no por motivos de salud, puesto que sometida a régimen curativo habría podido pasar, sino debido a mi carácter.

Hay que decir que también la Madre Abadesa estaba enferma. ¿No le parece, Padre, que no debía haber sido superiora estando tantos años enferma?

Antes de partir me dirigió algunas palabras de excusa y con lágrimas en los ojos me rogó que aceptase los designios de la divina Providencia. Me entregó doscientos francos franceses y cinco francos suizos para que atendiera a los primeros gastos de alojamiento y manutención.

Yo hubiera querido rehusar lo que se me ofrecía porque todavía contaba con el tesoro de veinte francos suizos, pero ante la insistencia de la Superiora que me lo pedía por amor de Dios y decía que me los ofrecía con toda sinceridad, a título de reparación, no tuve más remedio que tomarlo. Con todo pensé resarcir con creces aquella dádiva, porque encargué de forma anónima una gran cantidad de castañas de Africa del Sur (1).

Sali de allí como si me hubieran arrancado una parte esencial de mí ser. Había pedido con todo fervor de que era capaz que no se produjese tal desenlace, pero éste se presentó por encima de mi voluntad y de mis fuerzas. Con tan intensidad me había entregado a la oración que hubo día que sólo pude articular alguna que otra avemaría a causa de lo desfallecida que me encontraba.

Pero en ningún momento sentí rencor alguno contra ninguna criatura, y nadie me decepcionó a pesar del verdadero abismo que existía entre aquellas monjitas y yo, tanto por la educación como por la mentalidad y las respectivas necesidades espirituales. Si he escrito lo que procede es por usted, Padre, por el fuego que todo lo devora, imagen del «Horno ardiente de caridad» en que se consumirán todas nuestras desventuras... y para preguntarle si comprende ahora mejor la intensidad del deseo que tenía de un pequeño convento, pobre, pero nuevo, en mi tierra, con

(1) Debe permitírseles publicar estos pormenores primeramente porque son de verdad, y, además, porque creemos que estas páginas las leerán muchas personas religiosas que podrán sacar de ellas provechosas enseñanzas. Tenemos que hacer constar, sin embargo, que en la comunidad a que se refiere la autora del libro ya no existen abusos como los aludidos por ella.

dos finalidades; la primera, luchar contra el Protestantismo, y en segundo lugar, para fundar una casa en la que se viviera la regla con sencillez evangélica. Las nuevas generaciones saldrán transformadas debido a la guerra y no dudo que sabrán realizar los sacrificios necesarios para seguir una vida verdaderamente religiosa sin ninguna deformación.

Le confío los pormenores que anteceden de X... porque sé que es usted religioso de veras. Naturalmente de todo ello no dije una sola palabra a los míos para no contribuir a corroborar el mal concepto que tenían de los católicos.

Creo que constituye un verdadero pecado el desconocimiento que se tiene de las vocaciones que vienen de Dios.

El 10 de abril de 1937 partí definitivamente de X... ¿En qué había quedado mi profesión religiosa por la que tanto había hecho sufrir a los míos?

Antes de que expirasen los votos que tenía formulados, 3 de febrero, pedí permiso para emitir votos privados, pero se me denegó arguyendo que eran contrarios al espíritu de la Iglesia.

Unos días antes habíamos tenido expuesto el Santísimo y oí en mi interior la misma voz que había oído otras veces, aunque pocas. Por eso me era conocida y sabía la inmensa alegría y confianza que despertaba en mí.

«Déjame hacer», me dijo. Y como le preguntara qué debía ofrecerle, me respondió: «Sufrirás...»

He ahí todo lo que saqué de X...

En Lausana me hospedé en una pensión modesta en espera de encontrar pronto alguna colocación con la que hacer frente a mis gastos.

Providencialmente me enteré de que el Padre Z...

estaba predicando unos ejercicios espirituales en Morges, localidad próxima a Lausana, donde pasé mi infancia, por lo que me eran conocidas hasta las piedras y cada uno de sus habitantes. Sin más vacilación, hacia allí me encaminé.

Tenia tal vergüenza encima de mí que procuré no tropezar con ninguna de mis amistades, todas ellas protestantes, pero por obediencia al Padre Z... fui a casa de una amiga que me acogió con gran bondad e inolvidable discreción.

Mediante una corta pensión, o mejor dicho indemnización, permanecí con ella los ocho o diez días que duraron los Ejercicios Espirituales.

Aquellos Ejercicios me hicieron un bien inmenso. Aunque nada tenía que reprocharme, estaba muy triste.

No sabía lo que el Señor pudiera querer de esta insignificante criatura suya.

Sentí gran alegría al saber que el Padre Z... creía en mi vocación religiosa. Aquello fue una verdadera revelación para mí.

Terminados los Ejercicios Espirituales, se me presentó una colocación en el Policlínico como auxiliar de la doctora Olivier.

Tenia que cuidar de una familia de obreros compuesta del matrimonio y seis hijos. Todos ellos padecían de enfermedades venéreas. La madre estaba hospitalizada y los demás recibían un tratamiento a base de inyecciones.

La doctora me aseguró que no existía peligro de contagio, pero que, sin embargo, debía tomar ciertas precauciones.

Como quiera que se trataba de una situación bastante deprimente, nada dije a los míos.

Entretanto, por indicación del Padre Z... pedí ser admitida en un convento, cuya superiora me recibió con mucha amabilidad, y me dijo que también habían despedido del monasterio de X... a una sobrina suya sin dar a conocer los motivos. Me aseguró que, aun sintiéndolo mucho, no podían admitirme por haber profesado ya en otro sitio.

Era la acostumbrada excusa.

«Además — añadió — usted está delicada y lo primero que ha de hacer es restablecerse por completo».

Tan decaída estaba que la doctora Olivier quería hospitalizarme.

La Providencia acudió, sin embargo, en mi ayuda en la persona de la condesa Agliardi que buscaba una acompañante para pasar una temporada en un clima alta, al que tenía que llevar a un hijo suyo, convaleciente de una enfermedad.

«Como su médico de cabecera que soy — me dijo la doctora Olivier — no le permito que se vaya al extranjero en el estado que se encuentra». Sin embargo, como providencialmente no dio el análisis ningún vacío en mis pulmones, no existía peligro de que contagiase a nadie y se me autorizó para trasladarme a Italia.

Partí para *Cortina d'Ampezzo*, estación de primer orden del Tirol, situada en un paraje hermosísimo y muy benigno. Teníamos Misa diaria y el paseo matinal lo aprovechaba para ir a la iglesia a dar gracias.

Me ofrecí en todos los conventos en que juzgaba podía ser admitida, pero en todas partes me rechazaron por haber emitido anteriormente votos religiosos, por la edad (36 años) y la carencia de dote.

Nunca me preocupó el carecer de dote, pues sabido

es que en las casas religiosas se corre el riesgo de preferir una buena dote a una buena vocación, y la pobreza nos pone a cubierto de semejante riesgo.

Estando en *Cortina d'Ampezzo* recibí, reexpedida desde X... una carta de mi hermana Alicia, la de Amé-rica. En ella me informaba de su próxima llegada a Suiza para pasar las vacaciones de verano, y del permiso que le daba su marido para trasladarse a África del Sur, juntamente con sus dos hijas, con objeto de visitar al papá en el Transvaal y presentarle las nietas que aún no conocía. Hacia diecisiete años que no veía a papá. Me decía, además, que sería muy grande su contrariedad si no la acompañaba yo también, pero que aun con todo no dejaría de verme.

En contra de lo que se figuraba mi hermana, escribí en seguida a mis padres pidiéndoles que me proveyesen de los medios necesarios para efectuar el viaje que tantas veces les había denegado.

¿Fue una debilidad, Padre? Con anterioridad había dicho al Señor que renunciaba al afecto de los míos... Más téngase en cuenta que nadie me quería en Suiza ni en Italia, en cuyos dos países no había dejado de intentar ninguna posibilidad, salvo una, cuya dirección me llegó demasiado tarde, precisamente en el momento de la partida.

Con todo consulté el caso con el Padre Z..., que me había aconsejado que fuese a descansar junto al cariño de los míos, llevándoles a cambio el amor de Nuestro Señor, añadiéndome: «Si la llamada del Señor persiste, El se ocupará de abrirle las puertas del monasterio que haya de ser su refugio». Y eso fue lo que en definitiva sucedió.

Sin embargo, hasta el último momento me pareció que cometía una traición, y en vano buscaba una

señal de la voluntad de Dios. Silencio dentro de mí. Silencio en las criaturas. No obstante en todo momento estuve dispuesta a dejar salir a mi hermana... ¿Por qué no me decía nada entonces la voz interior, Padre?

La condesa Agliardi me instaba cuanto podía para que no amargase más la existencia a los míos, que me esperaban con tanta alegría e ilusión y tan bondadosos se me habían mostrado.

En el muelle de Johannesburg, donde estaba esperando mi papá, sólo me buscaba a mí. Cuando me vio exclamó con el mayor alborozo: «¡Por fin!»

¡Qué país más inmenso y magnífico es la Unión Sudafricana! ¡Qué pequeñas me parecían las casas y qué insignificantes las ciudades ante la inmensidad que las rodeaba! ¡Qué pocas torres de iglesia se ven allí! Se necesitan muchas horas de auto o de avión para descubrir alguna que otra. Parece como si ese inmenso y espléndido territorio estuviese esperando algo...

A ocho horas de auto de Johannesburg, en lo alto de una verde colina se halla la casa de mis padres. Llegamos a medianoche y los niños estaban durmiendo.

Lo primero que hicimos fue ir a ver los pollitos nacidos en la incubadora.

Reunión de familia. ¡Gracias, Señor! ¡Había deseado tantísimo que reinase entre nosotros la unión familiar!

Al cabo de un mes acompañé a mi hermana a Johannesburg, desde donde emprendió el viaje directo de regreso a Norteamérica.

Aprovechando la estancia en la ciudad me presenté al Carmelo. Durante el viaje me había informado un misionero belga en el barco que en el Transvaal

tan sólo había dos monasterios contemplativos, el Carmelo de Johannesburg y el de Capuchinos de Melville junto a Durban. El misionero fue muy amable y me dio unas letras de recomendación para el Carmelo.

En Johannesburg me empleé de institutriz en tres familias hebreas, sucesivamente. Necesitaba independizarme económicamente para responder mejor a mi vocación. Presentía que tenía que ganar por lo menos el dinero preciso para el viaje de regreso a Europa.

Habiendo solicitado mi ingreso en el Carmelo huí de esperar bastante porque no respondían desde X... y se necesitaba ineludiblemente una carta testimonial de allí. Cuando llegó la respuesta me dijeron que quedaba admitida, pero no ingresé porque ya tenía hechas todas las gestiones para el viaje de retorno. Y es que, en realidad, no deseaba abrazar ninguna regla monástica fuera de las Clarisas. Sólo había para ellas brasas de rescoldo bajo las cenizas.

Del monasterio de las Clarisas de Jerusalén no tenía más información que lo que de él se dice en la vida de Charles de Foulcaud, pero me sentía inclinada hacia allí guiada por la luz de la esperanza.

Un sacerdote belga, que dio algunos pasos por mí, me facilitó la dirección de la Madre Amandina, Nuestra Dame de Sion, Ecce Homo, Jerusalén. Gracias a él pude partir, porque necesitaba dejar a mis padres una dirección y manifestarla también en los numerosos visados del pasaporte.

Apenas reuní el dinero necesario para el viaje fui a estarme unos días con los míos.

Después de pagado el billete, sólo me quedaron tres esterlinas para vivir en Jerusalén. Tres esterli-

nas... y la ayuda del Señor, si esa era su voluntad. Hasta el último momento no informé a los míos de mi decisión. ¡Pobre papá!

«¿Vuelves al convento?». Le dije que no porque, a decir verdad, no entraba tal eventualidad en mis proyectos. Creía haber perdido la vocación de monja, aunque en el fondo de mi corazón abrigaba cierta esperanza.

Estaba en tratos con una familia del Tirol que deseaba tenerme como institutriz y al decir que sólo pensaba detenerme en Jerusalén, cesó toda oposición y se desvaneció toda contrariedad. ¡Qué dicha! Mi hermano misionero apoyó mi causa, como lo había hecho otras veces, y se me facilitó por parte de todos más dinero del necesario para mi peregrinación.

Papá me encargó que me despidiese de la familia tirolesa porque confiaba que regresase a Sudáfrica después de visitar Tierra Santa.

Cuando llegué a Jerusalén ya me estaban esperando sus cartas en Nôtre Dame de Sion.

El 21 de mayo, por la tarde, papá y Eddy me acompañaron hasta la estación. Cuando el coche echó a andar, me gritó mamá desde la misma puerta de la casa: «¡Volverás!».

24 de junio de 1938. ¡Jerusalén!

Al día siguiente me hallaba rezando ante el Santísimo expuesto aquí (1).

Alguien me tocó por la espalda. Era Sor Angela, y entre nosotras dos se estableció el siguiente diálogo:

— ¿Por dónde ha entrado?

(1) La capilla de las Clarisas.

— Por la puerta.

Había utilizado el pasillo de la casita de al lado.

— ¿Quiere hacerse Clarisa?

— ¿Hay sitio para mí?

— El monasterio tiene cabida para 51 y somos veinte... ¿Quiere hablar con la Reverenda Madre?

— ¡Sí, sí!

Entrevista. El Santísimo Sacramento callaba y no me decía absolutamente nada. Mas el corazón lloraba. No tenía valor. Pero El me lo dio. Siempre me lo ha dado.

Ocho días después ingresaba en el monasterio. Era el 30 de junio de 1938.

Ahí termina el relato de mis debilidades y de la misericordia del Señor. Lo demás le es conocido. Usted sabe las tres gracias que me ha concedido aquí el Señor: Me ha dado...; me ha concedido hacer los votos; y también este voto de víctima que tanto había deseado anteriormente.

La noche de mis primeros votos me dijo el Señor que estaba contento. Me lo dijo tres veces.

¡Ah, Padre! Lo único que me preocupa y que me satisface plenamente en la vida es que el Señor esté contento de mí. Sé que utilizará mis pobres esfuerzos conforme a su poder y misericordia.

La carta que reproducimos a continuación se encontró entre los papeles que a su muerte dejó Sor María de la Trinidad. La escribió después de haber recibido del Carmelo de Johannesburg una respuesta favorable a su petición de ingreso.

Está sin dirección. Probablemente iría dirigida al misionero belga que le había recomendado dicho mo-

nasterio carmelita o tal vez al Padre Z..., que tanto le había ayudado y orientado en Suiza.

Debe tenerse en cuenta que la carta está fechada el 9 de marzo, es decir, dos meses y medio antes de su partida con dirección a Jerusalén, habiéndola escrito, por tanto, cuando todavía no había informado a sus padres de la intención que tenía de peregrinar a la Santa Ciudad.

Johannesburg, 9 - 3 - 38.

Padre: Esta tarde ha llegado la respuesta.

Debo haber perdido mi vocación porque la noticia no me causa ninguna alegría. No siento atracción alguna. Estoy completamente indiferente.

Otra cosa sería si pudiera entrar en las Clarisas. ¿Qué hacer?

Entregaré los documentos que me piden y les diré el estado en que me encuentro. Mientras tanto esperaré la respuesta de usted.

Me encuentro bien de salud, aunque no logro aclimatarme al frío y aquí hace bastante en invierno (estamos a 1500 metros de altura). Con todo, nada de esto me importaría si estuviese segura de mi vocación de carmelita y la verdad es que no lo estoy.

He pensado detenerme en Jerusalén y emplearme con cualquier familia mientras pruebo el clima y me informo si las Clarisas de la Santa Ciudad o de otro sitio están dispuestas a recibirme.

Ya le escribiré, Padre, con lo que me diga la Madre Superiora.

¿Querrá creer que no siento deseos de una vida de continua constricción? Salvo que no sé por qué siem-

pre me ha gustado y he deseado vivir la vida de las Clarisas desde el momento en que por casualidad oí hablar de ellas.

No soy nada generosa, Padre, y por eso presto oído a tantas objeciones. Pero crea que sí es voluntad del Señor que entre en el Carmelo, iré a él.

Adiós, Padre. Muchas gracias por sus oraciones.

SEGUNDA PARTE

LOS APUNTES DE SOR MARIA

«Hay que superar el mal con el bien. Y el bien no se impone, sino que se comunica.»
«Deseo un ejército de víctimas voluntarias que me aporten una colaboración que el mundo me rebusa para la salvación de las almas.»

(De los apuntes de la Hermana).

N. B. Sor María de la Trinidad escribió los pensamientos que siguen, que ella oía en su interior con extraordinaria insistencia y claridad y que le acompañaron en su subida a la perfección espiritual, por orden expresa de su Director Espiritual, que es a quien debemos su división en párrafos numerados.

1. (sin fecha) «¡Olvidate! No te ocupes de tus necesidades materiales o espirituales. Cuando tienes todo lo que necesitas me privas del placer de cuidar-me de tí.»
2. (Enero 1940). «No te defiendas ni hagas valer tus derechos. Déjame que tenga el gusto de defenderte cuando sea hora.
Silencio, silencio... como yo».
3. (Domingo del Buen Pastor, II después de Pascua).
«Hazme ofrenda, mi querida «prometida»:
de toda palabra ociosa que calles,
de todo objeto que no te sea indispensable, aunque te esté permitido tenerlo, del que prescindas,
de toda fatiga y sufrimiento que no adviertan los demás y que tú ocultes,
para darme una prueba de tu amor, y porque tengo ¡gran necesidad de tus obsequios!»
4. (27 de abril. Comunión).
«Benevolencia... Indulgencia... Reserva... Conser-

va tu alma libre y transparente, por encima de los obstáculos, de las preocupaciones, de los malentendidos que suscita la clausura...»

5. *(Después de mi profesión, 29-8-40).*

«Tú eres mía; completamente mía... No te vayas. Quédate conmigo, en mí, que no te abandono jamás. Te he esperado mucho tiempo.

Esta es la única realidad: *Te quiero y te guardo*. Para ahora y para la eternidad. Todo lo demás hay que saberlo soportar con dulzura y paciencia. Son imágenes huidizas que pasan en torno tuyo. Pero yo permanezco. Te quiero y te guardo».

6. «Si te provocan déjame actuar a mí; déjame el placer de defenderte cuando y como lo crea conveniente. Si sufres, acércate más a mí. Siempre te espero. Te comunicaré mis secretos que consuelan y fortalecen».

7. «Si no me das nada, no podré hacer el bien que he dejado a tu iniciativa. Dame el minúsculo granito de tus sacrificios y de tus esfuerzos; yo lo fecundaré. Pero no dejes de darme ese granito.

No pierdas ningún minuto ni ocasión alguna para ofrecermelo lo que te mando.

Mi gracia no te abandona ningún instante: acóge-la. Deseo que mi celo llene tu alma, tu celda y tu monasterio».

8. «Me siento dichoso porque *al fin* has venido. Espero a muchas como tú en mi Iglesia, en mi casa. Para atraerlas haz cuanto te diga».

9. «El futuro me pertenece. ¿Qué has de temer? — Temo la noche, la noche de la fe en que estoy sola».

«Para que alumbre tu camino te he dado a mi Madre, la Estrella matutina; mírala».

— Temo mi debilidad, mi necedad, mis ilusiones. «La obediencia acaba con los ilusionismos. No necesita ser inteligente quien da su vida a la Sabiduría eterna. No pienses más que en mí, no desees más que agradarme y te transformaré».

10. «Procura complacer a tus Superiores, de igual modo que tratas de agradar a tu Esposo; has de adelantarte a sus deseos; haz lo que desean; procura que noten que las quieres y con predilección».

11. Deja que se pierda lo que no te es necesario; lo que no te sea indispensable, para ser completamente mía.

¿Qué te importan los pensamientos, recuerdos, deseos y preocupaciones? Confíamelo todo. Mi gozo está en corresponder, cual Dios a la humilde confianza que se deposita en mí.

12. «Sé realmente pobre de palabras, de gestos, de objetos, de deseos, de todo, con excepción de la unión conmigo y con mi voluntad.

Yo viviré en ti. Déjame obrar, amada mía».

13. «No te rías de tu Superiora (1). Tiene muchas preocupaciones. No quiero que tú seas una más. Quédate en ella. Yo estoy en cada una de las almas en espera de que se me ame para creer en ellas».

(1) Todos tenemos nuestro modo de hablar, andar, etc., a ciertos defectos que se prestan a que otros se rían sin malicia. Sin embargo, si la persona de semejante irrisión está investida de autoridad es reprehensible cualquier burla que se haga de ella.

14. «Se trata de que te ocultes, de hacer ignorar tu existencia; está bien. Sepúltate en mi corazón y déjame actuar; entonces me serviré de ti. Te utilizaré para traer a la Iglesia a muchos protestantes, más de lo que puedas imaginar, porque actúo como Dios. Como Dios que soy, mantengo las promesas; como Dios me complazco en corresponder a la humilde confianza que se deposita en mí.
Pero no me rehusés nada. No me dejes ningún minuto, no me dejes, puesto que siempre estoy contigo. Hazlo todo por mí y nada perderás, porque todo te lo aceptaré. ¡Es tanto lo que deseo que se me sirva con perfección!»

¡Jesús!

1 Enero 1941

15. Dios mío, perdóname mis faltas del año transcurrido. Ya ves lo que me pesan. Te suplico que me ayudes a evitarlas de ahora en adelante.

Perdón por mis despilfarros y omisiones; por el derroche de palabras;

he profanado todos los días el silencio interior. — He derrochado el tiempo con la pereza, la lentitud y la tibieza en mi trabajo.

Perdón por haber descuidado el estudio de mi santa Regla y por las muchas deficiencias en su cumplimiento.

En lo sucesivo, cuando haya de hacer algo procuraré aplicarme a ello con toda la atención que pueda para hacerlo con la perfección que me sea posible.

Perdón por las oraciones vocales recitadas maquinalmente; por las horas de adoración durante las cua-

les he pensado en mí más que Vos, mi Salvador y mi Dios. ¡Mí oculto Salvador!

Perdón por las comuniones insuficientemente preparadas y por las confesiones incompletas.

Perdón por las faltas contra la caridad con penamientos y juicios temerarios; con actos y faltas de cortésia; con palabras imprudentes.

Aquí tenéis. Señor, este cúmulo de miserias que soy yo. Os lo ofrezco.

Resolución: fidelidad.

Me dedicaré por entero a hacer bien lo que tenga que hacer.

Silencio.

Prepararé las santas comuniones.

Procuraré tener el valor necesario para ser explícita y clara en las confesiones.

† No juzgaré. Sólo amaré, amaré... —

Dios mío, ayúdame a no buscar ningún consuelo ni ninguna mitigación fuera de las prescritas por nuestra santa Regla.

Ayúdame a ser rigurosamente fiel, Señor mío Jesucristo, que tanto habéis sufrido por mí.

Dignaos acceder a mi deseo de sufrir; de ofrecer el mayor sufrimiento posible.

16. «Si, el trabajo es una alegría, y, al mismo tiempo, una gran dignidad para el hombre. Pero no quiero solamente tus obras, sino que te quiero a ti. Me deshonras cuando no piensas más que en tu trabajo».

17. (*Comunión, 1.º de enero.*)

«Haz todo lo que debas hacer con la mayor perfección posible. Sé buena con todas tus Hermanas y Superiores. No juzgues a ninguna.

Sé buena... amable, amable, amable...

Es a mí, a tu Jesús, a quien debes amar en tu prójimo, a mí que me oculto en cada alma. Para crecer en ellas tengo gran necesidad de encontrar corazones que me deseen y amen en las almas...?

18. «No me abandones, pobrecita y pequeña criatura. ¡Si tu supieras lo que me necesitas!

Voy en busca de un corazón que me ame sin ninguna reserva, de una voluntad que se funda con la mía, de un espíritu tan vacío de egoísmo que pueda invadirlo mi espíritu y reinar en él como Rey...

¿Quieres tú ser ese corazón, esa voluntad y ese espíritu?

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡ Vos sabéis lo mucho que os amo!

19. «No te vengues jamás, aunque sólo sea imperceptiblemente o para vengar a otros.

— Quien se venga, reniega de mí; reniega de mí que soy la Reparación. —

«Es necesario vencer el mal con el bien».

— 20. «Guarda silencio en torno tuyo y en ti. ¿Qué te importa lo demás? ¿Acaso no estoy contigo? — Entonces me escucharás, me consolarás y hablarémos los dos, — entonces me amarás.

— ¡Oh, Dios mío, Dios mío! Yo no os pido más que amor para amaros como deseáis que se os ame. Quebrantad la dureza de mi corazón; dadme vuestro amor.

21. «Escúchame, no dudes. Si me quieres, adivinarás mis deseos y en recompensa de tu fidelidad será cada vez mayor tu amor.

¿Te asusta esta ofrenda? (1). Pues has de saber que te he guiado hasta ahora para que lo hicieras. ¿Qué has hecho de tu vocación? ¿No has visto cómo te he ido llevando en todo? Nada tienes que temer. Eres libre de hacer lo que quieras; pero sólo me lo habrás dado todo cuando realices esa ofrenda que espero. ¿No quieres dárme lo todo?

Por hoy me basta con que me des solamente las palabras superfluas que reprimas. Dame muchas de ellas».

22. «Sí, yo soy el Amor. Tú me rechazas cada vez que obras de modo diferente a como te lo sugiere el Amor y así te privas de amar. Sin mí no puede amar tu corazón.

El amor no tiene ojos para ver las ofensas, sino que siempre perdona, siempre, sin cansarse jamás de hacerlo. Ama sin tregua y crece sin cesar. Sé generosa con tus Hermanas. Yo te invadiré por completo».

23. (1 de julio: Fiesta de la Preciosísima Sangre).

«Me ofendes cuando malgastas el tiempo; desprecias mis dones, el presente que pongo en manos de tu amor y de tu generosidad».

24. «Sí, te has confesado bien; sin embargo no estás satisfecha por no haber dicho cuanto deseabas. No pienses ya en el pasado. No juzgues a nadie. Deja de pensar en eso. Piensa solamente en mí, escúchame...»

25. «Te quiero porque eres muy, muy miserable. No sabes cuánto te quiero. Te quiero porque nada puedes hacer sin mí y porque deseo que estés conten-

(1) El voto de víctima.

ta y seas feliz. Además porque he dado mi vida por ti».

26. (16 de agosto). «Pon tus cosas en orden. Estate preparada porque pronto vendré a buscarte. Vendré a buscarte de repente».

*
¡Jesús!

27. (31 de agosto) — Dios mío, hoy vuelvo a empujar mi humilde existencia dentro de la más exacta obediencia a cuanto me diga el Padre Espiritual.

No me ocuparé más que de Vos y de mis obligaciones de estado; de Vos, que me esperáis desde hace tanto tiempo — y cuyos dones tanto he malgastado. ¡He desperdiciado un tiempo precioso!

Madre, mi querida y dulce Madre, confiad esta pobre vida a Jesús. Que El la llene por completo de ahora en adelante — y que no haga lo que quiera.

Enseñadme, ¡oh Madre de Cristo! a dárselo todo.

28. «Te quiero porque he dado mi vida por ti. Te quiero porque me escuchas, porque empiezas a escucharme; — me escucharás cada vez más.

Te quiero porque nada puedes hacer sin mí...»

29. «¿Comprendes que no eres más que nada? Tú sola no eres sino rebelión, oposición, negación. Solamente es Dios.

Yo soy tu vida. ¿Lo comprendes? Te acompaño como tu respiración, como tu aliento, en tu alma. Tan cerca me tienes.

Yo te induzco a que seas paciente, dulce y aceptes lo que te sobreviene... Pídemelo todo. Pídemelo cada día, cada mañana lo que te haga falta para la jornada, para ti y para todos los hombres.

¡Me es muy grato responder! Siempre respondo; pero mi respuesta es diversa. Comprenderías mejor mi respuesta si supieras vivir de fe».

30. «¿Comprendes ahora lo infortunada que eres cuando rehusas darme lo que te pido? Yo pido por medio de los deseos de tus Superiores y de tus Hermanas. Presta atención. No rehuys nunca las peticiones, como todavía te ocurre con frecuencia».

31. «La más sacrificada de todo el monasterio no es la que hace el trabajo más visible, sino la que más trabajo invisible efectúa, la que sabe ocultarse mejor, sin incomodar a nadie, la que alivia a otras y tiene el alma tan transparente que deja ver lo que hay en ella. El trabajo más importante no es el que hacéis, sino el que me dejáis hacer entre vosotras» (1).

32. «El peligro del clausiro está en buscar alguna distracción para vuestra vida de privaciones fuera de mí, en las criaturas. ¡Fuera de mí, que os estoy esperando! ¡De mí, que más que el consuelo soy la fuente de la alegría!

¡Bebed en la misma fuente, como vuestro Padre San Francisco!

33. «No tengas ningún inconveniente en repetir

(1) Había en el convento una religiosa bastante buena, de gran espíritu de sacrificio, que trabajaba mucho visiblemente.

Nada se empeñaba sin ella, nada se ajustaba — por no decir que se decidía — sin ella. Llenaba todo el monasterio. Creíase que faltando ella, se paralizaría o poco menos la vida del convento. Dios permitió que faltase aquella monja y no por eso se resintió la vida conventual.

— Guardémoslos de nuestra «importancia interior», de creencias indispensables.

a tu Padre Espiritual lo que te digo, pues no hay en ello nada de extraordinario. Hablo a todas y cada una de las almas. Hay algunas que no me entienden porque no me escuchan.

Es necesario guardar un profundo silencio por que mi voz es muy suave. Debe librarse al alma de toda preocupación; se me ha de amar en espíritu y verdad, — estar siempre y en todo con la verdad».

34. «Sí, yo soy quien te habla. ¿Por qué no me crees? ¿Te he engañado alguna vez? Hasta ahora cuanto te he dicho ha sucedido».

35. «Tienes demasiadas pequeñas cosas: Da, simplifica tu bagaje, quédate con lo estrictamente necesario. Deja a los demás lo superfluo, el cuidado de las bagatelas. ¡Quiéreme! Te descoo pobre, toda enteramente para mí.

Precisamente por esto he cambiado tu trabajo: estás más libre interiormente; más pobre, más dependiente exteriormente; más para mí.
Y ello para que me escuches».

36. «Te dan más de comer. Está bien. Así cuando venga a buscarte se verá que soy yo quien viene por tí y que no hay otra causa. Prepárate. Cumple tu deber lo más y mejor que puedas.

Los santos han atraído muchas almas a mi Iglesia con el fulgor de su santidad. Tú no puedes. Eso no importa. Dámelo todo; me serviré de lo que me des para atraer muchas almas a mi Iglesia.
Dámelo todo».

— ¡Dios mío! ¡Gracias, gracias, gracias, gracias!

37. «No pierdas tu serenidad por causa del trabajo. Una religiosa ha de dominar con el espíritu la

tarea que se le confie, pues de lo contrario será una mercenaria, y no una religiosa.

Tenéis que simplificar y reducir vuestras (1) necesidades, como hacía mi Madre. Hay que tomar con calma decisiones juiciosas y serenas.

El orden consiste en buscar ante todo el Reino de Dios y su justicia en todas las cosas; lo demás viene por añadidura.

No os preocupéis del resultado de vuestras obras. Yo doy el acrecentamiento y la fecundidad en la misma medida que se me confían.

¡Qué florecientes serían los monasterios si tuviesen el espíritu de fe y de pobreza, que todo lo da, y se esforzaran sus moradores en hacer tan sólo lo que pido! Te pido que cumplas con exactitud la santa Regla, que obedezcas a tu Padre Espiritual y a tus Superiores, que aceptes lo que te mando y que me escuches.

Préstame atención por los que no quieren oír mi voz.

Te amo porque también me has amado tú siempre.

No sabías que, amando a los tuyos, a quienes he puesto en tu camino, me amabas a mí; no sabías que me amabas a mí en ellos y que nunca has querido contristarme.

Ahora ya me conoces y me has encontrado. Dame tus sufrimientos en señal de amor y para obligarme a atraer hacia mí a otras almas, como he hecho con la tuya.

Te he atraído en la noche. Ahora marcharás siempre hacia una mayor claridad».

(1) Es de notar el cambio del «número» (es decir, el pase del singular al plural).

38. «Sí, la acusación (1) repara la falta cuando se manifiesta con verdadero deseo de reparar. Conserva en la verdad.

39. «Los protestantes se ven privados de la verdadera Fe porque no aceptan la intercesión de mi Madre, Mediadora de todas las gracias.

Ama a mi Madre para reparar su ceguera; ofrezca el Rosario de la medianoche cuantas veces te lo permita la Superiora (2).

40. «Cuanto más me des, más aumentaré tu capacidad de dar.

Ya ves que mantengo y he mantenido siempre mi palabra. ¿Por qué no me has de creer?»

41. «Has hecho bien en ceder a las exigencias de tu pequeña Hermana, aunque tenías excelentes motivos para no obedecerle. Estoy contento de ti.

Te hablo por boca de los demás. Aunque lo que te digan no sea siempre exactamente lo que deseo, siempre soy yo quien te pide un acto de amor.

Obedéceles con el mismo amor que a mí. Tú eres mi Benjamina.

Eres toda mía.

Permanece siempre en esta disposición».

(1) Se refiere a la acusación pública en el Capítulo de la comunidad.

(2) A causa del oscurecimiento impuesto a la ciudad con motivo de la guerra, las religiosas no podían rezar el oficio canónico a media noche. Por eso adelantaron el rezar de algunas horas; pero con el fin de cumplir la prescripción de levantarse a media noche, rezaban a esa hora el santo Rosario reuniéndose todas ellas en el coro. Mas por el procaro estado de su salud, Sor María de la Trinidad sólo podía tomar parte en dicho acto tres veces a la semana.

— Puesto que tanto me amáis y estáis contento de mí, ¡Dios mío! concededme, en nombre de Jesús, la conversión de los míos.

«Cree, espera, sacrificate; déjalos de mi cuenta».

42. «Sí, deseo que te ocupes de los demás. Tú única obligación es pedir por ellos.

Esta pequeña penitencia suplementaria puedes ofrecérmela todos los días con esta intención si te lo permite tu Padre Espiritual (1).

La obediencia y el amor para ofrecerme las penitencias son los móviles que más me conmueven. Tengo compasión. ¡Cuánta compasión tengo!

¡Cuánto deseo, y cuánta necesidad tengo de que la generosidad de unos repare por otros!

El amor es el que repara.

Los pecados siempre implican falta de amor para con el Señor.

Ama, ama a tus hermanos. Ama mucho a tus Superiores; tienen necesidad de ello. Pero en silencio».

43. «Así como son precisas las tempestades en la naturaleza, también son necesarias en toda alma viviente.

No pierdas tu serenidad para con las que se ven probadas. Ruega por ellas; ofrece los sufrimientos de mi pasión y alguna privación, algún que otro sufrimiento que te impongas voluntariamente».

44. «Yo sólo pido amor. ¡Ah! ¿Qué hacéis vosotros?...»

45. «¡Cuántas preocupaciones y sombras en tu co-

(1) Se refiere a una pequeña penitencia para la que había obtenido la correspondiente licencia de la Superiora.

razón!. Piensa en mí, la Belleza perfecta, el Espionador, la Paz, la Vida, la Verdad, la Santidad, — pien-
sa en mí, tu Dios, que tanto te ama!

Dame tu corazón. — ¿No quieres darme también
tu vida? La deseo, tengo necesidad de ella».

46. «¡Es tan gran cosa el pertenecerme! ¿Qué te
importa lo demás? Entrégale por entero al gozo de
pertenecerme. Quiero que seas enteramente mía».

47. «Las miserias del claustro son inevitables, pe-
ro quienes me aman no reparan en ellas. Tu verda-
dero claustro, sin límites, es mi corazón; aquí tienes
tu refugio y tu cuna. Siempre está abierto y te espe-
ra de continuo. En él hallarás alegría, fortaleza, dul-
zura y amor. Te quiero alegre y fuerte, irresistible-
mente amante y dulcísima».

48. «¿Qué te importa que no se te desee en esta
casa (1), siempre que yo te desee y esté contento de
ti? Yo te protejo a mi manera; protejo tu alma. He
deseado que en tu vida exterior tengas alguna seve-
ridad, algún rigor, como me lo has ofrecido. ¿Estás
contenta?»

— ¡Dios mío, Dios mío! ¡Yo sólo os deseo a Vos!
¡Ya lo sabéis!

49. «¿No te basto yo? ¿No te basta saber que te
quiere tu Jesús?»

50.— ¡Dios mío, Vos sois, espíritu! Sólo os acoge-
mos cuando nos amamos recíprocamente.

Dadme la gracia de acogeros. Concededme que
nos amemos mutuamente. —

(1) Impresión debida a alguna antipatía más o menos ma-
fiesta con respecto a ella.

51. Te separaré de todas las criaturas para que
seas enteramente mía. ¿Lo quieres tú? Entonces me
lo darás todo y me serviré de tu pobre vida».

52. «Pídemme dos gracias para la vida común: la
indulgencia para las demás, — «dejar crecer la cizaña +
juntamente con el buen grano», — y la fortaleza en
toda ocasión, sin desmayo, para superar el mal con
el bien, en silencio».

53. «Iré a Suiza por ti. Las Clarisas volverán allí
con una persona más idónea que tú. Tú no puedes
hacer mucho bien en la tierra, tienes pocas dotes para
eso, eres inhábil. No era ésa tu misión. Tu misión ha
sido la de darme tu pobre vida para servirme de ella
como me plazca. Pronto será tu misión la de orar sin
tregua cerca de mí para que las almas me encuentren
y acojan: para que las almas de buena voluntad retor-
nen a la Iglesia. ¡Ah, si conociérais el don de Dios!»

54. Te quiero toda mía, ¡Eres tan miserable! ¡Tie-
nes tanta necesidad de mí! Yo te guardaré en lo más
profundo de mi corazón; eres mi querida niña. Jun-
tos haremos algo bueno, como ya te dije en Millán (1);
pero será en el Cielo donde trabajes con plenitud.
No, tú no has hecho grandes cosas en la tierra; pero
me has dado lo que te he pedido. Pronto seré yo quien
te dé mi don.

Prepárate; despréndete de todo, te quiero toda
entera para mí».

¡Jesús!

55. «¡Escúchame! No pierdas un minuto. Pero no
te agites porque quien se agita derrocha.

(1) Cfr. el relato de su conversión y de su vocación.

Piensa en tu madrina (1), tan cargada de obras y de responsabilidades. ¿La has visto alguna vez apresurarse y agitarse? Siempre está tranquila y sonriente.

Piensa en mi Madre, que lo es también tuya. ¿Quién con más graves responsabilidades que Ella? Y, sin embargo siempre se mantuvo en calma y estuvo sonriente porque yo llenaba toda su alma. No te agites, no te inquietes. Todo pasa, excepto tu Dios.

Yo soy el orden y la calma perfecta, a pesar de ser también vida, movimiento y acción.

Para vivir mi vida, debes permanecer en mi silencio.

¡Te quiero! ¿No llena eso de completa felicidad cada uno de tus minutos? Te quiero y deseo que lo sepas. ¡Ah, si supieras lo mucho que te quiero, hija mía!

56. «No tengas miedo de venir a mí.

No te quejes, ni siquiera a tu Padre Espiritual. Si tienes alguna dificultad en la vida exterior, ¿no es cierto que cuentas con mi ternura para la interior?

Yo veo todos los sufrimientos, todos los esfuerzos, todas las injusticias, y no sólo respondo a los deseos de cada alma con perfecta justicia, sino según mi amor que sabe dar divinamente...

Las que desean el afecto, la aprobación de las criaturas, sobre todo de sus Superiores, no hacen mal; se lo concedo.

También tendrán como desean las que me piden la prosperidad material para mi servicio y se esfuerzan con tal fin. Igualmente concedo mi intimidad

(1) Persona dedicada por entero a la Acción Católica.

a quienes la desean, la piden y la prefieren a todos los demás bienes.

— ¡Ah!, ¡qué pocas son las almas que ante todo desean el Reino de Dios y su justicia!...

57. «Cumple fielmente y con la mayor perfección que puedas tu deber. No pretendas introducir cambios en tu modo de vivir; ni las penitencias, ni las privaciones variarán la hora en que he de venir a buscarte».

58. Todavía no eres del todo obediente; con cierta frecuencia no lo dejas todo al primer toque de la campanilla. Responde con mayor presteza a mi voz, a mí que te quiero y te espero desde hace tanto tiempo.

Dejaio todo. Que ni haya en el mundo para ti nada más que el amor entre nosotros dos.

Da, simplifica tu vida, libérate de todo. Sé completamente pobre para ser del todo mía.

Sé más sencilla con tu Padre Espiritual; muéstrate tal como eres... Ha de leer en tu alma sin esforzarse, como en un libro abierto.

No te inquietes; pídele consejo para todo lo que te preocupa y haz exactamente lo que te diga...

Sé recta y más sencilla con tus Madres: quírelas. Deseo que notes que vives para mí fuera de todas las adulaciones, intrigas y malentendidos. Sé siempre muy sincera...

59. «Nunca rehúso lo que esperáis de mí. En cambio, ¡qué pocas veces recibo lo que espero de vosotros!

Espero que dejéis las preocupaciones por cosas pasajeras y vengáis a mi corazón, que os está esperando».

do. ¡Qué pocas son las almas que no se detienen por el camino! Y sin embargo, yo solo soy quien puede daros el orden, la unión, la alegría, la verdadera actividad...

Querida hija, no te detengas por el camino».

60. «Hace días que podías haberte desprendido de lo superfluo en torno tuyo (1). Has de reparar el tiempo perdido en la tibieza con la intensidad de tu amor.

Librate de todo. ¡Qué dichoso me harás el día que te desprendas de todo y seas enteramente mía! Despréndete hasta de lo que te preocupa.

Sé sencilla con el Padre Espiritual. Pídele consejo en todo sin ningún fin oculto».

61. «Hay diversas clases de caridad: la del buen samaritano, que cura las heridas de cuerpo y alma; la que previene las llagas con la vigilancia haciendo a los demás en todas las ocasiones lo que se quisiera que los demás nos hiciesen a nosotros;

pero la caridad más exquisita es la interior, que se sumerge en Dios y sólo se ocupa de mostrarlo y darlo a conocer a los demás; es la caridad que libera a las almas para que de por sí vengan a mí, que doy consuelo, fortaleza y vida.

Hay muchas buenas voluntades;

la que me da vuestras buenas obras;

la que me da vuestra libertad, vuestra voluntad;

(1) Realizando cierto día un examen más cuidadoso que de ordinario de su celda, encontró Sor María algunos objetos que no juzgó del todo necesarios para su trabajo. Llevada de su espíritu de pobreza en seguida se desprendió de ellos y a esto aluden las palabras del Señor.

la que se une a mis sufrimientos, que se ofrece como víctima para participar también en la expiación de los pecados. Es la buena voluntad de mis amigos, de mis íntimos.

Tan intenso es el amor que os tengo, que no ha podido expresarse por nada mejor que por el sufrimiento: de ese mismo modo ha de expresarse que se me quiere.

¿Lo has entendido?

¿Ves cómo te he amado, cómo te he esperado y cómo te espero?»

62. «Te quiero enteramente mía, — en el sufrimiento.

Se me busca lejos, siendo así que me tenéis tan cerca de vosotras. No tenéis más que bajar a vuestro corazón y escuchar».

63. «Todo el desorden proviene de que no se presta oído a la Iglesia. Se quiere vivir fuera de mi Iglesia, que es donde me encuentro yo, que soy la fuente, la familia...

Y los que están en la Iglesia se olvidan de escucharme.

Hay quien se figura que soy un amo, cuando siempre estoy indefectiblemente a vuestro servicio, correspondiendo a vuestros ruegos, esperando que me pidáis los mejores dones.

Se ocultan mi santidad y mi justicia cuando me inclino hacia vosotras; sólo aparece mi ilimitado amor, que pide el vuestro, confiando en vosotras, en la esperanza de vuestra generosidad.

Déjalo todo para ser enteramente mía, para amar-me como un Dios y Salvador merece que se le ame.

Escúchame y mira...
¿Entiendes?...

¡Jesús!

64. «Se me busca lejos, siendo así que estoy tan cerca.

¿Has comprendido cuánto estoy contigo, en ti? Apé-
nas me llamas, respondo. Siempre estoy presente. —
¿Qué te falta?»

— Dios mío, ¡qué se extiende vuestro amor; que
reine en todas las criaturas: la unión, la unión, la
unión!

«Pídemelo sin cansarte con tus deseos y tus actos.
En la misma medida que te olvides de ti contri-
buirás a que se realice la unión.

¡Dichosas las familias y los monasterios que tie-
nen enfermos! Porque con las visitas a los enfermos
se salvaguarda la práctica de la dulzura y de la pa-
ciencia.

Los enfermos expían, llevan mi imagen; la ima-
gen del Cristo que sufre en su Iglesia.

Consolarlos con espíritu de fe es cumplir la obra
de reparación en la Iglesia, la reparación que es-
pero de los que me aman.

Un hogar donde no hay enfermos está expuesto
a vivir más para ti que para mí.

Yo me hago más sensible, actúo más donde hay
sufrimiento, porque allí se me acoge, se me escucha...
Te quiero toda mía, en el sufrimiento».

65. «Te he traído a Jerusalén para que subamos
juntos al Calvario. Allí me crucificaron cruelmente.
Puesto que me amas, si te dejas guitar, tendrás ta-

ladrados los pies, las manos y el corazón. El cora-
zón, apartándote de tu criatura; las manos, em-
pleándolas en trabajos que no te gustan; los pies,
no yendo a donde quisieras ir. Pero no estarás clava-
da en una cruz voluntariamente; estarás indisolu-
blemente ligada a mi corazón para que nada te pue-
da separar ya de mí. Y si correspondes con amor,
aumentaré tu amor, y te compenetraré conmigo.
«Déjame obrar en ti».

66. «Se tiene una idea injusta de mí. Se me consi-
dera un dueño que distribuye los favores a su talan-
te y que impone su voluntad.

Ya sabes que nada impongo. Me siento impotente
ante vuestra libertad. Yo mendigo vuestro amor.

¡Mírame palpitando en la cruz: ésa es mi reali-
za! Expié por vosotras; pero no os obligo a creerlo.
Me limito a mostraros mi Pasión — ¿es elocuente?
— y espero. Mi divinidad es de una paciencia incan-
sable. Espero a las almas siglos enteros. Jamás re-
chazo. Pídemme la gracia de conocerme mejor.

Haz tú lo mismo con tu vida. Repara; expía; ama
sin pedir nada a cambio; y espera también con pa-
ciencia que se te ame. No rehuyas nunca el hacer fa-
vores. A mí me honras y sirves delicadamente; ¡ten-
go tanta necesidad de ello!»

67. «No puedes contar grandes cosas de tu vida;
es cierto. Pero has hecho lo que te he pedido. Podré
servirme de ti; me serviré de tu vida.

Tengo prisa de que seas toda mía Prepárate. Cuan-
do estés dispuesta vendré a buscarte».

68. «Pasé por el mundo haciendo bien, llevaba conmigo la paz, el orden, la bondad, la amabilidad.

Curaba a los enfermos; perdonaba los pecados; proporcionaba la alegría, la verdadera alegría, la alegría tranquila.

Traje las bienaventuranzas.

Dí a conocer a Dios.

Porque si los hombres no aman a Dios es porque no le conocen.

Hay que dar a conocer a Dios. Esa es la caridad. No hay que enfurecerse contra el mal, sino superarlo con el bien.

El bien siempre triunfa a su debido tiempo.

69. «Fíjate a qué estado me han reducido... A eso me ha llevado el amor que tengo a los hombres. ¡Ah, la expiación!... Y todo para ganar vuestro corazón, para poder reinar en él. Vuestra libertad me crucificó.

Todo lo puedo en un corazón que me ama. Pero si no se me ama me siento impotente. Quienes no me aman es porque no me conocen. Trabaja para hacer que me amen».

—¿Cómo?

«Con los medios que he elegido: el sufrimiento que expía y repara y el amor que da a Dios...»

70. «Tal vez no te quieras mucho tus Hermanas y Superiores, —¿qué importa? Deseo que las quieras lo mismo que a mí y que tengas para ellas las mismas deferencias e idénticas atenciones que tendrías para mí» (1).

(1) El Señor no nos pide que amemos a los demás como se le debe amar a El, por encima de todas las cosas; pero quiere que, por amor, se les haga todo el bien que se hacía a Dios si estuviese visible entre nosotros.

71. «Escucha, no hay que dar demasiada importancia a la actividad natural. «*Sin mi nada podéis hacer*».

El espíritu del mundo desea naturalezas desevueltas, despiertas, como suele decirse, alabándolas.

Fácil resulta inquietarse, obrar de forma satisfactoria; pero es muy difícil renunciarse y dejarme obrar a mí. Y sin embargo, es la única actividad fecunda la que perdura en la eternidad.

Permanece en mí. Cuenta conmigo...».

72. «Nada eres. Pero tu nada será eternamente feliz porque te tendré siempre cerca de mí.

Así como somos felices y uno en la Santísima Trinidad, también deseo que todas las criaturas estén unidas a nuestra inmensa alegría — todas, todas, todas mis criaturas...».

73. — Dios mío, ya no me habláis. Decidme algo...
«Dentro de pocos».

74. «Cuando la enfermedad o una calamidad os aparta de las Hermanas o desbarajusta el orden de un monasterio, no ha de considerarse una desventura. Eso no influye más que en los medios.

En cambio, cuando os falta espíritu de fe, cuando herís a alguien con vuestra negligente comprensión de la caridad, entonces sí que se produce una verdadera desgracia. Os oponéis a mi acción y con ello retardáis el reino de Dios. Eso sí que es una desgracia. Y apenas reparáis en ello...».

75. «¡Venga a nosotros tu reino! ¿Cuándo comprenderéis que eso requiere sacrificios materiales y

oraciones mucho más profundas que las que rezáis con los labios?»

76. «Ten por señalado favor toda ocasión para hacer algo bueno invisible, porque se hacen por mí. Por pequeñas que sean esas acciones me demuestran tu amor».

77. «Recuerda con frecuencia que todas vosotras sois seres en evolución, dependientes de mi gracia y dependientes también los unos de los otros, responsables de lo que llegáis a ser».

Todas las criaturas humanas estáis compuestas de muchos elementos. Ninguna es completamente buena ni enteramente mala. Hay que dejar crecer la cizaña entre las matas de trigo».

78. «Es necesario cultivar las matas de grano bueno procurando no ver lo que hay en ellas de malo. Quién comprenda esto no sentirá antipatías...»

En cada persona humana está presente la Stma. Trinidad, y cada una de ellas tiene el carácter que Dios le ha dado al crear su alma, lo cual le hace que sea «ella». Cada alma tiene su propia belleza y da gloria a Dios de una manera particular.

→ Cuando se comprende esto no se siente envidia.

→ Cada alma tiene su propia misión, única; hay que ayudarle a cumplirla y a utilizar las reservas de amor y de generosidad que Dios oculta en cada una de ellas.

→ Si se comprendiese esto, sólo habría una corriente de colaboración para apresurar la venida de mi Reino...

→ Reza para pedir la unión. Reza mucho».

¡Jesús!

79. «Cuando se os presente una prueba debéis preguntaros qué mal habéis hecho o qué bien habéis omitido».

Tenéis que ser conscientes de vuestras responsabilidades y de cómo os comportáis. Primeramente hay que comprender y luego, reparar. Entonces veréis cómo cesa la prueba en cuanto no sea necesaria».

(*Vigilia de Todos los Santos, 1941*).

80. «Sí, deseo que te ofrezcas como víctima voluntaria; pero quisiera que contases para ello con tu Superiora porque formas parte de la Comunidad. Ahora bien, para que se sepa que las religiosas no deben atender solamente al sostenimiento de su monasterio sino trabajar antes que nada por el Reino de Dios y su justicia, daré la señal pedida... (1)».

La religiosa que no ha hecho el voto de víctima pertenece ante todo a su Comunidad, y aun siendo Dios el dueño absoluto de su destino, tiene en cuenta sus obligaciones para con la Comunidad.

La religiosa que ha hecho el voto de víctima se entrega al beneplácito de Dios, cualesquiera que sean sus obligaciones para con la Comunidad. Es completamente de Dios».

81. «Sí, es por ti, y no por tus Superiores, por lo que he dicho que hay que ser conscientes de las propias responsabilidades, lo cual requiere un esfuerzo de sinceridad y de olvido de sí».

(1) La señal fue principalmente el inesperado consentimiento de la Superiora.

Por pobre e inútil que sea tu vida, eres responsable de las almas que conoces, cuyas dificultades conoces, y su ignorancia de tu Jesús. Eres responsable en la medida que lo comprendas.

No todos ven la miseria moral, la incapacidad de las almas prisioneras del pecado. Pero quienes las vean, *deben* acudir en su ayuda a toda costa. No lo dudes. Conmigo todo lo puedes.

82. «Tu Superiora ha hecho bien advirtiéndote que podías venir al Rosario cuatro noches. He querido que seas Clarisa para que reces también por la noche. ¿Qué temes? Yo te ayudaré. Ofrece esta cuarta noche por ella».

83. «Sacrificate por tu Comunidad y por tu familia, la familia que yo te he dado».

84. «Nadie ha tenido que deplorar jamás el haberme dado algo.

Hay que hacer *todo lo que se pueda* y sólo así se puede esperar después mi ayuda».

«Tenéis motivos para llorar por la ausencia de... Es natural. Pero mira cómo se acostumbra a prescindir de mí, que he dado la vida por cada una de mis criaturas...»

¡Jesús!

85. «Hijita mía, fíjate que mal patrón es la materia: se alza contra quienes la sirven y los encierra en sus límites.

Por el contrario, todo el tiempo, todos los cuidados que dedicáis al espíritu, os liberan de lo que es precedero.

Lo mismo que ocurre en grande en las naciones ocurre en el gobierno de las familias y de las comunidades.

Cuanto más sirve una criatura al espíritu, tanto más simplifica, facilita y domina el trabajo material y los negocios. Si le oprime lo material es porque descuida lo espiritual.

Hijita mía querida, siempre hay que buscar «ante todo el Reino de Dios y su justicia, y lo demás se dará por añadiduras».

No tardes en comprenderlo...»

86. «Sí, hay multitud de víctimas que libran al Amor y a la Justicia de la destrucción. Las que lo son pasivamente me glorifican con su paciencia y con la soportación de las consecuencias de los pecados que no han cometido, con su caridad que repara y perdona.

Las que se ofrecen voluntariamente para la explicación me glorifican todavía más: me dan la mayor prueba de amor. Son las ovejitas que me conocen y conocen mi voz.

¿Quieres?...»

87. (2 de noviembre). ¿No estás impaciente por venir a mí? No hay que temer la muerte. ¿No sabes que estaré contigo?...»

88. «Sí, las Clarisas volverán a tu tierra, entre los protestantes, de donde las tiró la Reforma. Y tú, hija de la Reforma, habrás contribuido a su regreso.

Es el regalo que te hago, ya ves lo que te quiero. También me darás tú una prueba de tu amor y de tu deseo de reparar.

¡Oh, si supieseis lo que es mi amor! ¡Cuánto necesito que tengáis confianza en él!
Sé fiel en este particular, si se fiel hasta la muerte».

89. «A los medios hay que darles valor de medios, no te impresiones si los demás los estiman y los emplean de modo diverso que tú; respeta los gustos de cada cual. Los medios cuentan poco; para el alma abierta a mi voz, todo es medio y gracia.»

90. «Media un abismo insondable entre el Creador y las criaturas. Vuestro valor no está en la capacidad personal, por geniales que seáis, sino en vuestra capacidad para recibir a vuestro Creador y dejarlo vivir y transparentarse en vosotras.

Se le descubre en vuestra manera de ser y de obrar.

Donde yo estoy reina la verdad; sí, el ^ohétor por la mentira y por la inconsciente doblez; donde yo estoy reina la claridad, el orden que todo lo simplifica;

el contento, — una alegría estable, oculta, aun en medio de los más penosos sufrimientos; porque atraigo a mis criaturas para llenarlas de mí alegría y porque quiero permanecer y habitar en ellas...»

91. «Tú eres mi querida hijita predilecta. Aprende... para venir pronto a estar conmigo. — ¿Qué temes?... quiero guardarte junto a mí, — y allí trabajarás conmigo...»

92. «Mis enemigos son: la mentira, especialmente la falta de sinceridad que paraliza a muchísimas al-

mas por no querer confesarse a sí mismas sus más recónditas intenciones;

la incuria y la ignorancia por pereza;

la agitación, el desorden;

el estrépito: estrépito de palabras, estrépito de deseos egoístas;

el estrépito que inventan los hombres para distraerse y olvidarme.

Mis amigos son: la verdad;

la sinceridad;

el silencio;

el orden — y el respeto que me descubre en todas las criaturas».

¡Jesús!

93. (6 de junio de 1941).

«Debes creer lo que te digo: ¿por qué dudas? ¿Te he engañado una sola vez? Sí, créeme a pesar de todas las apariencias; así será libre y dichosa tu alma».

94. «Los mártires han dado testimonio de la verdad. Nada podrá cancelar ese testimonio. También vosotros dais testimonio de la verdad cada vez que obráis según mi Espíritu — y es para la eternidad.

«Refiere al Padre todo lo que te he dicho con respecto a... y todo lo que te he dicho — aunque desees guardar silencio».

Los que mucho me quieren tienen mucha confianza en mí».

95. «Los que poco me quieren, poca es la confianza que tienen en mí.

Los que no ponen límites a su amor tienen en mí

una confianza sin límites y sin confines. No puedo desilusionarlos.

Más me honráis con la confianza que me atestiguaréis que con todo lo que pudierais darme.

Y fijate, os respondo inmediatamente llevando la alegría a los corazones que me honran con su confianza...»

96. «De igual modo que me siento dichoso, sí, dichoso, mostrándote las señales de mi Pasión, — ¡ya ves cómo te ha amado tu Dios! — ¿no te sentirás también dichosa tú mostrándome las señales de tu amor?...

¡Oh si supierais cómo os espero! No para reñiros, sino para colmaros de alegría, mostrándoos las señales de mi amor...»

97. «Sí, la noticia que ellas (las Clarisas) van a volver a Orbe, me alegra y lo deseo.

Pero espero algo mejor que las grandes obras. Espero que me pruebes tu amor de otro modo... de igual manera que tu Dios dio pruebas de amaros.

Ya ves, yo no hice grandes obras... Cada una de vosotras, desde el puesto más oscuro, puede devolverme amor por amor, de la forma más grandiosa y heroica.

Así lo espero, así lo deseo...»

98. «Sí, un alma se siente feliz desde el instante que me conoce, — suceda lo que sucediere; desde el instante que me ha descubierto, viviendo en ella y ella conmigo.

La única razón de toda vida es descubrirme, conocerme, recibirme y luego venir a mí. Todas las activi- †

dades y dediciones están subordinadas a eso, y no tienen más valor que el de medios en la medida que conducen a mí.

Yo soy el Alfa y la Omega.

Vuestro Dios y vuestro todo.

¿Por qué en tantas vidas se me acoge y trata como cosa suplementaria?

Se recurre a mí en extrema necesidad, para pedir... y yo siempre doy, siempre...

¿Dónde están los que me quieren sólo porque soy el Salvador,

porque soy vuestro Dios y vuestro todo,

porque soy el Alfa y Omega?...»

99. «Déjame hacer...

y deja que te hagan. No te defiendas cuando estás sola en una causa; cuando no intervienes, puedes utilizarlo todo mejor y hacer que todo concurra para el advenimiento de mi Reino.

¡Ah! Si me dejarais hacer, transformaría espléndidamente cada una de vuestras vidas. Pero oponéis vuestros deseos, vuestros gustos y vuestras resistencias. Mi amor tiene su omnipotencia limitada por los límites de vuestra generosidad.

Tú, al menos, querida hijita mía, no te resistas; sé generosa hasta el fin...

100. «Sí. Cuando hayas hecho esta ofrenda con voto, y con el consentimiento de tu Superiora, entonces serás realmente toda mía. Podré utilizar tu vida según me plazca para extender mi Reino.

¿Qué temes?... No te abandonaré; siempre estoy contigo, deseo reinar en ti. ¿No eres mi querida hija, mi Benjamina?...»

101. «Te he traído aquí para que hicieses esta ofrenda y para eso te he preservado toda tu vida — ¿lo entiendes?»

«Haré lo que he dicho».

102. «Se necesitan víctimas que unan su sangre a la del Calvario, — es la Justicia, es el Orden, es la divina Sabiduría, son las exigencias de la Santidad. Se necesitan víctimas que den testimonio de mi Palabra para que se transmita viva y se perpetúe íntegra.

¿Quieres?...».

103. «Sí, eres tímida. Harás como los que me han amado: para probarme su amor, eligieron lo más amargo. Te atreverás por mí (1).

Expulsé a los vendedores del Templo a golpes de audacia y de fusta. Aparta de tu alma esa preocupación de ti: no pienses más que en mí y en mis deseos: entonces ya no serás tímida. Te harás más clarividente e ingeniosa para servirme: utilizar las circunstancias por las que te hago pasar y todas las ventajas, significa trabajar conmigo».

104. «Haré lo que te digo, ¿lo crees?»

— Dios mío, Vos me habéis dado la Fe. Sabéis que creo en vos.

105. «El amor y el sufrimiento son inexplicables. A los que amo con predilección los honro con las pruebas, — créelo.

Si no amas o no amas más es porque todavía no has sufrido por la persona que te es indiferente. Cuanto más se ha sufrido por alguien tanto más se le ama».

(1) Se trataba de pedir el oportuno permiso para hacer el voto de víctima.

106. «Los malos reciben inmediatamente el castigo en su alma, en donde se extingue el amor. Ya no tienen la posibilidad de amar a quienes han causado mal».

107. «Ama sin límites, querida hijita mía; ama con locura y me conocerás mejor».

108. «Ve a tu obligación; cúmplela con decisión, con los ojos fijos en mí, que te amo y te espero».

109. «Soy el Hombre de los Dolores, que he amado el sufrimiento. Lo elegí porque repara los pecados cuando se ofrece con amor».

El amor es lo que repara puesto que lo que en el pecado ofende a Dios es la falta de amor. Cuando el sufrimiento se une al amor, las pruebas de amor dadas con sufrimiento son una verdadera reparación ofrecida a Dios. Es dar a Dios algo que no tiene en su cielo.

Elegí el sufrimiento para que todas, todas mis criaturas, hasta las más miserables, como tú, puedan tener algo precioso que ofrecer a Dios».

110. «El voto de víctima lo pronunciarás poniéndolo en las manos de mi Madre, la Mediadora de todas las gracias, — que presentará tu ofrenda a Dios (1).

Sólo en el cielo comprenderéis lo que debéis a mi Madre y qué don más grande se os hizo cuando os la di por vuestra Madre, y cuán impenetrable es el amor de Dios, que creó para vosotros a la Virgen María, la Medianera de todas las gracias».

(1) Como se verá más adelante, formuló dicho voto el día de la Inmaculada, 8 dic. 1941.

111. «No tienc que escandalizarte la envidia; léneis tal necesidad de mí que me debéis buscar en todas las alegrías y en todo lo que es causa de la alegría ajena, para asirla fuertemente...

Doy su plenitud al alma que me ha encontrado realmente y me acoge. Entonces cede ella sin pena todas las cosas secundarias con tal de conservar a su Dios.

Ayudar a las almas a descubrirme y acogerme es la caridad más urgente».

112. «No pienses en las alegrías de la tierra. Déjalas. Que te sean indiferentes, — y yo te daré a conocer otras alegrías mejores.

Lleno tu jornada, tu trabajo y tu corazón. Déjame reinar también en todo tu espíritu. Considera cuanto te repugna o subleva con la dulzura que os revelé en mi Pasión, y con piedad. Tened compasión de vosotros. Si se os conserva la vida con todas las posibilidades de transformación es porque tengo piedad...»

113. «La felicidad está en la vida oculta. La felicidad consiste en vivir en amistad con la Stma. Trinidad.

Pero la vida del espíritu es frágil y hay que preservarla en la sombra donde se destapa. La felicidad está en la vida oculta...»

¡Jesús!

114. (Domingo, 23-11-41). «Pronunciarás tu voto de víctima con alegría porque se produce gran regocijo.

Sí, las Clarisas regresarán a Suiza, ten paciencia, ten confianza en mí. Déjame hacer. Tú no nos entiendes; no es ése tu dominio. Tu dominio está en mi co-

razón, en donde deseo que te sepultes y esté pidiendo continuamente por las almas; y lo haré.

El pequeño convento se dedicará a mi Madre, *Me-diadora de todas las gracias*».

115. «Haz más de lo debido en el trabajo y en el cumplimiento de tu Regla ese suplemento me es grato; lo veo y lo tengo en cuenta.

Nada es inútil, nada se pierde...»

116. «El amor reviste a los demás con lo que les hace gratos a Dios.

Hay que darles hasta las propias ideas, lo mejor del propio pensar... Y no sólo hay que permitirles que se posesionen de todo ello, sino *adornarlos* con todo lo que se pueda embellecerlos.

Yo que di toda mi sangre, continuó dando mi cuerpo a la humanidad, así como mi espíritu, mi pensamiento, lo mejor de mi pensar...

¿Lo comprendes? El pensamiento de Dios se da a los hombres.

No sólo se los doy, sino que lo inspiro con tanta delicadeza que se hace suyo, como parte de su propia sustancia; para que se me asemejen y agraden a Dios los adorno con uno de los esplendores del Cristo, ¡con su pensamiento! Esto es amor.

¡Jesús!

117. «¿Cuándo vas a referir al Padre lo que te he dicho, para que conserves tú una parte? Es deformarme un poco... Sé más fiel y supera tu timidez. Lo que guardes te servirá de empacho. Desco que él controle tu corazón y tu imaginación.

Te deseo pobre y despojada de todo, sin reservas

ante mí, para poderte enriquecer cada día con nuevos dones...

Cuánto más des, más recibirás...»

118. «Me vuelves a encontrar desde el momento que estás a la escucha dentro de ti; estoy presente, a la espera, — y lo mismo hago en todas las almas. Así como los enamorados se fijan momentos y lugares de cita, dedicándose en ellos exclusivamente unos a otros, también nosotros tenemos nuestras citas: los oficios del día y de la noche, la Misa, la Comunión... Prepárate para ellos alegrándote... desco ver tu alma llena de alegría y que el gozo se transparente en torno tuyo».

119. (*Después de la Consagración*). «¿Has visto cómo obedezco? Me doy, cedo a los deseos de todos. Haz tú lo mismo. La Madre Vicaria desea que vayas más pronto al huerto: conténtala. Tu Superiora desea que estés el menor tiempo posible en tu celda: hazlo así... ¿Qué más te da estar aquí o allá? Yo te acompaño en todas partes».

120. «Así como mi Providencia os provee el pan de cada día para que tenga vida vuestro cuerpo, también se ocupa mi dulcísima Providencia de que tengáis que hacer cada día nuevos sacrificios y de daros ocasión de practicar las virtudes que me pedís, a fin de que viváis y crezcáis todos los días en mi conocimiento y en mi amor. Pensad en esto cuando se presente el sufrimiento».

121. «Sí, soy el Omnipotente. Mi milagrosa ayuda se os manifestaría con mayor frecuencia si tuviescis confianza en mí, sin desaprovechar ningún medio a

vuestro alcance. Os desanimais antes de haberlo intentado todo. Pongo a vuestra disposición medios naturales, y sólo cuando los habéis agotado fielmente podéis contar con mi infalible intervención sobrenatural.

Pero siempre os ayudo y sobre todo mediante el empleo de los medios naturales».

122. (25 noviembre). «Haz sin miedo cuanto te he dicho. Yo estaré contigo».

123. «Habla poco, di lo esencial; después déjame obrar a mí».

124. «Todos los religiosos y religiosas, especialmente las que como tú estáis en la dependencia, sin otra responsabilidad que la de vuestra obediencia y vuestro amor, debiérais concentrar todas vuestras fuerzas y todo vuestro tiempo disponible en escucharme, puesto que hablo a todas y cada una de las almas. En cambio es corriente que los religiosos y religiosas se ingenien para que se les observe y para sobrepasar a los demás: ¡tiempo perdido! Tiempo perdido para la eternidad y para el amor. Acuérdate, querida hijita mía que el tiempo que no sirva para acercarte más a mí cualquiera que sea la ocupación que se desenvuelva, ha de considerarse perdido, porque *sin mí nada podéis hacer*».

125. «No basta decir: ¡Dios mío, en Vos confío! Es preciso esforzarse interiormente para librarse de toda inquietud y apoyarse en mi corazón, como el apóstol San Juan en la última Cena, como San Juan, sí, el predilecto. Espero esta confianza de todas las almas...»

126. «... Prodigio mis bienes y no los deseáis, no os preparáis para recibirlos. Os veis obstaculizados por lo que poseéis, por lo que no queréis dar, sois semejantes a pozos de agua detenida. ¿Cómo podrán recoger el agua fresca y pura que cae del cielo?

Querida hija mía, da sin cansarte, da lo que tengas, y tu pensamiento, tus esfuerzos, tu amor. Cede al impulso del amor... Te desco, en efecto, pobre y expoliada para colmarle cada día con nuevos dones. Da sin límites, sin reservas para el porvenir... el porvenir soy yo.

Vuestro gozo ha de estar en despojaros, en depender únicamente de mí.

Mi gozo está en poderos probar la prodigalidad de mi amor».

127. «¿Por que es tan difícil la unión entre nosotros? ¿Es por efecto de las diferencias de nuestra naturaleza? Y sin embargo nos diferenciamos menos unas de otras que las tres Personas de la Santísima Trinidad en sus características prerrogativas...

(Respuesta). «Yo no tengo nada que no sea también para mi Padre o de El.

El Padre no tiene nada que no sea mío.

El Espíritu Santo no tiene nada que deje de darnos o transmitirnos y que no comunique a todos los que quieren acogerlo...

No tengáis nada que no sea para todas y cada una de vuestras hermanas: pobreza y amor. —

No guardes nada que no estés dispuesta a dar a cada una de tus hermanas; así tendréis unión.

— La unión es contagiosa, es una llama irresistible; empieza por poco, en el secreto del corazón; hay que efectuar la unión entre vuestros pensamientos y sen-

timientos y Dios luego difunde, gana la familia, la Comunidad, la Sociedad...

¡Ah si supieras querer la dicha de todos los que os he dado!

La unión es cosa sencilla y fácil».

128. «Mostrar bondad hacia una persona a la que se le tiene aprecio y dedicarnos bondadosamente a buscar y encontrar la belleza oculta en un alma a la que no os sentís inclinadas a estimar son cosas muy diferentes».

— Mi buen Jesús, ¿qué bondad de esas dos os gusta más?

«La segunda».

¡Jesús!

129. «Distinguirse, distinguirse. ¡Eso es lo que pierde a las almas!

¿No os he mostrado, por ventura, las distinciones de Dios hecho hombre?

¿Cuándo entenderéis?...»

130. (El retiro)

«Hablarne o escucharme, son dos oraciones diferentes».

— ¿Cuál preferís, mi buen Jesús?

«Aquella en que se me escucha».

131. «Sí, de igual modo que para el voto de victoria, si haces lo que te pido, lo que te piden tu Superiora y tu Padre Espiritual, si cedes al deseo de tus Hermanas, también cederé yo a todos los deseos que te inspiro, — a todo lo que me pidas con humildad.

Mi alegría está en atender a las súplicas que se me dirigen. No se trata de un favor especial para ti, se lo concedo a todas las almas. ¡Ah, si pensasen en esto!

132. «Sí, mi poder es infinito; mucho más de cuanto podáis imaginar. Tienes el presentimiento viendo que los medios que parecen estar destinados para alcanzar determinado fin, exclusivamente, los hago servir al mismo tiempo para un fin de otras causas...

No olvidéis que todo es medio en mis manos; todo puedo utilizarlo para que se cumpla mi voluntad.

Todo puede convertirse también en medio para vosotros con mi gracia lo que me glorifica es la manera como utilizáis tales medios, la manera de revelar vuestra generosidad».

133. «Créeme. Juntamente con las pruebas envío también mis mejores gracias.

Mi amor está vigilante. La Comunidad que no esté probada se expone a caer en la tibieza.

No hay que creer que las almas más santas consiguen una vida fácil para sus familias religiosas. Consiguen gracias de fervor, de renovación, de espíritu de sacrificio, de penitencia, de espíritu de fe y un desbordamiento de amor ante las pruebas con que las honro. He aquí por qué no siempre se las quiere».

134. «No quiero sepultarte en mi corazón tan sólo para que ores, sino también para que en él aprendas amor y hasta dónde conduce el amor.

Si quieres verme amado por todos los hombres debes saber que contribuirás a ello en la medida que me ames tú, porque el amor es una corriente irresistible y más poderosa que el peso de los pecados.

«Una sola alma, por pequeña que sea, llena de amor, puede arrastrar a una gran multitud de otras almas.

¡Amame más, mucho más de lo que se aman entre sí los seres humanos!

Sufrirás; pero tu capacidad de amar aumentará con cada sufrimiento».

135. «Sí, yo te juzgaré — yo, que tanto te he querido y esperado; yo, que tanto te he dado.

Se te juzgará acerca de tu correspondencia a mis llamadas, sobre el amor que me hayas demostrado en todos los encuentros, en todas las ocasiones».

136. «Alegrate, querida mía. ¿No tienes prisa por estar conmigo?... Yo estoy descansando verte junto a mí y que termines los preparativos para ese viaje.

Haz penitencia de cuerpo y de espíritu con mayor vigilancia estos días que te quedan, para que tu alma se purifique y se lance hacia mí en cuanto te llame.

Libérate. Sigue los impulsos de amor».

¡Jesús!

137. «Hablo a todas las almas. — A todas las almas las atraigo hacia mí, las invito... Muchas no escuchan; muchas no comprenden. Yo, que nunca os desilusiono, me veo constantemente desilusionado...

Dame tu sangre — ¿quieres? — tú que me quieres, para que escriba con letras de fuego estas dos palabras que esperan las almas:

«¡Jesús, escuchadlo!»

138. «Cuando te consuelan las criaturas, yo me oculto y callo. Y cuando las criaturas te hacen sufrir, tienes mi consuelo, mi apoyo, mi intimidad».

139. «Hay que dar delicada e invisiblemente, como yo, para que quien reciba, por no saber de dónde le viene, dé gracias a Dios. Cuando así lo haces, te recompensan inmediatamente aumentando tu amor».

140. «Sí, quien busca encuentra, y yo doy a quien pide. Pero me complazco en colmar más allá de lo que ella misma pudiera imaginar, al alma que me espera y no me formula ninguna petición.

Cuando me pides gracias para ti o para otras, se limita tu capacidad de recibir a las peticiones que me diriges. Cuando me esperas sin pedirme nada más que a mí mismo, no hay límites en tu corazón. Voy al alma desde el momento que me espera. Tengo muchas maneras de presentarme y de hablar... El amor les descifrá mi lenguaje».

141. «No eches en olvido que he de ser yo mismo quien ha de abrir tu corazón para que tu alma salga del cuerpo, que es su cárcel. Debiendo ser yo ¿por qué temes?»

142. «Me clavaron en el madero. La obediencia clavará también tus manos, tus pies, tu corazón. Pero ten presente que te fija fuertemente a mi corazón para que nada te aparte de mí; nada, ni siquiera la muerte te podrá apartar; compréndelo y recuérdalo cuando te sobrevenga la angustia».

143. «Estoy vivo en el Santísimo Sacramento con presencia real...

También estoy vivo en cada alma que se halla en gracia con presencia real. ¿Por qué no adoráis con el espíritu mi presencia en el prójimo?

Siempre soy yo el prójimo y por él pido o doy.

En su alma está la Santísima Trinidad. Si la expulsa el pecado, debéis ayudar al prójimo para que la acoja de nuevo, y se le debe tratar como si ya habitase en él».

144. «¿Qué quieres que te dé?»

— Mi buen Jesús, haced que no haya ni un solo segundo de mi vida, ni una sola fibra de mi corazón que no facilite el cumplimiento de vuestra voluntad en mí y en todos los que me rodean, mi buen Jesús...

145. «Prepárate y regocíjate; pronto vendré a buscarte, aunque tú no lo creas y te encuentres bien de salud».

— ¿Cuándo será?

«Cuando estés dispuesta».

«Tú que eres tan miserable y que no sabrías vivir sin mí, ¿crees que voy a abandonarte en la hora de la muerte?... Como una madre estrecha a su recién nacido, así te rodearé yo con mi ternura; porque eres mi querida hijita y sé que nada puedes hacer sin mí...»

¡Jesús!

146. «El mayor peligro que tenéis en la vida religiosa es buscar el consuelo de las criaturas y preferir vuestras ilusiones a mis exigencias. Así no conocéis mi yugo, sólo cargáis con parte de él; y no podéis descubrir cuán suave es mi yugo y cuán ligero mi peso...

Es necesario vigilar y orar, porque en las ilusiones que se os insinúan sin peccaros de ello, trata la naturaleza de soslayar lo que os pido. Por eso me regocijo cada vez que veo un corazón que se abre y

¡ somete el propio parecer, lo mejor del propio parecer, a quienes os presento por guía.

Reza mucho por los Sacerdotes, mis colaboradores».

147. «Por pequeñas que sean, me resultan gratas tus penitencias corporales en la misma medida que te ayudan a dominar juntamente con el cuerpo, tu espíritu, tu memoria, tu voluntad, para dármeles y depositarlos en mi corazón, donde encontrarán todo lo que necesitan. Las despilfarras fuera de mí. ¿No te basto yo? Y cuando estas penitencias son gestos de amor que imploran perdón...» (1).

148. «Te deseo toda para mí con el fin de servirme de ti a mi antojo, apartada de todas las criaturas, sí, en lo que tienen de humanas.

Cuanto más me ames y conozcas, tanto más vinculada estarás a los que me aman. Yo no separo los corazones que me aman: soy su unión. Y vuestro amor a mí une para toda la eternidad a los corazones humanos».

149. «Ante todo tienes que ver tus yerros y detestarlos; sólo después oírás mi voz».

150. (*Resoluciones del Retiro*; 29 nov. - 8 dic. 1941)

— Exactitud en el oratorio, frenar mi imaginación, no hacerme valer.

«Cada vez que obedeces me ofreces el amor invisible, con que lleno tu corazón, por mérito de actos visibles».

(1) Frase interrumpida por obediencia.

151. (8 de diciembre *Fiesta de la Inmaculada Concepción* (1)).

«En lo sucesivo tus oraciones obtendrán conversiones porque mi Madre y vuestra también, María, Mediadora de todas las gracias, las presentará uniendo a ellas las suyas. ¡Alégrate!»

Ahora eres mi verdadera Clarisa, entregada con voto al amor y a la expiación. Arranca de ti el más insignificante sentir contrario al amor.

No pierdas ya ningún instante. Procura aprovechar todas las ocasiones para ofrecerme actos de reparación. El tiempo que pases lejos de mí, considéralo perdido. Vigila y ora».

152. Las almas fervorosas me consuelan del olvido y tibieza de los pecadores. Pero no pueden sustituir en mi corazón a las almas que deseo: cada una tiene su lugar en él; cada una es amada por algo único que le he dado, y no me resigno a que se pierda mientras exista alguna esperanza de que se arrepienta. No todas las ovejas pueden ocupar el lugar de la extraviada. Cada alma es para mí un tesoro único».

153. «Todo lo que tiene el Padre me lo da. Sólo falta vuestro corazón con su libertad, que os pertenece. Eso es lo que os pido».

¡Jesús!

154. «Si, puedes consolar a mi Madre y darle gracias; todos los días puedes reparar los sufrimientos

(1) Después de haber emitido el voto de víctima.

que soportó, imitándola. Pídele que se fusione tu corazón con el suyo».

155. «Todos los días recibes algún objeto suplementario o para el trabajo. Deseo que cada día te desprendas por lo menos de una cosa como preparación para la muerte. Que la muerte te encuentre pobre y libre. ¿Qué has dado hoy? (1). Deseo que el cajoncito de tu mesa esté también vacío, sin reservas».

156. «Tal vez digan que tu piedad es sentimental y que me diriges palabras humanas débiles e incompletas. Sí, lo que retienes está incompleto; pero no me prestas demasiada bondad; sólo has entrevisto una partecita muy pequeña de la inefable misericordia de Dios...»

157. «A la menor señal de arrepentimiento, arde mi corazón de júbilo y espero con *indecible* amor que el pecador se dirija a mí... Porque es terrible la suerte del corazón impenitente: no puedo entrar en él. No estoy para condenarlo, sino que es él el que voluntariamente me rechaza. Pide por los malos, sufre en expiación por ellos. «¡Allanad los caminos del Señor!»

158. «No serán los dogmas los que traigan de nuevo a los protestantes a la Iglesia, sino los *actos* de los hijos de la Iglesia. Sois responsables de aquellos a quienes sustraéis de la verdad cuando los escandalizáis con vuestras incoherencias».

(1) Sor María fue constante en cuanto al progresivo despojo, excepto una o dos veces, por olvido.

159. «Los horrores de esta guerra son bien poca cosa en comparación de la pérdida de las almas. Hay que dar gracias a Dios si por su medio se salvan las almas.

No se quería pensar en la vida eterna, sólo se deseaba el placer de esta vida percedera. ¿Acaso no se profanaba por doquier el Don de Dios?

¿Qué es preferible: que se conculquen los derechos de los hombres, sus magníficos privilegios y su dignidad, como sucede durante la guerra, o que se profanen los derechos de Dios, su Palabra, su Pensamiento y su Espíritu, la Santidad de Dios descendida a vuestros altares, como ocurría durante la paz?»

160. «Ahora que tu salud se ha afianzado, puedes permitirme alguna pequeña privación en la comida. Ofrécame, por los que mueren de hambre, en cada comida, fielmente, alguna pequeña parte de la que puedas prescindir».

161. «Lo que me glorifica no es lo que me daís, sino la ocasión que me ofrecéis con vuestra confianza para manifestaros lo que mi amor es capaz de inventar para vosotras...»

162. «Cada vez que te alejes de la verdad, te alejas de mí».

163. «Has tomado apuntes para tí en previsión de los días de aridez, y para el Padre; ahora escribe para mí lo que te diga».

164. «No, en tu vida no hay ningún sufrimiento superfluo. Vuestro corazón debe estar abierto para que penetre en él mi gracia; de lo contrario, seréis

huerto cerrado con vuestros sentimientos, vuestros pensamientos y vuestro horizonte.

Tiene que abrirse vuestro horizonte para ver el destino al que sois llamadas. Tan grandioso es vuestro destino que no podéis concebirlo, naturalmente, por vosotras mismas. Tiene que abrirse vuestro corazón para que penetre en él mi gracia y lo transforme.

165. «Si hubiese más víctimas voluntarias habría menos víctimas involuntarias, que deben sufrir las consecuencias de los pecados que cometen.

↳ Deseo un ejército de víctimas que se ofrezcan voluntariamente para sufrir los inmensos castigos que se atrae el universo alejándose de Dios.

Estas víctimas me conocen y se unen a mí eligiendo seguirme al Calvario.

Pero los castigos que caen sobre el entero universo afectan a multitud de almas que no están preparadas para sufrir la injusticia y que se exponen a perder el amor y la fe.

↳ Deseo un ejército de víctimas voluntarias que me aporten una colaboración que el mundo rehuye para salvar almas».

166. «Si, por haber tenido un gesto de bondad con tu Hermana, se ha portado bien contigo tu Superiora, aunque ignoraba tu gesto. Porque la bondad es contagiosa, como piedra imán que irradia una fuerza irresistible.

↑ Cuando es insuficiente la espiritualidad de una casa, tierra tierra, no es la falta exclusivamente de los Superiores; cada cual tiene su parte de insuficiencia, porque el bien, lo mismo que el mal, se difunde por sí mismo, aunque no os percatéis de ello».

167. (Navidad 1941). «Aprenderé a pensar como Dios; procuraré comprender la grandeza y el amor como lo comprende Dios».

168. «Si, me ocupo de estos detalles de tu vida, ¡Estoy asombrada! Me ocupo de todo lo referente a vosotras como se ocupa una madre de su recién nacido; al hacerlo así no me rebajo porque no estoy en ningún grado de grandeza; soy el Amor y el Amor es tan grande ocupándose de las cosas pequeñas como de las mayores».

169. «Inspiro vuestros descos y facilito vuestra generosidad para que se aumenten y tener la dicha de atenderlos.

Si, yo veo todo lo invisible; estoy tan cerca de vosotras como vuestra propia respiración y, sin embargo, me buscáis lejos, con fórmulas y actitudes fuera de vosotras.

↑ Ah, si comprendieseis! ¡Qué felices podrían ser las almas en mi intimidad! Con la creciente búsqueda del Amor caerían de por sí las mezquindades que os ciegan; y el Amor soy yo, que respondo tan pronto como se me llama... Me doy a todas las almas; pero tengo para cada una secretos que sólo les confío individualmente por medio de una misión específica...

↑ El alma que lo comprende vive su plenitud haciendo mi voluntad y recibiendo mi palabra juntamente con mi confianza. Se la lleva el Amor y vive. Conoce la alegría y el don de sí. Vive en mí y nada le falta.

Escribe esto, que puede ser que haya almas que lo lean y lo comprendan».

170. «Dar lo superfluo no es, realmente, hacer un don. El don es parte de lo necesario: cuesta, deja sentir la privación de lo que se ha dado. Estos dones espero que me hagan más esposas. Apenas los hacen, correspondo con mis propios dones, que son riqueza para la eternidad. El alma que los conoce no puede dejar de hacérmelos».

171. «Haz por mí lo que te digo, pero antes pídele parecer al Padre y haz lo que te diga».

172. «El alma que me pertenece no pertenece a nadie más; pero como yo y conmigo pertenece a la humanidad. Hay que rogar por todos. ¿Compartes mis deseos y todos mis intereses?»

(28-12-41. *Los Santos Inocentes*).

173. «Dios es más sencillo que vosotras. Te parece que siempre te estoy repitiendo las mismas cosas: toda la religión y toda vuestra felicidad están expresadas en algunas palabras del Evangelio, que basta comprender y practicar: *Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura*.

Os llenáis de demasiadas inquietudes. Búscame en ti. ¡Estoy tan cerca de ti! ¡Me tienes tan íntimamente unido! Siempre buscas demasiado lejos. Escucha y recibe mi gracia.

Cuando un alma la recibe con gran alegría se la doy en abundancia. Mi gozo está en el dar. Jamás agotaréis mi riqueza. Inagotables y siempre nuevos son mis dones. Pero no puedo repartirlos como quisiera porque no se les recibe; no se les ve; no se sabe desearlos...»

— Mi buen Jesús, dadme las necesarias disposiciones para recibir vuestros dones!

«No soy exigente. ¡Es tan suave mi yugo y tan ligero mi peso! Pido un corazón sincero que reconozca sus culpas y el móvil de las mismas desde las intenciones más ocultas y que me presente su indignidad pidiéndome ayuda.

Mi dicha está en socorretos. Haría cosas muy grandes para la eternidad con un alma que se me entregase sin reservas y me dejase actuar en ella. Todas y cada una de las almas están llamadas a eso. Espero a las almas para confiar a cada cual su misión y los secretos que mi amor le reserva. Así espero a cada alma, pero se me olvida. Hasta en las que son mis esposas por los votos religiosos ocupó el tercer o cuarto lugar en sus preocupaciones.

No hagas lo mismo tú que ahora me quieres.

¿Deseas ser una manifestación viviente de mi amor?»

Escuchame y haz todo lo que te digo. Luego pide mi gracia con la Fe, la Esperanza y la Caridad, que te la mostrarán, y verás cómo invade a las almas desde el momento que encuentra en ellas voluntad de correspondencia a lo que les pide.

Pídele esperándola y la descubrirás. El mal está en que no entendéis mis mensajes... Estoy tan cerca, tan cerca de vosotras, como la madre que estrecha a su recién nacido... y tengo muchas cosas que decirte».

174. «Puedes verme en tu alma cuando en ella reina la luz de la sinceridad.

Te hablo en el silencio interior. Comprenderás mis gustos y deseos realizando cada acto y cada gesto con la mayor perfección posible, esto es, *con amor*.

Siendo fiel en todo momento en las cosas pequeñas, según te lo indico, comprenderás cuánto he estado contigo incesantemente y cómo te he estado esperando de continuo...

Con los sacrificios y con el sufrimiento aprenderás a amarme y recibirás al Amor.

En la hora de la muerte comprenderás lo mucho que te he amado».

175. «Las grandes omisiones de la caridad son el olvidarse de amar al prójimo y olvidarse de mí. ¡Ah, sí, olvidarse de mí!

No se ama con sólo realizar actos materiales, que brotan del amor. Es preciso que salgan de la fuente del corazón unos sentimientos de benevolencia que no se detienen en las criaturas, sino que se elevan hasta el Creador.

«Amar es tener espíritu de fe».

176. (31 diciembre 1941). «Regocíjate porque eres mi hijita predilecta. Alégrate.

Nada puede interponerse entre nosotros dos que sea capaz de separarnos mientras permanezcas fiel.

Sin embargo quiero que seas más fiel cumplidora todavía de los pormenores de tu Regla y de los pequeños usos del monasterio: el silencio... Ninguna palabra por respeto a mí, que estoy en el sagrario, cuando estás en el coro; pocas, muy pocas en el antecoro. No mires a tus compañeras; ¡mírame a mí! ¿No estás indisolublemente ligada a Quién amas?»

177. «Con la absolución del sacerdote cancelo tus pecados, los cancelo y te encierro en mi corazón, porque eres mía; te he adquirido con el precio de mi

sangre, sangre de Dios. Me he dejado condenar en tu lugar para no condenarte.

Permanece en mi corazón y te enseñaré el amor. ¿No deseas vivir un poco como yo viví? Dios llenaba cada uno de mis instantes, y las criaturas en la medida que tenían necesidad de mí, necesidad de mi ayuda invisible. Nunca he rehusado ni rehusado la ayuda.

¡Ah! Tengo sed de almas. Que vengan a mí, que me escuchen y reciban el soplo de vida del que no pueden prescindir... Continúa mi sed de almas. La compartirás en la medida que me ames. Cuanto más generosamente fiel seas, más podré corresponder a tu fidelidad. Abre tu corazón, y alégrate, predilecta hijita mía».

178. «Amo a todas y cada una de las almas con una ternura que vuestro amor humano no puede siquiera imaginar. ¿Lo has entendido? Hay que amar a las almas por mi amor. Procura hacerlo comprender así a todos los que yo ponga en tu camino».

179. «Sí, escribe lo que te digo, escribe para las almas; después no te ocupes ya de lo que hayas escrito. Si conviene que otros lo lean, ya me ocuparé de ello. Escribe para las almas y para mí».

180. «Cuando te parezca que tus Superiores se muestran demasiado severas contigo, quíérelas aun más; es señal de que necesitan que se les quiera, y hay que hacerlo, además, por reconocimiento. La mayor parte de las almas no llenan la medida de la generosidad y del amor porque nadie se lo pide. Hay que exigir sin imponerse, y pedir de mi parte... Cuando es por mí, las almas dan, no se oponen, y aún dan más de lo que se les pide. Cuando se exige con fre-

cuencia, no dan, dejan que se tome sólo lo que quisieran conservar y pierden la alegría».

181. «Cuando pasen imágenes por tu espíritu, no te importe si proceden de la imaginación o del buen o mal espíritu; utilízalas para pedir por cuanto se te hubiere presentado».

182. «El reconocimiento por las pequeñas gracias recibidas atrae irresistiblemente a otras».

183. «Yo no hablo con frases, como vosotras; soy espíritu y acción y hablo con los hechos. Aprended a leer mi pensamiento y mis deseos. Aprended a imitar mi manera de obrar».

Que vuestras respuestas sean sí, sí... no, no... Con eso basta.

Expresa tu amor con hechos; avala tus votos con actos, incansablemente, mediante los actos de cada instante que den testimonio fehaciente.

Expresa tu esperanza y tu alegría con los hechos. Así brillará delante de los hombres la luz que se te ha confiado.

Si cada alma hiciese brillar delante de los hombres la parte de luz que le ha sido confiada, el foco de luz que es la Iglesia tendría un fulgor irresistible...».

184. «Quisiera que cada alma comprendiese que la quiero de un modo único; que tiene su propio puesto en mi corazón, un puesto que nadie más que ella puede ocupar; que tiene una misión propia que nadie puede cumplir con ella. Si se rehusa, no se hará lo que *ella* podría haber hecho. Escribe».

Desearía que cada alma comprendiese que mi om-

nipotente amor transforma lo que me dais y saca de ello maravillas para la eternidad.

Pero si no me dais lo que se ha dejado a vuestro libre albedrío y libérrima generosidad, yo, que puedo crear mundos, no puedo hacer lo que se ha confiado a vuestra iniciativa si me rehusáis vuestra colaboración humana. Escribe».

Quisiera que cada alma comprendiese cuán grande y único es su propio destino. Escribe».

Si toda alma religiosa supiese que mi amor tiene necesidad de ella, que la espero en la sombra y en el silencio de ella misma para vivir una vida secreta enteramente interior, sería plenamente feliz.

No existiría entonces languidez, ni melancolía, ni irritación, ni monótono aburrimiento, ni fuerza de costumbre en mi servicio.

Caerían automáticamente las disimulaciones, las mutilaciones de las almas.

¡Me hago tan pequeño y estoy tan cerca de vosotros!...; pero no quiere creerse que mi divinidad se oculte en las apariencias que elijo; y mientras las almas pasan junto a mí sin verme, sufren su aislamiento, buscan en las criaturas las alegrías de que no pueden prescindir y que las criaturas no pueden darles plenamente. En cambio, el alma que me encuentra en sí, tiene su plenitud y acoge mi Espíritu; me escucha y no tiende más que a escucharme y a recibirme. Entonces todo le resulta útil y utilizable, todo es precioso para ella, todo es para ella don de Dios y vida.

«¡Ah, si todas las almas lo comprendiesen! Escribe».

185. — Mi buen Jesús, este nuevo año es para

Vos. Concededme la gracia de no desperdiciar ni un solo minuto. Dadme las disposiciones que Vos deseáis para poderme otorgar sin interrupción vuestro amor y vuestra gracia.

«No me abandonés. Sé veraz. Sé leal. Sé silenciosa».

186. «Cuanto más te perdono, tanto más descargas la penitencia y la reparación».

Este deseo no hay que apagarlo, sino encenderlo en las almas. De mi perdón brota inmediatamente la gracia».

187. «Recuerda que los que se han obligado con voto a servirme, se sienten tanto más animados cuanto más quieren a las almas. Si amas mucho a las almas, tendrás muchos consuelos, que desaparecerán si las quieres poco».

Ese es el secreto de las almas áridas y de las vidas luminosas. Porque la finalidad de la vida religiosa es: Dios en las almas».

188. «Piensa que en el establo se me puso en la paja del pesebre y no sobre las rodillas de mi Madre, porque Ella no me guardó para sí, sino que me entregó a la humanidad desde antes de nacer».

El Dios Niño se les da a las que no son madres para que lo hagan nacer en las almas. Dios podría vivir entre las criaturas prescindiendo de ellas, pero pide su concurso para renacer y crecer en cada alma».

Sabe que estáis tristes y sois débiles mientras no tengáis quien os proteja, y por eso os da al Hijo de la Virgen María».

Es un Niño de belleza perfecta. Es delicado; ocultad su ternura y sus gracias en el secreto de vuestro

corazón. No lo expongáis al bullicio del mundo. Para crecer necesita silencio y luz interior. El ruido le hace llorar. Habladle suavemente, más con el amor que con las palabras».

Es pobre y depende de vosotras. Para vestirlo y alimentarlo tenéis que despojaros y desprenderos de algo con privaciones. Lo veréis crecer... De pronto, cuando haya alcanzado todo su desarrollo, notaréis que «ya no sois vosotros los que vivís, sino que es Cristo quien vive en vosotros».

189. «Mi reino no es de este mundo por lo que no trato de hacer brillar mi realeza en este mundo de materia. Domino la materia y no hago más que ayudarla. Por lo mismo busco preferentemente un vestido pobre en el que se honra muy poco a la materia; así estoy al alcance de todos y podéis comprender mejor que al liberaros de la materia descubriréis el mundo del espíritu».

Da, da; quédate pobre, para que en ti y en torno tuyo haya una sola belleza, tu Jesús».

190. «De igual modo que los padres se sienten dichosos pudiendo manifestar su ternura a los hijos, también me gusta hacer sensible mi amor; revelarlo: lo hago de manera discreta, sólo perceptible a quienes están atentos en mi presencia y la buscan; por ser espíritu, para que el alma me encuentre, realmente es necesario que me descubra. Entonces me asociará a su vida y se dará cuenta de que me buscaba demasiado lejos. ¡Estoy tan cerca de vosotras!»

191. «Sí, hay muchas almas que me sirven sin recibir ningún consuelo de mi parte, su fidelidad en

amor invita sin parar a todas y cada una de ellas... Pero sólo me descubren las que procuran encontrarme».

195. «Doy la alegría interior sin vuestra colaboración. Empezar por ser sumamente pequeña, como el granito de mostaza; si la alimentáis acogiendo todos los motivos de alegría que os envío, la hago fructificar; su floración puede ser inmensa.

Habría menos sequedad en las almas si estuviesen más atentas a mis dones, tanto para ellas como para las demás — si se conformasen con lo poco que se les da, porque con poco basta para que se revele mi inmenso amor».

196. «Os envío las chispas de la alegría; de vosotras depende conservarla o dejarla apagar, como lámpara sin aceite. Pero no depende de vosotras ahogar las rebeliones de la naturaleza; hay almas que tienen que luchar constantemente. Ruega por los corazones rebeldes que sólo el Espíritu Santo puede pacificar.

Tu alma está ahora en paz desde hace más de un año porque he impuesto silencio a las tempestades con objeto de que pudieses oír mi voz».

197. «Las alegrías que te haga sentir el porvenir están ocultas en las de hoy: si acoges las del presente, abrirán tu corazón a las de mañana. Todo se encadena así: los actos y sus consecuencias, las alegrías y las virtudes, los esfuerzos y las victorias sobre sí, como las caídas; y la Justicia actúa imperceptible, pero irresistiblemente, sosteniendo el universo. Vuestro destino está en vuestras propias manos, y hasta el de vuestros hermanos, porque todos sois hermanos,

semejante estado demuestra un amor muy grande».

192. «Sí, eres la más indigna del monasterio cuando pienso en tus pecados; eres la menos capaz de todas cuando considero lo que haces. Sin embargo, te hablo a ti más que a las demás: me ha atraído tu indignidad; he querido salvarte de ti misma.

Todo lo hago imperceptible y progresivamente; tú no tienes más que darme tu alma sin reserva y sin resistencia a mis deseos. Así es como cada alma encuentra su plenitud.

No te hablo para procurarte consuelos, sino para que escribas cuanto te digo y porque el Padre ha aceptado ocuparse de ti; si se hubiese opuesto, no podría hablarte como lo hago porque tu imaginación estaría sin control. Sí, para que escribas cuanto te digo. También para que te prepares a venirte pronto conmigo».

193. «Cuando un alma experimenta alegría con lo que le doy, aumento su alegría; profundiza mi don y descubre con asombro que le he dado más de lo que parecía.

Pero cuando un alma no sabe conformarse con lo poco que le doy, en vano me buscará en otro lugar. Es uno de los consuelos interiores: «Se dará a quien tiene» — ¿lo entiendes ahora?»

194. «Durante mi vida terrena hablaba en parábolas para que me entendiesen todos los que estaban dispuestos a ello.

Ahora me revelo bajo apariencias muy humildes y de este modo me tienen todas las almas al alcance de la mano. No hay ninguna a la que no estimule y a la que no responda de una u otra manera. Mi

estáis unidos y dependéis los unos de los otros por medio del Espíritu».

198. «Las alegrías que te envió cada día son las de practicar tus resoluciones, reforzar tu fe, probándola».

«Conmigo todo es bello».

«Conocerme es amarme».

199. «Las palabras no tienen fuerza en sí mismas, sino que reciben sentido y fuerza de quien las pronuncia».

Si vives mis palabras, las comprenderán otras almas y no caerán en el olvido.

Ya ves, te las confío. Sé fiel.

Igualmente confío mis enseñanzas a todas y cada una de las almas religiosas. Si vivís en todo de conformidad con mis palabras y con vuestros votos, sus repercusiones podrán llegar al cabo del mundo.

Ya ves cuán seria es vuestra vida, cuán importante es para las almas y para mí. Os he confiado el cuidado de hacerme conocer».

200. «Toda ocasión de perdonar y superar el mal con el bien es un gran obsequio de mi parte».

201. «Vosotras mismas tejéis vuestra felicidad. Os doy sus elementos y a vosotras os corresponde tejer hora por hora el diseño de vuestra felicidad. Para este trabajo es indispensable la contemplación, porque sólo podéis reproducir los diseños de los que os habéis compenetrado previamente contemplándolos. Para este trabajo es indispensable el silencio».

Y como hay que elegir lo esencial, estar eligiendo constantemente, dejando lo superfluo, es indispensable la pobreza».

La obediencia dará la medida de vuestra destreza, y el amor dará colorido, vida y belleza a este trabajo».

202. «El bien no se impone, sino que se comunica por contagio, por influencia. Deseo almas de Clarisas, almas dulces y llenas de luz, para salvarlas de la tierra, en donde la pobreza y la austeridad de su Regla amenaza con engullirlas. Si resistes y te quedas harás cosas buenas conmigo, pero sin verlo. Cuando más profundo es el bien, menos se ve».

Si resistes, harás cosas buenas por mí conmigo» (1).

203. «Te mando a la guardarrofia para que haya allí alguien que se calle — más para esto que para el trabajo de coser; — que sea tu primera ocupación. Recuérдалos».

204. «El amor consiste en buenas obras hechas libremente. No rehusos jamás el amor a quien lo pide, pero es tu voluntad, son tus obras las que deben desarrollarlo en ti».

De igual modo depende la fe de vuestra voluntad. Quien quiere crecer recibe la fe. Nadie puede hacerse sustituir para realizar el acto de voluntad que introduce la fe en la propia alma. Después la fe crece, se hace más fuerte que la propia voluntad; ella es la que se adueña del alma, que no puede resistirse. Sin fe vagáis como rebaño sin pastor».

205. «Yo soy el buen Pastor, que ama tiernamente a sus ovejas, que da la vida por ellas; hazme conocer así».

(1) Estas palabras son una discreta revelación de tentaciones sufridas por la Hermana con referencia a su vocación.

206. «Dichosos los que no tienen que ocupar ningún cargo oficial, ni necesitan figurar, ya que quienes ocupan un cargo oficial no pueden seguir los impulsos que me revelarían más a sus ojos... ¡Dichoso quien no tiene más misión que buscarme, contemplarme y amarme!»

207. «Cuando te parezca que estoy oculto muy lejos, búscame en la dulzura, dulzura para con los demás, para contigo misma y para conmigo. ¡Si sabes cuán dulce es la Virgen María y cuánto me complazco entre los mansos! Me han arrebatado... Donde está mi dulzura allí está la sonrisa de tu Jesús».

208. «El tiempo que está lleno de alegría, de alegría que se dirige a Dios, no es tiempo perdido».

209. «Hay muchos que, sin saberlo, me conocen y son de mi familia, porque hacen lo que les pido; por las obras reconozco a los míos, a los que han oído mi voz».

210. «Fijate en mi Madre: silencio, retiro.
¿Qué dijo? Sólo son conocidas algunas palabras.
Había con los hechos.

¿Qué hizo? Cumplió su deber de cada día sin ruidos ni alharacas.

Dio mucha gloria a Dios porque fue. Aceptó ser lo que Dios deseaba.
Basta ser.

Presérvate de manifestarte de tratar de explicarte, de justificarte, de sincerarte en caso de error. Basta ser. Esto sólo cuenta ante Dios y para la eternidad».

211. «Todo el trabajo de tu mente ha de concentrarse para formarte una justa idea de lo que soy,

de lo que deseo,
de lo que aprecio,

para elegir como yo,
para juzgar las cosas en el sentido que yo las juzgo...»

Es un trabajo. Hay que destruir las ideas falsas, procurar dentro de ti la prueba de los conceptos justos, escucharme, mirarme, no dejarme...

No te digo lo que debes saber (1) no te digo más que una pequeña parte porque conviene que lo descubras tú misma y lo comprendas; ésta es la vida.

¡Ah, si supierais cuánto necesito vuestra colaboración!»

212. «Para ser buena con tus Hermanas no basta con que les des lo necesario; hay que procurar satisfacer sus deseos; no basta con responder cuando los han expresado, sino que hay que adivinarlos. Entonces se sienten comprendidas y queridas. Sólo el amor es capaz de adivinar y comprender».

213. «Hacer generalmente algo más de lo que es obligatorio, es ofrecerme el aroma con la flor. Siendo

(1) Es decir, «lo que tienes obligación de saber». Dios nos ha dado la inteligencia para guiarnos en la vida, en su servicio y tenemos la obligación de servirnos de nuestra inteligencia. Dios no quiere intervenir en nuestra conducta mediante revelaciones y continuas comunicaciones personales; no quiere que las revelaciones y comunicaciones sustituyan a la inteligencia. Por especial misericordia comunica a veces, parte de las verdades naturalmente cognoscibles con objeto de excitar y estimular la inteligencia, pero no para sustituir su utilización.

voluntario este complemento, es necesariamente un gesto de amor; es más precioso que todo lo demás y generalmente no lo ven ni lo conocen los otros, por que se hace para mí sólo: es el perfume de la flor...»

214. «Os beneficiáis de los esfuerzos, oraciones y sacrificios, de muchos que os han precedido o que viven con vosotros. ¿Por qué os resistís a ayudar a vuestros hermanos en negocio tan importante como es la vida del alma? Sois responsables los que conocéis mis sacramentos y las condiciones que se requieren por vuestra parte.

Mis sacerdotes serían más conscientes de su misión si contarán con almas vivas, bastante humildes, para pedir los socorros de que tienen necesidad y que pueden dar.

Querida hijita mía, ¿has comprendido bien que mi sangre cancela todos los pecados y las faltas manifestadas en la confesión con dolor de corazón y propósito de enmienda?

¿Sabes que después de recibir la absolución queda renovada tu alma? La he comprado a un gran precio.

Sírvete de la confesión con amor y reconocimiento, preparándote todos los días. También te espero, allí espero tu fidelidad y tu correspondencia para poder concederte mis gracias...

Cuando te muestres tal como eres, con toda tu mediocridad, es como si me hicieses un hermoso regalo porque entonces podrá el Padre encontrar el remedio que necesitas. Entonces te habrás confesado bien».

215. «Me pedís gracias porque pensáis en mi omnipotencia, pero, ¿por qué olvidáis que mi actuación depende de la vuestra?

Lo dicho a Santa Catalina de Sena es para todos: «Tu medida será la mía».

Si cuando pedís una gracia os hiciérais capaces de portar las consecuencias, todas las consecuencias, ¡con qué gozo podría concedérosela inmediatamente!

No puedo negar nada a quien pide con humildad. Termina por ceder cuando se me pide con perseverancia.

No puedo dejar de conceder más de lo que me piden, mucho más cuando se me pide con amor, es decir, con una confianza ilimitada».

216. «Es erróneo creer, que se vician las almas y los caracteres por demasiada bondad y con ceder a todos sus deseos.

La bondad es el más poderoso auxilio. Os es indispensable ser buenas para los otros y hacer a los demás lo que quisiérais que os hicieran a vosotras.

Se echan a perder las almas sustrayéndoles las exigencias de Dios: sus exigencias y su belleza. Se perjudica a las almas ocultándoles a Dios».

217. «De igual manera que la vida física, también la del espíritu está sujeta a leyes. Es preciso conocer esas leyes para conformarse a ellas. Tienden a echar a perder a las almas quienes se oponen a instruir las sobre estas leyes con el ejemplo o con la palabra. Eso puede servirles de eterna perdición. Los malos ya encuentran su castigo en este mundo: no pueden amar».

218. «Cuando hayas de hacer algo que te cueste, procura hacerlo lo antes posible.

Cuando quieras hacer algo en favor de alguien, hazlo lo antes posible.

Cuando titubeas o difieres la realización de algo, aun estando segura de que es bueno, cometes una negligencia: la acción diferida ocupa en tu mente el lugar de otra que te sugeriría si tu mente estuviese libre de ella».

219. «Cuando veo que los que me aman me obedecen forzosamente, sufro una especie de humillación; cuando les pesa la oración, cuando les pesan las virtudes, quedo como humillado: yo, que he proclamado que mi yugo es suave y mi carga ligera.
¡Sirveme cantando!

Mi yugo es suave cuando se acepta con buen ánimo y decisión. Si lo acoges amorosamente, no te darás cuenta de que lo llevas: será él quien te lleve».

220. «Prefiero ver que un alma, aunque poco, me da lo que me ofrece con alegría, a que se me dé mucho y consagrarme cuanto una vida humana puede dar de sí, pero con tristeza. La tristeza es como un arrepentimiento».

221. «De igual modo que la vida física tiene necesidad de orden, de paz y de un *mínimum* de bienestar — también la vida del espíritu tiene *necesidad* de encontrar benevolencia y bondad — tiene necesidad de amor humano desinteresado para comprender el amor divino. Es el camino normal establecido por Dios. Os he creado independientemente los unos de los otros».

222. «Para oír mi voz tenéis que hacer callar todas las demás voces de vuestra alma.

En oposición a las potencias humanas, que se imponen, yo no me impongo jamás, sino que ofrezco

delicadamente mi Espíritu. Si se me escucha, doy más. No entro en lucha, en concurrencia, con las fuentes de la alegría humana, que os atraen, sino que sólo os presento la oportunidad de elegir: a mí o a lo demás.

Sólo cuando reducis al silencio a las demás voces, podéis escuchar la mía. Hay algunas llamadas internas que no podéis hacer callar, a no ser que Dios les imponga silencio.

Para entenderme hay que escucharme, y, además, es preciso pedirlo a Dios».

223. «Vosotros decís muchas palabras porque son de poco peso y el viento se las lleva...

Yo hablé poco porque mis palabras tienen mucho peso, encubren una realidad y permanecen. Por eso no habio con abandono sino a las almas que acogen mis palabras con Fe, Esperanza y Amor, y las guardan.

Un acto de puro amor es algo realmente grande. Si lo comprendieseis así, no desearíais aprender a hacer ningún otro.

El alma que no haya hecho nada de particular, pero que haya amado a Dios y al prójimo y acogido amorosamente cuanto le he mandado, me ha dado mucho honor. Su vida tendrá importancia para la eternidad por haber contribuido al advenimiento de mi reinado».

224. «Los brazos de mi Madre eran suaves, tiernos, protectores y siempre remansos de paz, como seguro refugio.

También trato de descansar en las almas dulces y buenas — que permanecen tranquilas en medio de

todos los sufrimientos para que mi amor pueda manifestarse y desplegar sus inmensas alas...»

«Tú me pides amor; acepta sufrir por mí y por las almas: amarás y el amor se posesionará de ti».

225. «En la vida religiosa sois dichosos en la misma proporción que os apartáis de las criaturas para vivir solas, sí, solas conmigo, a mi servicio.

La vida religiosa consiste en vivir sólo con Dios, ayudándole a reinar en las almas con el silencio y el buen ejemplo. Es necesario orientar las almas hacia mí, mostrarme, y luego dejarles toda la iniciativa de su vida conmigo.

Embarazar a las almas con otras preocupaciones, siendo así que han venido para servirme y darme a conocer, es un verdadero pecado».

226. «Si algún trabajo o disposición ves que te procura cualquier ventaja en detrimento de los deseos de alguna de tus Hermanas, sacrifica tu ventaja pensando en el contento que has de procurar a la Hermana cuando vea que no existe lo que ella se temía. La ventaja es una ganancia para esta vida pasajera, mientras que procurar la unión y la confianza mutua — que sustituyen la colaboración en la concurrencia — es un trabajo para la eternidad: es difundir mi Espíritu».

227. «El tiempo que has pasado rezando y amando es el más útil de tu vida; entonces has obedecido a tu vocación; todo lo que se hace fuera de mí, fuera de mi amor, es un derroche y despilfarro».

228. «Cada vez que contribuyes a reforzar la reciproca confianza entre vosotras y vuestra mutua unión,

apresuras mi Reino. Eso debe ser el fin espontáneo y constante de tu actividad — debiendo estarle subordinado cualquier otro interés».

229. «Quisieras que hablase a... como te hablo a ti... ¿Aceptarías que me callase dentro de ti?...» (1).

— Mi buen Jesús, como lo deseáis Vos. Pero ahora que os he hallado tan unido a mi vida, me parece imposible perderos. Sin Vos ya no podría vivir. No me dejéis.

230. «Cuando veo que en todo obras abiertamente, que te esfuerzas por no ocultar nada, ni un solo gesto, entonces puedo contar contigo. Porque tus Hermanas podrán tener confianza en ti, en tu palabra. Lo que hacéis a los demás, realmente me lo hacéis a mí».

231. «Tú eres una doña nada — nada. —

Sé pura para que mi rostro se refleje en ti como en gota de rocío.

Como no eres nada, puedo posesionarme de ti, sustituirte. ¡Qué sed tengo de almas!

Tengo sed de que se abandonen en mí para poderlas transformar; que me entreguen confiadamente su humanidad para poder yo actuar en el mundo. ¿Por qué no oís mi reclamo? ¿No he agotado todos los recursos para llamar vuestra atención y excitar vuestra gratitud?...»

— Mi buen Jesús, ¿qué debo hacer?

(1) No quiere decirse que la voz interior no pueda hablar a varias almas a la vez, sino solamente que la otra estaba tan lejos de poder entender y oír tal voz, que habría sido preciso un sacrificio, por lo menos heroico, para obtener semejante gracia.

«No resistir a mi gracia. No resistir al amor.

Mi amor exige. Cuenta por poco los esfuerzos y las fatigas, los sacrificios y los desengaños, en comparación de lo que él da. No hay que detenerse en ellos; el amor los domina y los sobrepasa con el fin de recabar fuerza y vida para las realidades eternas.

Actúa con presteza y precisión. Todas tus disposiciones materiales deben estar reguladas con orden, medida y prontitud, para librarte de ellas con objeto de dedicarte más a la vida del espíritu.

Te espero en el trabajo material, donde tanta necesidad tengo de que se me sirva con perfección, pero también te espero en el reposo del espíritu liberado para abandonarme a tus miradas».

232. «Cada vez que tienes una premura afectuosa, palabra o acto que favorece la buena inteligencia entre vosotros, vuestra mutua soportación y reciproca ayuda, contribuyes a la *unidad* de mi Iglesia: «que todos sean una sola cosa».

Eleva tu oración con los hechos».

233. «Sí, estás cansada; pero, ¿no es tu mayor dicha poder sufrir algo por mí? ¿Acaso no conozco a mi pequeña esposa?...»

234. «Te espero todas las noches en el Via Crucis para un momento de mayor intimidad. ¿Lo entiendes?» (1).

235. Un poco de sacrificio y de esfuerzo para con-

(1) Después del Oficio de media noche casi todas las Religiosas se quedaban en el coro para sus devociones particulares. Algunas hacían el Via Crucis. Al final de este libro publicamos algunas reflexiones que la *Voz interior* sugería a Sor María en las diferentes estaciones.

seguir luego una gran recompensa, y tener la recompensa de ver, aun desde aquí, que se esparcen por el mundo el amor, la generosidad y la fe, como mancha de aceite, de manera irresistible.

Y cuando sufres, ¿no notas que estoy contigo, que te sostengo, que te llevo?... ¿No te basto? ¿Qué más deseas?»

— ¡Oh, mi buen Jesús! Sólo vuestro amor y vuestra gracia... y que me conservéis en esta vida muy sencilla, para que, sin más responsabilidad que mi fidelidad de cada instante, pueda vivir con Vos ocultamente y tender con todo mi ser a la unión de sentimientos y de obras que debe unir a todos los cristianos con Vos.

236. «Un deseo de tu Superiora lo es también mío».

237. «Si, de tal forma me hice hermano vuestro, que quise que mi Padre fuese también el vuestro y que mi Madre fuese asimismo Madre vuestra.

El amor no conserva para sí lo que ama, lo da... Para dar hay que amar para que el Espíritu Santo triunfe y se difunda...

De igual modo que tenéis necesidad de sentiros amadas para poder extenderos y abriros a la vida, también tengo necesidad de que me améis para poder enviar mis dones.

Amarme es tener confianza en mí, no dudar de mí y contar conmigo.

¿Qué límites tiene mi poder sobre ti? Tu confianza».

238. «Ahora tu primer deber es estar dispuesta y escucharme. Te he puesto en circunstancias que te

permiten escucharme sin descuidar nada de tu trabajo. Muy pronto hasta tendrás mayor facilidad para escribir cuanto te digo».

239. «Tengo necesidad de veros a todas felices en mi servicio. Procura dar a tus Hermanas lo que les gusta y desean y no lo que a ti te gusta darles».

240. «Sí, interesarse por lo que se refiere a otro, es amarlo. Porque te quiero, me intereso por todo lo que a ti se refiere; tú lo ves hasta en los más insignificantes detalles.

¡Si supieras cómo vela por vosotras la Stma. Trinidad! Os lleva con la misma solicitud que una madre a un niño en su seno, pero como él, ignoráis vuestra dicha y felicidad. Abrid vuestra inteligencia para captar los incesantes mensajes que os la revelan.

Tú debes tener interés por todo lo que me respecta: por mi servicio, mi culto, mi gloria en la mente de tus Hermanas, mis deseos. ¡Esfuérzate por comprender cada vez más claramente mis deseos!».

241. «Deseo que reine entre vosotras una alegre dulzura. Esfuérzate por ser dulce. Piensa en mi Madre; ¿no sientes en tu alma la dulzura de su sonrisa?».

242. «Hijita mía querida, no vuelvas a tomar lo que has ofrecido. Ya se pensará en cambiar tu programa cuando las circunstancias lo aconsejen. Volver a tomar algo es como recusar mi ayuda, en cuyo caso te faltarán las fuerzas. Ya sabes que yo doy lo necesario para el cuerpo y el alma».

243. «Nunca me has visto, pero me notas y me

oyes. Mi voz es tan íntima en ti, que te parece que eres tú misma quien hablas. De tal forma estoy en ti, que acepto convertirme en *tú* para ganarte del todo. Pero también estoy fuera de ti.

Cuando me callo, notas el vacío que se produce, que no puedes sustituirme, y en ello tienes la prueba de que soy yo, Jesús el Salvador quien te habla.

Cree cuanto te digo; tu confianza me consuela de la poca confianza que tienen en mí otros que, sin embargo, son de mi familia. Mi corazón fue atravesado por la lanza, y lo sigue siendo aún ahora con frecuencia por la incompreensión de quienes sólo me oyen a medias.

Prepárate. Ansío que llegue el momento de venir a buscarte para llevar a término la obra empezada en ti».

— Mi buen Jesús, ¿qué tengo que hacer?

«Es necesario que ni una sola fibra de tu corazón escape al amor. Que no exista en tu alma ninguna deploración, ningún enojo, ningún sentimiento de amargura o de antipatía. Ama a todas las criaturas por mí. Amame a través de ellas; ama las cosas y las circunstancias como expresiones de mi acción y de mi voluntad.

Odia con igual intensidad y huye de mis enemigos: te los nombré ya una vez:

la mentira,

la doblez,

el ruido — la agitación — el desorden.

Tienes que odiarlos para rechazarlos bien lejos cuando se te presenten; pero ni siquiera pienses. Establece el orden en ti. El desorden desaparecerá por sí mismo en ti y en torno tuyo.

Basta sobrepasar el mal con el bien».

244. «Guarda el silencio.

— Sé un poco más mortificada en la mesa.

Despójate cada día un poco más de las cosas materiales y de los tesoros del corazón y del espíritu, a fin de recibirlo todo de mis manos.

Cuando, estés dispuesta, te llamaré».

245. «No me prestas bastante oído.

No te dejes absorber por tus pequeños trabajos, que son cosa secundaria. Estoy por tus dedos, pero no en toda tu mente.

Estás junto a mí, pero tu mente está abarrotada de cosas insignificantes, nada en sustancia. Es como si te durmieras a mis pies cuando te llama mi corazón.

Deseo que estés despierta y a la escucha.

Píde en todas las comuniones la gracia de escuchar-me profundamente».

246. «Por no haberme defendido ni lamentado en mi Pasión, quedó sobrepasada toda medida en los ultrajes.

Si no te lamentas, si no dejas traslucir tu cansancio, si no te defiendes y dejas que se te despoje, se abusará de tu bondad; pero me imitarás. Así es como podré revivir en ti, mas no de otra forma.

Así, viviendo yo en ti, yo mismo te llevaré más cerca de mi corazón, hacia tu Dios».

247. «Lo que digo únicamente para ti no tienes que comunicarlo a nadie, excepto al Padre, al que no tienes que ocultarle nada.

Escribe, sin embargo, lo que puede ser útil a otras almas para simplificar su piedad y enseñarles a alcanzar directamente la fuente que está en ellas mis-

mas, a mí mismo en ellas, con mis exigencias y mis prodigalidades... ¡Si me comprendiesen! ¡Cuántas almas utilizarían mejor sus esfuerzos y la capacidad que tienen para el amor y la generosidad y que permanecen latentes! Las ignoran y no saben despartarlas en sí. La fuerza de la costumbre ha apagado el fuego interior de mis palabras.

Quisiera hacer comprender a todas las almas que cada una de ellas tiene asignado un puesto en mi corazón, que la espera; que me es necesario su amor y también su colaboración; que necesito verla dichosa y perfecta, puesto que la he amado hasta morir por ella en la cruz; sí, por cada alma.

Quisiera que toda alma comprendiese que tiene una razón de vivir fuera de sí mayor que ella, cuales, participar en la fundación de mi Reino y que su participación me es necesaria a fin de que mi creación se realice en toda su plenitud.

Quisiera que toda alma fundase este Reino en sí misma; y que en la claridad del orden y del silencio descubriese que estoy en su corazón esperándola, dispuesto a conversar con ella.

Cuando veo que un alma me escucha y que conservará mis palabras, entonces, le hablo. Si toda alma quisiese...»

248. «Para recibir el don de la Fe es necesario que recordéis que las criaturas sois dependientes unas de otras.

De igual modo que vuestra vida física, también depende la espiritual de la ayuda de vuestros hermanos.

Vuestro espíritu tiene que abrirse a otros para comunicarse con ellos y además para acoger las pa-

labras de los que son mis servidores, sobre todo de los sacerdotes, que transmiten mis enseñanzas y hablan a los demás «como yo mismo».

El libre albedrío independiente se opone inconscientemente a mi gracia, mientras que la voluntaria sumisión de la propia mente y de la propia alma, atrae irresistiblemente mi gracia.

El Espíritu Santo sopla e inspira donde quiere. Cuando creéis que lo retenéis y lo limitáis a vuestra comprensión, huye. Sin embargo nunca recusa a quien lo implora.

Yo no luché contra vuestro libre albedrío, me ofrecí silenciosamente con mi cruz llena de sangre y de luz, y con mis Bienaventuranzas.

Si se me rechaza, espero hasta que se me quiera dar buen recibimiento y envío a mis leales a defender mi causa. ¡Qué falta tengo de vuestra colaboración humana!

La Comunión de los Santos, la solidaridad, la ayuda fraterna son dones de Dios. Los medios humanos que se os dan; usadlos.

Más que desarrollar vuestros talentos, procurad principalmente dar la debida acogida a los dones de Dios, a todos sus dones: vuestras almas se verán colmadas de dones impercederos».

249. «En las situaciones difíciles, sean cuales fueren, siempre podéis ser generosos en el esfuerzo por superar el mal con el bien. Y lo que cuenta es el esfuerzo interior; es para la eternidad; el resultado visible tiene poca importancia; el esfuerzo interior dará sus frutos el día de la recolección.

Hay que ser generosos ciegamente. Es preciso iniciar a los niños en la generosidad; su alma se orien-

tará toda la vida hacia mi parte. Es preciso enseñarles a hacer más bien más que menos, a dar siempre algo más de lo estrictamente exigido. A dar ocultando lo que dan.

En mi Pasión sufrí mucho, mucho más de lo estrictamente necesario; pero tenía su razón de ser semejante suplemento de sufrir. Por eso debéis ser generosos sin limitación; eso será lo que altamente vuestro amor y lo que aumenta vuestra fortaleza; eso será lo que os atraiga mis dones infaliblemente, ya que nunca me dejó vencer en generosidad».

250. «De igual modo que no os doy todas las virtudes de una vez, pero sí las ocasiones de adquirirlas, practicándolas, tampoco os doy de una vez una gracia que intensifique para siempre vuestra vida interior, pero os proporciono las circunstancias que podéis utilizar para desarrollarla adecuadamente.

Vuestra responsabilidad está en el uso que hagáis de mis dones. Necesitáis saber que tenéis necesidad de ayuda y que el secreto de mi amistad, de mi misericordia y de mi intimidad está en la humildad, que os hará ver vuestra alma *tal cual es*.

¿No es eso lo que te ha sucedido?... Tu vida se ha calmado y se ha esclarecido; así sucederá a toda alma que lo desee y preste la debida atención».

251. «Sé generosa por los que no lo son en el mundo. Sois solidarias, os influís unas a otras; ninguna generosidad se pierde.

Vosotras, mis Clarisas, obráis mediante los actos internos. Sólo los ve Dios. Es, sin embargo, la acción más real, la que engendrará la acción exterior; es y queda para la eternidad.

Es la actuación más fructífera por ser también la más pura: es sólo para Dios; porque yo siempre estoy con vosotras, unido a todo lo que constituye vuestra vida; ¿no adviertes que hay algo de mí en tu generosidad?»

252. «Si tus Hermanas dudan de la ayuda que les ofreces, ¿no notas que se paraliza tu impulsión? Lo mismo me sucede a mí, porque estáis creadas a mi imagen.

Cuando dudas de mi bondad o de mi omnipotencia, no puedo manifestártelas, porque cuando dudas piensas por ti sola, tu mente no está compenetrada conmigo. ¿Puedes tener esa fuerza sin mí?»

253. «No dudes de la conversión de los tuyos... tengo mi hora y mis medios no son los vuestros.

¿Has comprendido que si entro en su vida entraré con la cruz?...»

— Mi buen Jesús, Vos sois la Verdad. La verdad vale más que todas las riquezas de este mundo. Ningún sacrificio es excesivo cuando se trata de encontraros... Haced que os encuentren a Vos y a vuestra Iglesia, concededme la gracia de llevar un poco de su cruz para que no queden fuera.

254. «Hacerse religioso o religioso no es elegir un techo protector o un medio de vida, como hacen los del mundo, ni siquiera elegir una profesión con arreglo a las propias aptitudes. Es algo más importante y grandioso. ¡Ah, si todos lo comprendiesen!

Abrazar el estado religioso es obligarse voluntariamente a vivir como yo viví en el mundo... elegir mi vida humilde y oculta, mi vida penitente por medio

del trabajo, de su sencillez y de su pobreza, mi vida animosa y vigilante, mi vida redentora.

Para vivir en la verdad se requiere vigilancia y des-nuedo. Vivir en la verdad es exponerse a las humillaciones, a los abandonos, a los desprecios de los hombres; pero también es transmitir vivas mis enseñanzas, comunicándolas mediante el ejemplo. Ser religioso o religiosa mío es obligarse a todo eso.

Hay que vivir mis bienaventuranzas para revelarlas y transmitirías con lenguaje que todos los pueblos comprendan y que el tiempo no pueda hacer desaparecer. ¿Haces esto?»

255. «Un deseo de tu Hermana es un deseo mío».

256. «Habéis venido por mí al monasterio, y, sin embargo, soy vuestra última preocupación al cabo de algún tiempo.

Es cierto que se me pide ayuda; pero es raro que se consulten de veras mis deseos y que se me es-cuche.

Se me da lo que os parece bien; no parece si no que sea tiempo perdido el informarse si es realmente lo que pido y deseo. Y sin embargo es lo primero que debe ocupar vuestro tiempo».

257. «El tiempo lleno de amor es un tiempo bien empleado. *El amor multiplica el tiempo*. Quien ama, encuentra el modo de hacer muchas cosas que le sa-len del corazón.

Prueba hoy...»

258. «La tristeza y la melancolía no tienen cabida en el corazón de quien me ama; lo lleno con mi cruz y con mi dicha».

259. «Cuando un alma perdona y calla se parece más a mi Madre».

260. «Te cuesta enseñar tus apuntes. Pero, siendo así que yo los conozco, ¿qué te importa que los lea una criatura humana? Creía que sólo te preocupaba mi estimación. ¿Qué expresan esos apuntes? Estoy contento del esfuerzo que has hecho».

— Mi buen Jesús, ayúdame a escribir lo que me habéis dicho.

261. «Sí, callaba esta mañana porque estás descontenta de tu Superiora. Eso no está bien. No debes juzgar a nadie...»

¿Te olvidas de tu deseo de santificarte para aproximarte a mí? También hay que desearlo para los demás.

Me es muy grato que te sometas en todo a la autoridad de tu Superiora, porque la autoridad viene de Dios; no deseo que sepas tolerarla tan sólo, sino que la ames... que ames en ella a mi imagen, sí, a mi imagen, que tiene necesidad de sentirse amada para resplandecer en ella.

No puedo estar en un alma que juzga a los demás. Usurpa un derecho que únicamente corresponde a Dios. Desaparece de ella, que es como si me retirase. Pero en el momento que no juzgas y pides disculpa, ya ves que hablo en ti».

262. «Te digo que si crees, verás el poder y la misericordia de Dios».

263. «Tenéis que compadeceros las unas de las otras».

264. «Sí, existen muchas pequeñas adversidades en

la vida interior de los claustros, muchos sufrimientos para soportarse recíprocamente los defectos. Pero ¿qué es todo esto en comparación de los delitos que se cometen en el mundo?

Créeme, hijita, a pesar de las miserias del claustro, lo que lo quiera, puede consolarme y reparar por gran número de defectos. Se purifica vuestra paciencia y de este modo recibe vuestro amor un alimento diario, incesante.

Si sois fieles, vuestro amor en el claustro debe llegar a ser inmenso».

265. «Cuando ves que a pesar de tus muchos cuidados y atenciones hay alguna Hermana que no tiene confianza en tu afecto, y que aun pareciendo satisfecha y agradecida queda como dudando de tus latenciones, sufrés... pues, mira, también me aflijo cuando no os decidís a depositar vuestra confianza en mí. Poned en mi vuestra confianza con los ojos cerrados, sin titubeos, tranquilas... sí, como el niño que duerme en los brazos de su madre. ¿No sois como nenes llevados en los brazos divinos?»

Querida hijita mía, ¿quién tiene más atenciones que yo? Si prestas cuidado, hora a hora verás mi solicitud. Demuestra tu confianza en las Hermanas; tienes que creer en sus buenas intenciones; es necesario superar el mal con el bien. Te trataré tal como hayas tratado a tus Hermanas».

266. «Los que no saben amar creen que es una cosa difícil. Sin embargo, nada hay tan fácil y alegre. Es la fuente de toda clase de dichas. Amáis desde el momento que no pensáis ya en vosotras».

267. «Hay muchas almas en el mundo que me dan

lo que me rehúsan las que oficial y públicamente son mis esposas. Si no se casan con mis deseos y mis gustos, ni con mi pobreza y mi cruz — la que les envío — ni con mi corona de espinas, ni con las humillaciones que les enviaría si estuviesen dispuestas a recibir las, ¿son realmente esposas mías?

Son muchos los que, aun sin saberlo, comparten conmigo en el mundo mis gustos, cumplen mis deseos, reproducen mis actos... Encuentro en ellos acogimiento y mi Espíritu se hace sigilosamente su siervo».

268. «Recibís mucha alegría cuando se os traen ricas limosnas, y hacéis bien; hay que dar gracias con alegría.

Pero, ¿por qué no saltáis de júbilo, reconociendo que vengo a visitaros, cuando os traigo mi ofrenda de pobreza y mis bienaventuranzas?»

269. «Cuando confesándote manifestas claramente tus culpas, tus omisiones y tu mediocridad, me haces dichoso como si me confiases un tesoro.

Mi Espíritu invade al alma que se abre, sin mucho ruido, pero victoriosamente. ¿Hay algo, por ventura, que no pueda reparar cuando se me deja hacer? Entonces tengo el gusto de adornar tu alma conforme a mis preferencias y mi beneplácito».

270. «Quisiera que toda alma supiera que la espero. Que le espera un amor inmenso más allá de esta vida y que debe apresurarse... purificarse, para ir al encuentro del amor y llevarse todo a él. Debéis tener muy alta vuestra luz para que otros la vean y la sigan. Entonces también alumbrará vuestro camino».

271. «Te extrañas de que te diga cosas ordinarias,

muy sencillas, que todos conocen. Yo, la Sabiduría eterna, soy más sencillo que tú.

Fácil y sencillo resulta hablar conmigo y estar unida a mí en todo momento: basta con amar, amar, a todas las criaturas por mí y a mí más que a toda criatura. Es suficiente escucharme y hacer lo que digo».

272. «E! alma que quiera ser mi esposa no debe tener ninguna dureza. Quiero que esté llena de gracia. Debe transmitir silencio y paz dulzura y paciencia, alegría.

Le pido que ame a las almas, que ame la cruz — y una lealtad heroica».

273. «Querida hijita mía, líbrate de toda avaricia. La avaricia penetra en las almas inconscientemente. Les cierra mi Reino. La avaricia es la causa de la mentira, de todos los delitos, de todas las apostasias, de todas las traiciones.

El apego a los bienes transitorios que se desean poseer y alcanzar, odia a mi Espíritu y quisiera destruirlo. La avaricia es la obra de la muerte. Piensa en Judas. Vigila y ora para combatirla con una fortaleza digna de tu nombre de cristiana».

274. «Porque sólo te digo cosas sencillas y siempre sobre lo que sucede, te figuras que eres tú misma la que te sugieres estos pensamientos. Querida hijita mía, tú te dirías a ti misma, como otras veces en tus meditaciones, cosas bastante más complicadas.

Cuando hablaba a mis discípulos lo hacía siempre sobre lo que sucedía en torno nuestro. Fíjate en el Evangelio. No he cambiado. Me hago pequeño con los

pequeños. A las almas grandes les digo cosas grandiosas.

Las personas con brillantes talentos naturales me han decepcionado con mayor frecuencia que la gente humilde. ¿Lo crees? Mi gozo está en hacerme pequeño con los pequeños.

275. «Los hombres no pueden juzgar ni comprender a Dios. Hay que escucharlo y recibir lo que da vida».

¡Jesús!

276. «No te pares a pensar demasiado por qué te hablo. Escucha, y como una niña sigue el camino que te he trazado. El te llevará muy pronto a la casa del Padre».

— ¡Ya! Y yo no he hecho nada de mi pobre vida. Yo, que quería que os cambiase y glorificase, mi buen Jesús.

«Si has hecho lo que te he pedido, basta. Yo haré lo demás».

Si has obrado en toda ocasión según mi Espíritu, el Espíritu Santo...

Si me has escuchado y has esparcido el amor... eso basta.

Yo haré lo demás.

Si has obedecido en todo a tu Regla, a tus Superiores, y al Padre, y a lo que te decía... eso basta.

Yo haré lo demás.

Si me cedes tu puesto, yo obraré por ti que soy la acción omnipotente.

El mejor trabajo que podéis realizar es obtener mi colaboración y dejarme actuar cuando habéis hecho por vuestra parte cuanto podáis. Yo trabajo

con el tiempo. Pero mis dones son sin arrepentimiento.

Si me dejas ir a Suiza en tu lugar, iré allí con las que he elegido, y estarán las Clarisas en tu pequeña Patria.

Todavía no te he concedido las conversiones que me has pedido... ¿pero no te he dado confianza? Espera ciegamente en mí.

Me honra el alma que, a los ojos humanos, me pide lo imposible, porque me pide lo que sólo se pide a Dios.

¡Jesús!

277. «Es preciso terminar las labores de tus Hermanas antes que las tuyas. — No importa que tus cohermanas no estén preparadas para la fiesta de la Reverenda Madre. Yo proveeré; pero procura que terminen tus Hermanas y estén todas ellas contentas».

¡Jesús!

278. «No te emociones por la fiesta de un día. ¿Qué es eso? Te invito a una fiesta de toda la eternidad. Permanece cerca de mí. Cuando te impacientas o te apasionas por pequeñas cosas pasajeras, te alejas de mí, tu centro sereno, inmenso y profundo como el océano; e irremovible».

Querida hijita mía, te he amado como nadie... no sólo he querido que participes de mi felicidad celestial, sino darte mi misma vida... Esfuérzate por vivir como yo viví. Amalo todo. Yo amé hasta a mis verdugos y me abandoné a su furor para conseguirles el perdón con mi sangre, la salvación de las almas creadas por el amor y que no conocían al amor. Amalo

todo, todo lo que no sea enemigo de mi acción, y en cuanto te suceda, ama mi oculta voluntad, que trata de tenerte más cerca de mí.

Puedo edificar espléndidamente con ruinas sobre ruinas. Me resulta grato utilizar lo que se ha anonado delante de mí porque así es más libre mi acción.

Someterse a mi acción, recibirla sin alterarla y corresponder a lo que exige, es prueba de verdadero amor.

Pero aún es más amor provocar mi acción con la intensidad de vuestra oración.

Siempre concedo lo bueno que pides para tu alma: abre los ojos, cáptalo».

279. «Me he hecho de tal modo hermano vuestro, que he querido que tuviésemos el mismo Padre, y que la Madre de mi humanidad fuese también vuestra Madre. ¿No os he tratado como amigos míos con ecuanimidad?...»

¡Jesús!

280. «Atraigo imperceptiblemente las almas, pero de forma tan segura como lenta.

Toda acción real está profundamente oculta en vosotras. Escapa a los sentidos.

Cuando obráis creéis saber el por qué de vuestra acción, pero desconocéis lo que ha provocado vuestra compasión y vuestra decisión. Mi trabajo está de forma imperceptible en lo más profundo de vuestra alma.

He sido yo quien ha inspirado, sugerido y solicitado el concurso de vuestro libre albedrío.

Vuestra responsabilidad está en acoger mi gracia y corresponder a ella.

No impongo mis deseos, ya es mucho que exprese claramente mis deseos suplementarios de generosidad... Quienes se aman, adivinan sus mutuos deseos y eso sucede entre mí y el alma que me quiere.

El alma que adivina lo que desco de ella antes de que se lo pida, me proporciona una alegría más deliciosa. Mi corazón se refleja en el suyo...

Es necesario que las almas vengan a mí por sí mismas».

281. «Hay que dar hasta las personas a quien se quiere, para que los beneficiados noten la calidad del amor. Por eso os di a mi Madre.

No podéis comprender lo que es el amor. Es un concepto por encima de vuestras posibilidades. Sólo podéis experimentar sus manifestaciones, que son suficientes para dar su plenitud a vuestra vida.

Es un gran privilegio vuestro ser amadas. Hasta que no estéis en el ciclo no comprenderéis lo que debéis a quienes os han amado.

No reservéis para vosotras a quienes os aman: ¡dadles! para que su acción se extienda sin límites a otras almas.

Hay que amar:

para que se comunique el Espíritu de Dios,
para que se difunda el amor.

El amor es paciente y respetuoso, e inflexible en sus exigencias. Para comunicarse, espera la adhesión de los corazones ansiosos de recibirlo.

En la muerte, ante Dios y en toda la eternidad, sólo permanecerá en vuestro ser, el amor.

Y en las manos de Dios sólo habrá para entretejer vuestra corona lo que hayáis dado».

182. «Hay muchas cosas que podrás decir a tus Hermanas y que deseo que se las comuniquen; pero quiero que las hables con tu silencio; ese será el medio de transmitirles mis mensajes.

Basta ser».

283. «La mayor caridad que podéis tener las unas con las otras no está en los regalos que os hagáis ni en los servicios que os prestéis, sino en vuestros pensamientos.

La caridad más importante es la que más actúa. Es preciso que tus Hermanas encuentren en ti un pensamiento benévolo, comprensión, y que adivines de antemano sus deseos, que veas su belleza y no te detengas en sus deformidades, porque toda alma es una mezcla viviente de sombras y de luces; un pensamiento benévolo que las ayude a ser las mismas delante de los hombres que delante de mí, sí, las mismas como las deseo (1).

¿No es también eso lo que esperas de tus Hermanas?

Deseo asimismo encontrar un alma tan amante de Dios que adivine sus deseos y los prevenga... Un

(1) Los defectos, puntos sombríos de nuestra naturaleza, son también los puntos delicados, débiles y mayormente vulnerables en nuestra alma, de igual modo que existen en nuestro cuerpo partes y miembros — por ejemplo los ojos — más delicados y vulnerables. Tenemos que estar alertas para no herir a nuestros semejantes en esas partes.

Para corregirlos de sus defectos se precisan la benevolencia y la dulzura que el Salvador no deja de recomendarnos en nuestras relaciones con el prójimo.

alma que acepte ser controlada para no decepcionarme, que procure evitar la mínima molestia que pudiera causarme.

Esa es la fidelidad que le hace sensible a la menor inspiración mala, que le da inteligencia; entonces me comprende y me adivina...»

284. «En otro tiempo hablé por medio de parábolas. Hablo delicadamente en lo oculto de las almas, porque es necesario que el alma venga a mí por sí misma.

Cuanto más me pertenece un alma, con tanto mayor abandono puedo hablarle, y es mi gozo!

No trato de influenciar las almas; sólo las atraigo. Tienen que venir por sí mismas. Hay esfuerzos de comprensión que nadie puede hacer por ellas.

Pero vosotras podéis influenciaros mucho instantáneamente a corresponder a mi gracia».

285. «En cada tiempo, lo suyo. Hay que hacer una sola cosa a la vez, tienes que escribir un solo pensamiento de una vez, escribir los pensamientos unos tras otros con la presteza que el horario te lo permita y en el orden que te los vaya presentando cada vez, sin inquietarte por los que no recuerdas más que a medias. Si es preciso yo te los recordaré».

286. «Yo sólo me fijo en los esfuerzos, en las intenciones y en la generosidad de cada alma; y siempre obro en consecuencia».

287. «Las pruebas de vuestra vida en la tierra son muy poca cosa en comparación de lo que os procuran para la eternidad».

288. «El gran mal del protestantismo está en que

priva a muchas almas de buena voluntad de una inmensa parte de las gracias conseguidas con mi Pasión y que se transmiten por medio de los Sacramentos.

¡Cómo limita eso mi acción en las almas, que no me buscan ni me siguen por creer que han respondido de una vez para siempre a mi llamada!...

El gran mal del protestantismo es que el error lleva la máscara de la verdad.

Para descubrir la máscara, tirarla y venir luego humildemente a la fuente de la Verdad con objeto de pedir su luz y su fortaleza, se necesita mucho valor y esfuerzo personal.

¡Qué vuestra luz brille ante todas las *hombres* a fin de que comprendan que vuestra Iglesia es el Cristo, la Verdad!

¡Jesús!

289. «Hay sacrificios que los deseo, pero que no los exijo, para dejar a las almas la alegría de ofrecérmelos por ellas mismas. Esas almas están ocultas en lo más profundo de mi corazón, sienten sus latidos...»

Mi Madre les ha comunicado algo de su amor. Esas almas no me decepcionan. ¿Podré yo decepcionarlas jamás?...»

290. «Cuando habláis con vuestras Hermanas no podéis escucharme.

Para crecer en mi conocimiento es necesario que vuestros Superiores orienten vuestras mentes hacia mí; además de esto, son preciosos el silencio y la soledad.»

¡Jesús!

291. «No podéis vivir sin amar y sin ser amados. Cuando no amáis a Dios o alguno de vuestros semejantes, os amáis a vosotras mismas. El amor es como la respiración de vuestra alma.

Hay que hablar con respeto del amor porque viene de Dios. Hay que recibirlo como a enviado de Dios, como a su Espíritu.

Es un impulso que recibís, pero que no procede de vosotras, sino que es divino por su origen.

Conservad su fuerza y su vigor utilizándolo para las demás no para vosotras, atribuyéndolo y devolviéndolo a quien os lo da, al Salvador que espera, sin cansarse, vuestro reconocimiento».

292. «Las almas que se entregan con abandono al amor, no se duelen de ello jamás. Es verdad, rompo los límites de su corazón; es necesario que desaparezca el estrecho horizonte de sus conocimientos para que entren algo de los esplendores de mi Reino, el inmenso universo del Espíritu».

¡Jesús!

293. ¿Por qué estáis tan oculto mi buen Jesús?

«No me oculto: estoy muy cerca de vosotras, en vosotras... soy muy sencillo. Me buscáis demasiado lejos, como un Dios inaccesible... soy un Dios que se hizo hermano vuestro...»

Por buscarme demasiado lejos, pasáis junto a mí sin dáros cuenta y no sentís el inmenso gozo que mi presencia pone en vuestra alma».

294. «Os absorben los intereses de esta tierra, pero se acaban en un abrir y cerrar de ojos... mientras que yo permanezco y nunca se termina de descubrirme, y jamás se secará la fuente de mis tesoros... En cuanto se tienden manos vacías y suplicantes hacia mí, ¡las lleno!».

¡Jesús!

295. «¡Qué sencilla es vuestra vida! No tenéis más que recibir. Recibir el trabajo, que se convierte en alegría y os da dignidad. Recibir el alimento material para vuestra vida física y el alimento espiritual para la vida del alma por medio de mis Sacramentos que he establecido para todos, todos, todos...»

Siempre podéis probar la alegría de dar; y los más pobres, los que no pueden desprenderse de nada, pueden dar su corazón y su alma a Dios, es el primer gran don: comprende todos los demás...

¿Las pruebas? La fe os dice que la paciencia triunfa de ellas y que si se soportan con amor, procuran una gloria eterna.

No tenéis más que llevar vuestra cruz conmigo, conmigo, que os espero...

¿Qué os falta para ser felices? Os he dado la Esperanza y la Oración, la Fe, la Caridad y la Comunión de los Santos...

Querida hijita mía, sé completamente feliz para que otros te imiten y lancen al cielo ese *gracias* que mi corazón se complace en recompensar magníficamente...»

¡Jesús!

296. (13 febrero).

«Sí, he querido atraerte a mí. Estás en el buen

camino. Continúa. No pierdas el tiempo ocupándote de lo que hacen los demás. *Sígueme*».

297. «Tú lo ves. Eso es el amor. Tienes que ver felices a los demás para serlo tú.

Cuando sabes que tus hermanas te quieren y que tú las quieres, no te importa que canozcan tus defectos y que te tengan por poca cosa, estás contenta de todo... a fin de pasar ligeramente entre ellas, sin herirlas en nada.

Más adelante comprenderás que el sufrimiento propio del amor consiste en el ardiente deseo de dar a los demás, de ser destruidos para poder darles cuanto nos era de utilidad.

Así he amado a los hombres, deseando con extremo desco inmolarme hasta el fin para darles mi vida...»

¡Jesús!

298. (15 febrero).

«¿Cómo puedes pensar en otras cosas extrañas a mí cuando estás delante del Santísimo Sacramento?»

Oculto mi divinidad, oculto mi gloria, oculto mi poder: su vista os abatiría. Me siento más honrado y alegre al ver que a pesar de todo creéis en mí, os sentís dichosos de mi gloria, confiáis en mi poder».

299. «Si, Abrahán mintió haciendo ver que Sara era su hermana. Sin embargo, fue un santo muy grande por su fe y su obediencia. La obediencia es la caridad en acción y cubre todos vuestros pecados.

De quienes están sometidos y unidos a mí puedo hacer cuanto quiera. Puedo pedirles cuanto me venga en gana.

La fe es una especie de obediencia: la sumisión del espíritu. La Caridad es la sumisión de vuestros sentimientos a los míos: también es obediencia. La recompensa del obediente es que vivo en él ya en este mundo».

300. «La avaricia me entregó a mis enemigos. Siempre es la avaricia la que me mata en las almas: como se prefieren los bienes materiales a mí se recurrir a las mentiras y a las traiciones.

La avaricia mata el Espíritu de Dios.

Y la santa Pobreza salva al Espíritu de Dios a través de los siglos.

Para recibirme plenamente, hay que dar, despojarse, hay que perdonar, hay que superar el mal con el bien...»

¡Jesús!

301. «La verdad no hace ruido, pero uada podrá destruirla jamás: lo que es, permanece.

No se ocupa de apartar los obstáculos y brillar de forma deslumbradora... Muchas veces está envuelta en la mentira, pero permanece dentro de las circunstancias y de las criaturas como brasa inextinguible, y su luz acaba por vencer todos los obstáculos, no hay nada capaz de apagar la verdad.

De igual modo actúa mi Espíritu en vuestras almas, imperceptiblemente; no trata de triunfar fulminando lo que se le opone, pero termina por transparentarse a través de todo como luz interior.

Es más poderoso que los vientos más tempestuosos, a los que domina. Sopla donde quiere, y si lo dejáis actuar, transformará vuestro universo. Sin embargo, se ha hecho vuestro siervo.

¿Acaso no es él el que previene todos vuestros deseos? Espera que le pidáis antes de responder a vuestros deseos. Se hace presente en cuanto lo invocáis. Aunque lo contristáis con mucha frecuencia, nunca se venga. Sin embargo, no puede impedir que sufráis las consecuencias de vuestros actos. Espera que volváis a él: es incansable su paciencia.

Si, mi Espíritu se hizo vuestro siervo... para que aprendieseis de mí a someteros completamente a Dios».

¡Jesús!

302. «Querida hijita mía, me gusta que hayas sometido tus pobres notas al Padre. A pesar de lo insuficientes que son, estoy contento. Has cumplido mi deseo. También haré yo lo que deseas, pídemela gracia que quieras».

— ¡Dios mío, Dios mío! ¡Ya sé que me la concederéis! ¡Muchas gracias!

303. «¿Qué es lo que da su belleza a los campos y bosques, a los valles y a las colinas?

La luz con la que los inundo.

Así ocurre en tu alma. Mi gracia es la que le da toda su belleza; mi gracia la hace atractiva y amable, y aprovecha todas las ocasiones que se le presentan para introducirse en ella y transformarla.

multiplica esas ocasiones. No te canses de pedirme mi gracia...»

304. «Cuando compráis tela, no os fijáis tan sólo en el colorido y el dibujo, sino también en la calidad del tejido. También busco en vuestras almas la calidad

del tejido: su urdimbre es la de las horas que se os dan; su trama es aquello con que llenáis esas horas; vuestros deseos forman el dibujo, y en muchas almas obedientes ese dibujo reproduce algo de mi Rostro o de la infante cara de mi Madre. El colorido lo da el modo cómo me servís, vuestra caridad. Pero lo que da precio a la tela es la *calidad* del tejido.

Hijita mía querida, más me alegráis con la calidad de vuestras ofrendas que con la cantidad; la calidad es lo que me honra».

¡ Jesús!

305. «Nada se ve: una sutil hostia, un círculo blanco en el centro de la custodia... Y, sin embargo, estoy allí, sí, yo, Jesús, con mi divinidad. Me he anonadado para que podáis absorberme, a fin de que mi divinidad penetre en vosotros y os transforme aun sin apercibiros de ello. Yo soy quien actúa. Solamente necesito vuestro consentimiento...»

Allí estoy en perfecto silencio, con perfecta paciencia. Atraigo las almas sin palabras. Mi voz es tan delicada dentro de ellas porque el alma humana es muy frágil.

Querida hijita mía, si tratas de hablar de mí, tu voz cubriría la mía... Más vale el respetuoso silencio que permite escucharme.

Espero. Durante mucho tiempo te estuve esperando; a otras almas aún las espero más tiempo. Pueden pasar siglos y yo no me canso de esperar el voluntario movimiento de las almas que se me acercan. A todas las atraigo desde el momento que fui alzado sobre la tierra en la cruz.

Con frecuencia estás impaciente por cosas sin im-

portancia o porque no son atendidos tus ruegos; piensa en la eternidad y en la paciencia de Dios».

306. — Mi buen Jesús, ¿de qué me sirve estar en la verdad de la doctrina si vivo en continuos compromisos con la santa Regla, y en disimulación con mi Superiora?

«Hija, la verdad de mi doctrina anula los compromisos. Te prohíbe la doblez, la disimulación con el Superior o los inferiores. No basta con conocer mi doctrina, os pido que la viváis.

Si todos mis religiosos, si todos los responsables de mi Iglesia hubiesen vivido la verdad profesada con los labios, no se habrían producido los cismas que desgarran mi Iglesia.

Por espíritu de reparación, no te permitas *ningún* compromiso, *ninguna* doblez. Exagera más bien en rectitud hacia las Superiores y las Hermanas, que yo te encuentre siempre sincera y veraz».

307. (17 de febrero).

«Anda como si fuéramos cogidos de la mano. Vés a pasar por horas oscuras, pero no temas, estaré contigo como si te llevara de la mano» (1).

308. «Soy la fuente, cuyas aguas corren inagotables con abundancia. Pero hay que venir a la fuente para beber. ¡Venid todos! No os detengáis en el camino: la vida eterna está próxima a vosotros: ¡aceptadla!»

(1) Estas horas oscuras no fueron prolongadas, sin embargo, afectaron de tal forma a la Hermana, que llegó hasta dudar de su propia vocación.

¡Jesús!

309. «No entrará en mi paraíso ningún alma que no haya perdonado por lo menos una vez».

310. «Mi querida hijita, he aquí una explicación que te asombrará; recuérdala porque es la verdad: cuanto más oculta, silenciosa y respetuosa te muestres con el prójimo, sin intentar influenciarlo, tanto más actuarás sobre las almas;

por el contrario, cuanto más trates de asegurarte tú misma, imponiendo tus gustos, tus deseos, tus maneras de proceder y tus ideas, buscando de convenir a los demás..., menos actuarás sobre las almas.

Hay que dejar a cada alma completamente libre para elegir el *medio* que crea más conveniente. Ese es el orden establecido por Dios; es la paz. Yo no obro de modo diferente. Basta mostrar a Dios, basta oírle y dejarle vivir en tí».

311. «Mira cuán ligera y poco embarazosa es mi presencia, tan delicada como fiel...

Me he reducido casi a la nada para estar entre vosotras sin serviros de carga... Sin ningún esfuerzo podéis absorberme, y yo actúo en vosotras oculto de tal modo, que parece que obréis vosotros... Esa es la verdadera manera de actuar, la única que prevalece. Pocos son los que lo comprenden. De ordinario se prefieren los gestos aparatosos con sus resultados inmediatos. Elige».

— ¡Oh, Dios mío! ¿Podría elegir de modo diferente a como habéis elegido Vos mismo y la Santísima Virgen María?

312. «Dulzura, paciencia, alegría;

— Dulzura, paciencia, alegría... dame estas tres cosas en tu vida exterior, en tus juicios, en tu mente, en tus sentimientos.

La dulzura es el fruto del Amor.

La paciencia es el fruto de la Fe.

La alegría es el fruto de la Esperanza.

Cuando solamente llene esto tu corazón, entonces reinaré en él como Rey».

313. «Si, puedo transformar toda fealdad en belleza, toda pobreza en riqueza espiritual, todo pecado en fuente de gracia, todo rencor en perdón, en dulzura todo amargor, en alegría toda tristeza, todo sufrimiento en redención... con tal de que me los déis y me dejéis hacer...»

314. «Si llenáis vuestro corazón del abandono propio de los pequeñitos y me escucháis; si empleáis toda vuestra inteligencia para comprender mis modos de obrar y los imitáis; si tenéis los mismos sentimientos que yo y compartís mis deseos; si os sostenéis con toda la fuerza de vuestra voluntad, cueste lo que costare, en todo instante y en toda ocasión en la verdad, si hacéis todo eso, me dejaréis vivir en vosotras».

315. «No debes resignarte cuando alguna Hermana no te quiera, sino recurrir a todo, a todo, a todo para llegar a ganarte su afecto, porque ése es mi mandato, sólo así puede difundirse y actuar entre vosotras mi Espíritu, porque sólo se rescatan las almas amándolas.

¿Cómo puedes aspirar a amar al alma de un pecador que tal vez tenga necesidad de tus sacrificios, si no amas sin ninguna limitación a las almas que

están a tu lado, en las cuales habito y que tal vez son más grandes que la tuya? Esas son las exigencias de la Comunión de los Santos».

316. — Mi buen Jesús, mi pensamiento distraído se me escapó...

¡Tomadlo, tomadlo, tomadlo para siempre! Llenadlo de Vos de forma que no pueda concebir otra cosa sino a Vos, fijadlo en Vos como en su eternidad. Y que tranquila y plenamente se cumplan todos vuestros deseos en vuestra humilde criatura, uno tras otro.

¡Jesús!

317. (*Miércoles de Ceniza*).

Santa Virgen María, Madre mía, Vos que participáis en la pasión,

Vos que sois Corredentora,

Vos que sois la Mediadora de todas las gracias, enseñadme a vivir esta Cuaresma como lo quiere Jesús, esta cuaresma puede ser la última de esta pobre vida que tanto ha ofendido a Dios. Enseñadme a reparar mis yerros y los que he hecho cometer, enseñadme a participar en la entera obra de la Reparación.

Silencio, más silencio para oír mejor.

Mayor regularidad, mayor fidelidad, más dulzura y paciencia, más dulzura.

Oración y vigilancia.

318. «No juzgues nada. Ten mayor dulzura con las almas que no comprendas; la dulzura revela lo que no ha sido comprendido, lo que es reprehensible».

319. «¡Si supieras lo grande que es comparecer ante Dios! Si el alma está dispuesta, ¿a qué desear reternería? Piensa más en *ella* que en vosotras...»

Pero ten confianza en mi omnisciencia y en mi omnipotencia».

320. «Es raro que comprendáis vuestros errores y que los detestéis bastante cuando alguna de vosotras trata de hacéroslos comprender.

Por el contrario, si os calláis y me dejáis dirigir el merecido reproche, uno mi luz al reproche y es raro que el alma no comprenda: entonces detesta y repara.

Muchas almas no oyen mi voz porque habláis en mi lugar.

— ¡Si supiérais cuánto podéis lograr con el silencio!»

321. «Es dejarme hacer cuando por obediencia a la campana dejas sin terminar el trabajo que mucho deseabas ver acabado; y cuando en tu pobre vida debes renunciar a tus deseos y me los confías. Si has hecho todo lo que podías, me encargo yo de terminar lo que llevas entre manos, y divinamente».

322. «¿Crees tú, querida hijita mía que *actúo* en la pequeña Hostia, donde no parece que haga cosa alguna? Actúo con mi inmolación sobre la voluntad del Padre, actúo imperceptiblemente, pero con eficacia, sobre las almas...»

Muchas almas, que son mías, unen su acción a la mía de modo idéntico; nada se ve, y, sin embargo, está en juego la acción más poderosa. ¿Quieres seguirme en eso?»

¡Jesús!

— 323. «Cuando os digo que tenéis que perdonaros mutuamente, no os impongo ninguna obligación, ¿puede imponerse el amor? Es una alegría lo que os ofrece: una participación en mi Espíritu...»

— 324. «Querida hijita mía, no dejes que advinen tus actos de generosidad, de lo contrario, ¿qué queda para tu Señor?»

— Obsérvame en la Pasión: ¿dije, acaso, ni una sola vez, que sufría por los pecadores, que realizaba la Redención del género humano, que me inmolaba por vosotros?... Basta con hacerlo, con ser generosos, y — ocultarlo en el secreto de Dios».

¡Jesús!

325. «Los niños no tienen grandes tentaciones, su abandono les preserve de las grandes desgracias, y entretanto crecen como sumergidos en el Amor.

¡Oh si supierais vivir teniéndome de la mano, como niños, obrando sin pensar en vosotras! ¡Me descubriríais a cada paso!».

¡Jesús!

— 326. «Sé diligente, presta a tus Hermanas todos los servicios posibles, pero esfuerzate por hacerlo sin aparentar que eres útil o necesaria. No es conveniente para las almas, ni para la tuya ni para las de los demás, y eso exige una purificación; así es que está atenta: ni mi Padre ni yo obramos así, ni los ángeles; jamás aparecieron como necesarios la Virgen María, ni San José, ni ningún santo, sino todo lo contrario.

la oración de mis Santos obtenía milagros y ellos — los atribuían a voz en grito a los demás. —

— Mi Espíritu hace el bien de manera invisible y libra a las almas de la dependencia ajena haciéndolas capaces de dar de sí toda la medida. Purifico con los sufrimientos a quienes se entregan a las obras de manera demasiado visible...»

327. «Cuando no piensas en tí te visita mi gracia y te provee de lo necesario. En cambio, cuando te ocupas de tí, te abandono a tus cuidados».

328. «Las pruebas deben producir en vuestras almas un determinado resultado: si veis que la prueba cesa, haceos dueños de la virtud que venía a enseñaros y practicadla.

— Si hicierdes una parte de penitencia en tu vida, no tendré que enviarte enfermedades para suplir la mortificación descuidada (1).

De igual modo, cuanto más sencilla seas, tanto más evitarás las grandes tentaciones, que sirven para destruir los obstáculos que se interponen entre nosotros dos.

Yo soy sencillo y me encuentro cerca de tí. Para venir a mí no tienes más que quitar, eliminar, desecharlo que acumulas en tu espíritu y en tu corazón extraño a mí. Si te haces tan sencilla como un niño, desaparecerán todos los obstáculos.

(1) Hay enfermedades que son verdaderos actos de misericordia de Dios, medios que pone expresamente a nuestra disposición para expiar por nuestros pecados. Las palabras del Señor deben enseñarnos a soportar las enfermedades con espíritu de penitencia y de expiación, uniéndonos a los sufrimientos expiatorios de Jesús y de su Santísima Madre.

Dices que los niños, por no tener grandes luchas, tampoco tienen grandes méritos: la finalidad de la vida no es tu mérito personal debido a tu generosidad: tú mérito está en poner toda tu generosidad para dejarme vivir en ti. ¿Lo entiendes?».

329. «Cuando refieres lo que has hecho, se te figura que contándola, prolongas tu acción. Y sin embargo, le pones un término. Permanece limitada a ti.

Si ocultas lo bueno que haces y me lo confías a mí, prolongo tu acción agregándole la mía, que no tiene límites...».

330. «Desco una gran muchedumbre de almas víctimas, pero no confío a todas la misma misión. Sin embargo, todas deben reproducir algo de la vida del Hombre de los Dolores, para que se mantenga viva y se transmita entre vosotros».

¡Jesús! ¡Jesús!

331. «No estás bastante atenta ni eres lo suficientemente obediente a las inspiraciones interiores, vigila y oye mejor, obedece en seguida; así lo desco».

332. «La incomprensión ajena es una especie de silencio beneficioso, indispensable a la salvación de muchos. Hay que acogerla como una gracia».

333. (24 de febrero).

«La novena al Padre Paquay no obtendrá la curación inmediata, pero por la oración del Padre Paquay, la Madre Maestra se sentirá confortada y su-

frirá menos en el espíritu. He deseado conceder la curación por otro motivo, que tú conoces».

334. «Debéis amaros y ayudaros recíprocamente. Pero la caridad no ha de consistir en vosotras en enlazaros lo más que podáis la vida, ¿acaso habéis venido al claustro para eso? La caridad ha de consistir para vosotras en fortaleceros mutuamente — en instruirnos —, en incitaros unas a otras para la fidelidad a la Regla, a la generosidad para participar en la expiación de los pecados, a la generosidad en vuestro empobrecimiento para dejarme vivir entre vosotras.

Eso espero de mis esposas».

335. «Porque te amo, he simplificado tu vida y no te he dado más responsabilidad que tu diaria felicidad.

Porque te amo te he dado una salud precaria, con el fin de que desde el principio de tu vida te diesses cuenta de tu dependencia de mí, para que recibas todos los días las fuerzas de mí, y no de tu cuerpo.

Porque te amo te he querido pobre, enteramente pobre, a fin de ser yo solo tu vía.

Porque te amo te puse en el camino que llevaba a mi Iglesia; te he dado la Fe.

Porque te amo te he dado en este mundo la oración de un Santo que ha salvado tu vocación y la ha reforzado.

Porque te amo te he dado aquí un Padre Espiritual.

Porque te amo te confíe desde tu nacimiento a tu Madre, la Virgen María.

Porque te amo te he dado el deseo de hacer penitencia y la fuerza para hacerla.

Porque te amo te he permitido formular los cinco votos que te unen a mí (1).

Porque te amo morí por ti en la Cruz.

¿Qué me darás tú?...».

— ¡Dios mío, Dios mío! Tomad todo lo que me habéis dado; tomad todo lo que tengo.

336. «La mayor parte de las almas se preocupan de ir al cielo y evitar el infierno. Quisiera que mis esposas se preocupasen menos de ir al cielo que de ocupar el lugar que les tengo preparado allí, es decir, de corresponder en todo y por todo a mis deseos.

Muchos toman mi llamada a seguirme como si fuese una librea, y continúan conservando sus propios deseos en su corazón. ¡Qué pocos son los que procuran conocer mis deseos y ponerlos en práctica!»

337. «Jamás rehuse la confortación y el consuelo que buscáis en mí. El mal está en que buscáis con demasiada facilidad consuelos naturales, humanos. Presta atención, querida hijita mía, para no perder mi amistad. Debeis encontrar en las criaturas luz y ayuda para traeros a mí sin deteneros en ellas. No es que os rehuse mi confortación, sino que no sentís su necesidad, ni sabéis pedirla ni recibirla».

338. «Yo soy el que es.

Yo soy la verdad. Soy la realidad.

Las tentaciones son ilusiones que os envuelven y que tratan de apartaros de la Verdad. Ciertamente que es preciso que rompa vuestras ilusiones para revelaros a vosotros... Bendecid a vuestros hermanos

(1) Estos cinco votos eran los de pobreza, castidad, obediencia, clausura y de víctima.

y hermanas que destruyen vuestras ilusiones y os despojan y os dejan empobrecidas, pero verdaderas, ante Dios.

Ten el necesario valor de ser ante los hombres como ante Dios para que destruyan tus ilusiones, y para estar siempre en la verdad».

¡Jesús!

339. «¿Te has hecho religiosa para que yo cumpla tus deseos o para esforzarte en cumplir los míos?...»

— Mi buen Jesús, he venido al convento para que me concedieras lo que tenía que pedir; luego que me he quedado para amaros más, para serviros mejor, para daros gracias, aunque no me hayáis concedido las conversiones que os he pedido.

¿Tendré un solo deseo que no sea vuestro?... Lo sabéis, lo sabéis muy bien...

¡Jesús!

340. «Prepárate, prepárate, pronto vendré por ti...»

341. Mi Madre del cielo me ha dicho: «Mi vida fue una sucesión de pruebas mucho más incomprensibles que las tuyas. Sin embargo siempre amé. Jamás abandoné el amor mi corazón. Sabía que la salvación de las almas se compra con la Sangre de mi Hijo y con vuestras lágrimas, sí, las lágrimas del corazón...»

342. «Por el hecho de que mis exigencias son más espirituales que visibles, sólo conocidas por Dios, y mis recompensas más espirituales que visibles, ocultó».

tas a los ojos de los hombres, se prefieren las satisfacciones inmediatas, las alegrías visibles...

Soy expulsado de las naciones y de todas partes. Pero *«mis palabras no pasarán»* y por doquier triunfará mi obra: basta un poco de levadura para hacer fermentar toda la masa.

¿Triunfa por completo mi obra en tu corazón?...
¿Por qué estás triste?...

343. — Mi buen Jesús, antes de morir, concedeme que por lo menos un día os sirva como deseáis: sin permitirme una sola negligencia, sin faltar al silencio ni a la regularidad, sin faltar a la generosidad, a la alegría y al amor hacia todas. Amén.

¡Jesús!

344. «Escribe mejor, de forma más legible, con mayor esmero; es lo único que te pido, ¿me lo negarás?»

Se te ha confiado un trabajo que no requiere ninguna iniciativa personal, ni ningún esfuerzo de tu parte: todo ello para que te entregues enteramente a lo que te diga. Por ahora sólo te pido estos.

345. «Querida hijita mía, cuando te sobrevenga el sufrimiento no pienses en él, yo soy la víctima y expiaré los pecados de los demás; di: Dios mío, gracias por haberme dado oportunidad de expiar mis pecados».

346. «En el claustro continuamente tendéis ocasión de hacer actos heroicos, sí.

Precisamente porque estáis en el claustro, la mortificación que se os pide repetidamente todos los días

a propósito de muchas cosas aparentemente insignificantes, pero que se os antojan de mucha importancia en vuestra vida de reclusas, os cuesta tanto como os costarían las graves decisiones y los grandes sacrificios por los que se pasa en la independencia del siglo. Yo lo veo.

En el claustro tendéis de continuo ocasión para dejaros llevar por grandes debilidades. Los compromisos, las pequeñas concesiones al egoísmo, al amor propio, a las disimulaciones, a las faltas de sinceridad, que en el mundo serían cosas insignificantes, son grandes vilezas en vuestra vida de reclusas.

Exigen una purificación. Tenlo en cuenta».

347. «Estás aquí para mí solo.

Yo estoy en la Sagrada Eucaristía, en tí y en tus Hermanas. Cada vez que te diriges a una de tus Hermanas me vuelves a encontrar, renuevas tu Comunión conmigo.

¿Qué más podrías desear?»

348. «Sí, al hacerme hombre, me sometí a las leyes de vuestra vida humana. Y para vivir en las almas me someto también a las leyes de la vida espiritual».

— ¿Cuáles son estas leyes, Señor mío?

«El silencio, el respeto a todas las criaturas por causa del que las ha creado.

El despojo con la alegría de dar.

La paciencia.

El amor que obedece la voz de Dios, pero no en apariencia, sino desde lo más profundo del ser, con total adhesión de la voluntad.

El amor que es generoso, que es lo suficientemente humilde para pedir y que da todo lo que recibe.

De todo ello tengo necesidad para vivir, crecer y reinar en un alma.

Entonces, la gracia que brota de mis Sacramentos, actúa visiblemente, se multiplica y resplandece...

A vosotras os corresponde *preparar los caminos del Señor*.

349. «Guarda esto en tu mente: el valor de vuestra existencia no está en lo que hacéis, decís u ofrecéis, sino en el lugar que dejáis al Salvador, en lo que me dejáis hacer con vosotras. Dame tu corazón, tu corazón es toda tu vida».

350. «Sí, el orgullo prepara el anonadamiento, mientras que la humildad predispone para la luz y la gloria, sí, la gloria de Dios, cuya visión basta para colmar vuestra capacidad de felicidad. La beatitud de Dios se convierte en la felicidad del alma humilde.

Ya ves: todo lo que pretendéis tomar de vosotras mismas, no podréis aferrarlo, y en cambio cuanto me dais os lo devuelvo».

¡Jesús!

351. «Cuando el demonio no puede induciros a hacer lo que ofende a Dios, emplea todos sus esfuerzos en disminuir y con frecuencia destruir el bien que podríais hacer, y lo logra embriagándoos con ilusiones. Las ilusiones son su medio principal para difundir lo falso. Con objeto de evitar tales ilusiones es preciso tener mucho ánimo, mucho ánimo.

— Fijate: ¿no fui anímoso cuando estuve en medio de vosotras?...

Se necesita valor para ser sinceras, para ser las mismas,

— para mirar de frente la realidad,

— para darse a conocer tal cual se es, — ser y no parecer,

— para recibir las advertencias de los que os dirigen y seguir las.

— Por eso deseo que sometas al Padre cuanto te digo, aunque te resulte desagradable, lo deseo.

352. «Querida hijita mía, vivo en las almas como vivi en la tierra. Si quieres saber qué es lo que facilita mi vida en ti, mira como vivi, siguiendo atentamente el texto evangélico.

— Silencio y sencillez. Pobreza penitente, mortificación.

Unión con Dios; alegría; plenitud.

Siempre paso por las almas haciendo el bien; empleo los mismos medios, los mismos modos de hacer, sin haberme desdicho jamás.

Dejad que crezca la zizaña con el buen trigo...

— *Superad el mal con el bien.*

— Amad a vuestros enemigos y a quienes os quieren mal.

— No apaguéis el pabilo que aún arde...

— Que vuestra luz brille ante los hombres...

— En cada alma vuelvo a vivir las bienaventuranzas tal como las vivi,

— y de igual modo mi mandato...

— Hablaba en parábolas y pedía a mi Padre.

— También hablo aún en las almas...

¡Jesús!

— 353. «No debiera haber rivalidades entre vosotras. Cada cual tiene sus dones particulares. Ninguna está desprovista de talento, ninguna está tan bien do-

tada que su capacidad de trabajo pueda exceder las necesidades del monasterio y acaparar el trabajo de las demás. ¿Qué temer, pues?

Cada cual debe desarrollar la propia capacidad utilizándola. He dividido mis dones con gran variedad para que todas os necesitéis unas a otras, complementándoos unas a otras.

Todas tenéis que desarrollar vuestros propios dones; haciéndolo así, sentiréis una gran alegría, haréis mejor vuestro trabajo y no desearéis tomar el que corresponde a otras... Cada una tendrá paciencia ante las exigencias de las demás y se sentirá conciliadora, y tratará a sus Hermanas como quiera que la traten a ella.

Esc es el orden y tal la voluntad de Dios».

— 354. «La obediencia es un estado del alma, un estado estable que hace que el alma se adhiera consistentemente a la voluntad de Dios y se preste en las múltiples ocasiones que se le presentan a seguir el parecer ajeno dominando su propia voluntad. La obediencia, hija mía, es una cosa muy profunda y de gran poder, irresistible hasta para el corazón de Dios.

Pídela todos los días en cada Comunión».

¡Jesús!

355. «Desde el momento que estoy con vosotros, tenéis en medio de vosotros la «belleza», sí, aun donde reine la más extrema pobreza.

— Cuando cada cosa está en su sitio, conforme al orden y a la armonía; cuando hay silencio y limpieza entre los objetos debidamente espaciados, ¿no has visto cuánta gracia y belleza rodea a las cosas? Sí, los

objetos participan de la armonía que reina en el universo si los respetáis y disponéis con cuidado.

La «belleza» estará con vosotras siempre que queráis acogerla en vuestra casa y prestarle atención...»

¡Jesús!

356. «Has de considerar perdido el día en que no des nada. Deseo que cada día des alguna cosa, por pequeña que sea; será caridad para con el prójimo y para contigo misma, porque tu alma tiene necesidad diariamente de ese íntimo gozo.

De igual modo tampoco tienes que dejar pasar ningún día sin escribir algo de lo que te diga: de este modo serás caritativa conmigo, por creer en mis palabras».

¡Jesús!

357. «No hay ventaja material, por apreciable que parezca, que no deba sacrificarse a la caridad, o que justifique los actos contrarios a la caridad.

Las garantías materiales siempre pueden repararse, y solamente se refieren a cosas destinadas a perecer.

Es una desgracia inmensa obrar en contra de la caridad, y resulta difícil repararla porque permanecen las consecuencias, y ese proceder priva a Dios por toda la eternidad de un homenaje que se le habría debido rendir, ya que todo acto de caridad honra a Dios, lo da a conocer y lo hace amar».

358. «Mi amor os impide comprender mi Pasión; si comprendierais lo que sufrí, estaríais como aniquiladas.

Y, sin embargo, ya ves cómo evito cuanto pudiera aniquilaros; oculto mi divinidad y mi poder, y, en cambio, he ideado lo imposible a fin de que os atrevierais a contemplar a vuestro Dios, para elevaros hasta mí.

¿Por qué no procuráis evitar también entre vosotras cuanto sea capaz de turbar profundamente a vuestro prójimo?»

¡Jesús!

359. Dios mío, Vos lo dais todo: ¡dignaos enseñarme a amaros!

«No te canses de pedir al Amo, que todo lo transforma. Hasta el tiempo: cuando se ama mucho, se tiene mucho tiempo, tiempo para hacer muchas cosas.

Cuando ames mejor, serás menos lenta y el trabajo cundirá entre tus manos. ¡No estés ni un solo minuto sin amarme!»

¡Jesús!

360. «Testigos míos son los que sacrifican sus comodidades para obrar conforme a mis enseñanzas: Sí, éstos son mis verdaderos testigos. Con frecuencia nadie se percata de sus sacrificios; mas, sin embargo, mantienen y transmiten mi doctrina.

Recibirán una corona eterna».

361. «No se me conoce y por eso no se sabe amar me, a pesar de haber amado yo tanto a los hombres. Dame a conocer, hazme amar.

Yo siempre estoy con vosotras, en vosotras y junto a vosotras, y, sin embargo, no me veis.

El alma obediente, la que está en estado de obediencia tiene los ojos abiertos en mi presencia; sin abandonarla descubre por todas partes sus señales y mensajes porque se adhiere inmediatamente a cuanto le digo.

Cuando un alma se pone en el estado de abandono, de silencio y de calma, es como si no pudiese separarse de mí: de todo sufrimiento y contradicción sabe sacar un don para ofrecérmelo, y nada altera su serenidad.

El alma que se resiste, sufre y acaba por extenuarse, pero como no se fija en mí, su sufrimiento no es expiatorio ni produce ningún aumento de amor.

Muchos sufrimientos se pierden por estar mal dirigidos, quedando sofocados entre vuestros límites humanos.

«Yo soy la vida y vosotras los sarmientos», atribuídmelo todo a mí, y con lo que me deis haré milagros para la vida eterna».

362. «El mundo está triste, angustiado y dolorido porque vive en pecado.

Apartad a las almas del pecado mediante vuestra alegría los que vivís en mi gracia.

Libraos, libraos de cuanto embrolla el camino del espíritu, — y *ofreced al ciego mundo vuestra alegría, como luz irresistible.*

No vivo entre vosotras y en vosotras para condenar a las almas sino para salvarlas».

¡Jesús!

363. «Deseo un ejército de almas apostólicas que se consagren a mí mediante el voto de víctima, pero

no para expiar los pecados de los demás con sufrimientos extraordinarios; no, no es ése mi deseo.

Deseo un gran ejército de almas víctimas que se unan a mi apostolado en mi vida eucarística; que se obliguen con el voto de víctima a seguir los mismos caminos elegidos por mí:

silencio; inmolación, irradiación del triunfo de la vida del Espíritu.

para que se difunda mi Espíritu, deseo que esas almas revelen algo de mi Reino para el que todas las almas son llamadas y en donde se las espera a todas.

Deseo un ejército de almas víctimas que concentren sus esfuerzos en imitar mi apostolado: yo soy el Maestro; sin embargo, fui servidor de todos.

El voto de víctima les dará la fuerza necesaria para una mayor fidelidad como siervas de todos, — a fin de que mi Espíritu se difunda y crea el mundo en mis palabras.

Quiero almas así por todas partes: en el siglo y en el claustro; en todas las profesiones, en todas las situaciones, en el campo y en los despachos, en las escuelas y comercios, en las familias y en los conventos, en el comercio, la industria, las artes... en todas partes, para que su fidelidad sirva de testimonio a mis palabras.

Las almas que se ofrecen como víctimas están más estrechamente unidas a mí; cuanto más amo a un alma, tanto más la quiero asociar a mi apostolado, fíjate en mis Santos y en mi Madre...

De esa forma puedo pedirles y concederles».

364. «¿Por qué tienes miedo a la muerte? ¿Es que dudas de mí?

Para tus pecados está mi misericordia.

Para tus preocupaciones, inquietudes y deseos, tienes mi providencia.

Para tu debilidad cuentas con mi omnipotencia.

Mi gozo es dar hora a hora la fuerza suficiente y tenerte por entero en dependencia de mi amor».

¡Jesús!

365. «Donde no hay injusticias, tampoco está la virtud más elevada, la que expía y repara. Puede haber otras virtudes, pero no la que practiqué con predilección en mi vida de apostolado y en mi Pasión, la que practicó mi Madre y pido a las almas que me son más queridas, la que espero de mis esposas, donde hay injusticias, ahí estáis llamadas a vencer el mal con el bien».

366. «Cuatro cosas pido a las almas que se unen más estrechamente a mí mediante el voto de víctima:

1) escucharme más bien que hablarme;

2) procurar transmitir mis actos, mi manera de obrar más bien que mis palabras;

3) estar ante los hombres como ante Dios en un estado de pobreza que pide, no en un estado de riqueza espiritual que da la limosna de lo superfluo...

Las almas pobres y sin pretensiones están en la verdad, y por este hecho no chocan con sus hermanos, y mi gracia puede obrar por medio de ellas.

Las almas víctimas pedirán más de lo que den (1).

(1) Estas almas pedirán de continuo, y hasta sus actos serán oraciones, y Dios se encargará de dar.

4) trabajar únicamente por difundir mi Espíritu, mi dulzura, mi amabilidad, que no se detiene ante el mal, sino que lo vence con el bien.

Ayudarán a las almas exigiéndoselo todo a sí mismas y nada a los demás y acogiendo con silencio respetuoso las gracias que obtengan de Dios con su fidelidad y sus sacrificios».

367. «Querida hijita, ¿crees en mí?

Después de tu muerte daré pruebas de que soy yo quien te habla».

¡Jesús!

368. «Mi querida hijita, tienes mucho que aprender y poner en práctica: aprende cada día una cosa, una cada vez, y haz que entre en la práctica de tu vida; cada día una cosa y me tendrás contento».

¡Jesús!

369. «Querida hijita mía, ¿has tropezado alguna vez con personas avaras? Guardan cuidadosamente el dinero y las alhajas, sin atreverse a gastarlo ni llevarlas, con lo que se privan del gozo que tales cosas podrían proporcionarles.

No hay que imitarlas haciendo lo mismo con vuestra piedad: queriendo...» (1).

(1) Frase incompleta, interrumpida por la campana de la obediencia. La misma explicación ha de darse a otras interrupciones que se encuentran en el texto de los apuntes hechos por Sor María de la Trinidad.

¡Jesús!

370. «Querida hijita mía, ¿qué almas son las más dignas de compasión? Las que no sienten deseos de rezar ni tienen quien rece por ellas.

Sólo en el cielo comprenderéis lo que debéis a las oraciones de los demás.

¿Y las almas más privilegiadas? ¡Hay muchas! Las que he llamado a unirse a mi apostolado en mi vida eucarística. Cuentan con más gracias porque les doy la fuerza que necesitan para corresponder a lo que les pido. Y es como si las ocultase en lo más profundo de mi corazón: toda su vida está en mí».

371. «En el momento de la muerte, no contará lo exterior de vuestra vida; contará en cuanto sirva para demostrar si habéis respondido o no a los encargos que se os hicieron y a vuestros deberes, pero no será de gran importancia. Lo importante será, en cambio, lo pasado en el interior de vuestra alma entre vosotras y yo, puesto que para ello se os da la vida.

Recuerda que cuando tratas con el prójimo, estás tratando conmigo».

372. «Hay almas que rechazan mis palabras y no creen en mi divinidad, pero que se portan con el prójimo como yo me comporté. Querida hija mía, los que así obran pertenecen a mi familia; los que obran como yo obré son de los míos, son los míos (1). Hay,

(1) Puede haber quien crea en un solo Dios y no conozca a Cristo, es decir, que no crea en su divinidad — la fe es un don divino — ni acepte sus enseñanzas como realmente divinas, pero que, sin embargo, y a pesar de su fe imperfecta y de su credo incompleto, cumplan la voluntad de Dios. Estas almas pueden

en cambio, almas que creen en mi divinidad y en todas mis palabras, que alardean de estar a mi servicio, pero que no tratan al prójimo como yo lo trataba. Estas almas me dan su vida, mas no su corazón. Su corazón está cerrado a la alegría. Y por esto les envía mi misericordia grandes penas con el fin de sacarlas de los estrechos límites en que se mueven».

¡Jesús!

373. «No podéis imitar toda mi vida a un mismo tiempo. Las almas que están en el claustro son llamadas de modo especial a revivir mi Pasión, mi paciencia, a soportar los sufrimientos injustos.»

Aunque sólo hagan esto, estará llena su vida de gran belleza.

Eso es lo que has elegido tú: medita mi ilimitada paciencia».

374. «Una pequeña culpa, cometida voluntariamente, me produce una pena inmensa y prepara el camino para las peores caídas. Bien sabes esto, pero ¿sabes igualmente que la menor molestia, una cosa insignificante, causada voluntariamente a cualquiera de tus hermanas, hiere mi corazón y te predispone a renegar del amor?»

poseer, por consiguiente, la gracia santificante y pertenecer al alma de la Iglesia. Semejante estado del alma implica forzosa-mente el deseo de pertenecer a la Iglesia aun exteriormente, es decir, a su cuerpo. Solamente puede disculparles la ignorancia no culpable de la voluntad de Dios con respecto a esta pertenencia, o algunos obstáculos que no puedan superar. En el punto 372 parece que quiera insinuarse que a estas almas les será concedida la gracia de encontrar la verdadera Iglesia.

En la vida de las religiosas contemplativas se necesita una viva vigilancia continua, pues de otro modo se abre el camino para progresivas debilidades y hasta apostasías».

375. «Dos medios tenéis para consolidar vuestra salud al objeto de servirme bien:

1) observar las leyes a las que os habéis sometido de manera perfecta;

2) vivir enteramente bajo mi dependencia con creciente generosidad y fidelidad, y recibir de mí la necesaria fortaleza día por día y hora por hora. Para corresponder a lo que «exijo de vosotros no os faltará la salud precisa».

— Mi buen Jesús, ¿cuál de estos dos medios preferís que emplee?»

«Nada me complace tanto como verte dependiendo enteramente de mí: porque no podrías ser mejor...»

¡Jesús!

376. «Todo podrás atraerlo hacia mí cuando seas levantada sobre la tierra. Ten presente, querida mía, que no lo atraje todo hacia mí por medio de mi vida oculta y de mi ministerio, sino siendo levantado clavado en la cruz. Suprema destrucción aparente, triunfo del Amor y del Espíritu de Dios.

No te extrañes de que invite a los míos a que se dejen destruir por amor».

¡Jesús!

15 de marzo

377. «¿Tu amiga? La quiero como a perla muy

preciosa. Tiene reservado un lugar muy especial en mi corazón y lo ocupará. Mi madre la quiere muchísimo».

«Sí, casi siempre estoy desilusionado; todos los días espero algo de generosidad por parte de las almas que están consagradas a mí; ese es el único medio que tienen de probarme y acrecentar su amor. Pero pasan por las ocasiones que os presento sin darse cuenta de ellas. Tú no hagas eso; procura estar muy atenta, tener grandeza de alma y ser magnánima y clara en todos tus actos, a imitación de lo hecho por mí. Cada jornada tuya debe registrar un esfuerzo de tu parte».

¡Jesús!

15 de marzo

379. «Sí, será Clarisa... (1). Tengo que confiarle una gran empresa».

— Dios mío, ¿qué puedo ofrecerle para favorecer su vocación?

«Ten siempre, constantemente y en toda ocasión una amabilidad igual, llena de benevolencia con tus Superiores y Hermanas. Así las ayudarás».

16 de marzo

380. «¿Qué me traes cuando tienes una jornada tranquila, sin contradicciones, sin ocasiones para su- perarte y sin sufrimientos?»

(1) Una de sus amigas.

¡Jesús!

17 de marzo

381. — Mi buen Jesús, decídme qué puedo hacer para que se os ame y conozca.

«Dame toda tu alma, toda entera, sin reservarte nada, y siempre más».

Nada me gusta tanto como las almas porque las he rescatado a gran precio.

La mayor parte de los religiosos me dan sus trabajos y talentos, tengo bastantes talentos a mi disposición; lo que deseo es *el alma* para convertirla en lugar de mi reposo y de mi trabajo, para vivir nuevamente en la humanidad.

Si, mi lugar de trabajo, porque ¡oh cómo emplearía para la gloria de Dios y de la Iglesia, para la salvación de las almas, a quien se me entregase sin reserva! En una medida que no puede imaginarse. Querida hija mía, dame toda tu alma».

382. «¿Sabes cuál es la obra maestra de la Creación? La creación de las almas».

383. «Debéis manifestar el amor que os tenéis los unos a los otros, estimulándoos recíprocamente a la alegría y a una generosidad siempre mayor en mi servicio, mediante el ejemplo. Es la más elevada caridad fraterna».

¡Jesús!

18 de marzo

384. «Mi querida hijita, sírveme con alegría, dame mucha alegría, porque ésta testimonia mi presencia. Yo te doy y no puedes ofrecerme nada mejor que

mis propios dones; si sólo me traes penas y dificultades, me das solamente lo que procede de ti. Si así lo hicieras, qué habrías hecho del gozo que te he mandado?

Yo siempre estoy en el corazón alegre. Donde no se me escucha, reina la tristeza... La alegría del alma, que no siempre ve el mundo, es el primer mensajero vuestro que llega al cielo.

Debéis sentir alegría de vivir bajo la autoridad, que ha de ser una fuerza que os proteja y os oriente hacia mí. Cuando no lo hace así, lo procuro yo al alma obediente.

— Alegría tiene que daros la obediencia, porque ésta expresa vuestro amor.

Alegría debe proporcionaros la pureza y castidad, porque abre vuestros ojos a la luz eterna.

Alegría debéis experimentar con la pobreza, que os hace partícipes de la divina capacidad de *dar*.

Alegría habéis de sentir ante el sufrimiento corporal, que libera al alma.

Alegría ha de daros la mortificación interior, que os introduce de una forma cada vez más profunda en el mundo del espíritu, en el que vais de descubrimiento en descubrimiento hasta el día que me encontréis cara a cara.

¡Alegría, alegría interior!

Mi querida hija, deseo que ya que es tan fácil tu cometido en la vida, lo conviertas en alegría interior. Así me glorificarás.

¡Jesús!

San José

385 «Recuérdalo, mi querida hijita, jamás se pier-

de un gesto de bondad. Siempre llega el momento en que lo recuerda el beneficiario. La bondad consuela, da dulzura y confianza.

No te canses nunca de hacer bien».

386. «Si, hace catorce años que te atraje a mi. Bautismo y primera Comunión.

Te había esperado mucho tiempo. ¿Y qué es lo que no te he dado?

¿Por qué temes de venir a mí?

Tú eres mi pequeña, mi querida hijita; te rescaté con mi Pasión».

— *La muerte me da miedo.*

«¿Qué te importa la muerte si te sirve de medio para llegar a Dios? Además, siempre estoy contigo».

— Mi alma, oh buen Jesús, no está preparada para contemplaros cara a cara.

«Yo mismo la purificaré».

— He desperdiciado todo mi tiempo, me he distraído; no he hecho todavía nada de bien.

«Si obedeces mi voz, ya haces una cosa bien: yo haré lo demás. ¿No he sido yo, acaso, quien todo lo ha hecho en tu vida? Pues continuaré actuando en ti en la muerte y después de ella.

Ahora me absorbes cuando me recibes en la Santa Comunión cada mañana; en tu muerte te absorberé y para unirte conmigo. ¿De qué tienes miedo? Prepárate».

387. «Soportar la monotonía, el fastidio de un trabajo siempre igual, la ausencia de novedad, y conservar, sin embargo, un corazón rebosante de alegría, me honra mucho, es ser semejante a mí en mi vida oculta.

† Sentiros contentos únicamente porque estoy con

vosotros, sin tener ningún otro motivo para estarlo, es señal de que me amáis»...

388. «Simón Cirineo llevó mi cruz sin saber que por tal medio cooperaba a la Redención. También hay muchos que mediante actos espontáneos de caridad cooperan, sin saberlo, a la Redención.

Y, sin embargo, no me conocen: pero forman parte de mi familia. Yo los reconozco por míos.

De igual modo que el mundo ha de reconocerlos en que *os amáis los unos a los otros*, también yo os reconozco por eso mismo».

389. «Es cierto que la Verónica recibió una magnífica recompensa, pero, ¿sabes cuánto le costó, cuánta heroica caridad le costó su gesto?

Yo no soy menos generoso ahora que entonces. Mis divinas recompensas sólo esperan vuestra heroica caridad para manifestarse...»

390. «Sé caritativa, ante todo, en tus pensamientos, que todo lo demás te vendrá de por sí espontáneamente.

Nunca tendrás que arrepentirte de haber juzgado a una persona mejor de lo que se lo mereciera, porque es preciso ver en los demás lo que serían capaces de hacer con mi gracia, y no fijarse en lo que son por el momento.

— En cambio, tendrás que llorar amargamente y ex-
piar en el caso de que te mostrases desconocedora de alguna buena cualidad de cualquiera de tus Hermanas».

391. «Sí, te hablo yo, aunque llegues a dudar de ello; — ya te he dado algunas pruebas, y aún te da-

ré más si obedeces en todo lo que te diga — con los ojos cerrados —. Si fuere necesario, con el control de tu Padre Espiritual. — Te privas de gracias cuando no escuchas lo que te digo. Tengo mis razones particulares, que no siempre puedo manifestarte».

392. «Recuerda lo que te he dicho de las perlas que no hay que echarlas a los cerdos. Yo no desfilo mis dones; cuando un alma recibe con respeto y reconocimiento los dones más ínfimos, puedo concederle otras más y de mayor elevación.

— El agradecimiento es una señal de elección de quienes me pertenecen».

393. «En todo momento que te sorprenda, deseo verte alegre, esperanzadora y generosa».

394. «Si me quieres, me escucharás.

Si me quieres mucho, me escucharás sin descanso...»

Más me fijo para calibrar tu amor en el modo que me escuchas que en tu trabajo, penitencia y mortificación...»

— Mi buen Jesús, ¿qué deberá llevaros esa generosidad que tanto esperáis?

— «Perfección en el trabajo.

— Fidelidad a tu Regla y a tu Reglamento. —

— Iniciativa; pero teniendo cuidado de no privar a los demás del placer de mandar.

— Vigilancia para que no aparezca en tu alma ninguna huella de resentimiento ni de amargura.

— Porque deseo vivificar toda tu alma. Yo soy don, don y perdón, grandeza y vida.

— No hay nada que deje de dar a mi Padre.

— No reservo nada para mí.

— Si sientes amargura, esto quiere decir que hay algo que guardas para ti, algo que no me has dado...»

La generosidad es la fe que da.

Píde a mi Padre — a vuestro Padre — que aumente y difunda la fe en el mundo.

El Redentor es toda vuestra esperanza. Tiene por límites los confines de su amor. Ahora bien: mi amor no tiene confines...

Procura que la esperanza resuene siempre en tu alma. Es el irresistible toque de campana que atrae mis gracias.

Dime, ¿acaso no soy yo toda tu esperanza?

Píde al Redentor que se esparza la esperanza por el mundo.

Tu alegría la proporciona la obediencia, la obediencia, que es la caridad en acción.

Ten cuidado de no contristar al Espíritu Santo para que vivifique toda tu alma, toda tu vida.

Píde al Espíritu Santo que aumente su alegría en tí, para que se esparza por el mundo su alegría...

Cuanto más sencilla es un alma, tanto mejor me entiendé.

Donde hay egoísmo y mentira, hay también afectación, y no sencillez.

La sencillez está en recibirlo todo de mí y dármelo también todo, consiste en ser *mis niños*. Los niños son sinceros y sencillos. Se limitan a imitar a sus padres.

¡Jesús!

395. «Cuando deseo atraer un alma, empiezo por darle algún consuelo con el fin de apartarla de las criaturas; pero doy poco y con delicadeza, y no le doy más hasta que busca mi intimidad de por sí y abandona a las criaturas. Si le doy poco es para no aumentar su responsabilidad».

¡Jesús!

23 de marzo

396. «Yo soy más humano que vosotras.

Inmensas son mi bondad y mi indulgencia: si pudierais ver su amplitud, quedaríais como derribadas, debido a vuestras limitadas nociones de la justicia...

Pero soy intransigente con los compromisos engañosos. La luz no puede aliarse con las tinieblas; una de las dos tiene forzosamente que desaparecer.

Odio la doblez, que no quiere reconocer sus más íntimas intenciones y las cubre con la máscara de la virtud. Atrae sobre sí alma que la consiente los peores castigos de ceguedad.

Los mayores delitos son los cometidos contra mi Espíritu, porque paralizan la vida en su origen. Librate de toda mentira. Salva a mi Espíritu dentro de tí».

397. «Cuando recibes un regalo te fijas en la calidad, y si ésta es buena ya sabes que cuesta caro. Tampoco soy yo insensible a la calidad de vuestras ofrendas. Lo que os cuesta más es un regalo de mayor valor a mis ojos».

¡Jesús!

398. «Los que dan consejos y ejemplos según mi Espíritu, son amigos míos y pueden ser también vuestros mejores amigos».

¡Jesús!

24 de marzo

399. «Teneis que prepararos para el trabajo de reconstrucción cuando acabe la guerra.

La paz se presentará de modo brusco. Muchos se

sorprenderán porque vendrá antes de lo que se espera y éstos no estarán dispuestos. Estad atentos y preparados...»

— Mi buen Jesús, ¿qué hay que hacer con objeto de estar dispuestos para el trabajo de reconstrucción?

«Hay que estar fuertemente unidos a mí y a la voluntad de Dios, y alejados de todo lo demás, dispuestos a adaptarse a todas las circunstancias, a todas las situaciones, a todas las exigencias de la vida, para ayudarme a penetrar en todas partes: prodigarse a todos, *allanar los caminos del Señor...*»

25 de marzo

400. «Mi querida hija, dame gracias por no tener que pensar en qué hacer con el dinero, ni sentir preocupaciones de orden material: dame gracias por poder dedicarte enteramente al servicio del Espíritu.»

Da gracias y alégrate: a quienes me habéis seguido os esperan las alegrías espirituales.»

¡Jesús!

26 de marzo

401. «Preparaos. Estad dispuestos (1).»

Desco que mis apóstoles y discípulos estén desapegados de todo, excepto de mí.

Que no tengan ni sombra de ambición personal, ni siquiera inconscientemente, eso es muy importante y sé que es difícil para vosotros. Pero sólo así reina la pureza de intención, que puede alumbrar mi luz y difundirla por el mundo con vuestra ayuda.

(1) Estas palabras se refieren todavía a la terminación de la guerra.

Estad dispuestas. ¿No sabéis que tengo necesidad de vosotras?»

¡Jesús!

402. «Cuando un alma acepta recibir las luces de sus Superiores, obedecerles por amor y espíritu de fe, adquiere aptitud para recibir las mayores gracias: semejante dependencia hace desaparecer todos los obstáculos entre mí y ella. Pero ha de ser una verdadera dependencia, voluntaria e interior, pues de otra forma, sería vana.

Tiene que ser un gesto de amor con respecto a mí. El amor siempre responde al amor...»

El espíritu de independencia fue el mal que destruyó y sigue destruyendo la fe. Pero sois libres y nadie puede imponeros la sumisión de vuestro pensamiento al de otros más iluminados que vosotras.

Cuando os pido vuestro corazón, os pido también vuestro pensamiento.»

403. «Ahora comprendes algo mejor que mi Madre y yo éramos seres bastante diferentes de vosotras —en calidad — por carcer de todo pecado.

Y, sin embargo, vivimos entre vosotras como todas las demás.

Cumplimos la voluntad del Padre, toda su voluntad, y soportamos el sufrimiento sin repulsión y sin amargor. Jamás nos abandonó el amor.

¿Es muy difícil imitarnos, cualquiera que sea la condición en que podáis encontraros?

No te pido más que eso porque quiero que participes de mi felicidad.»

404. «Pórtate bien con la Madre Maestra, que ha vuelto. No será por mucho tiempo».

405. «Los defectos de tus Hermanas no te dan absolutamente nada de una buena cualidad, y sus virtudes no te quitan nada en absoluto de tus virtudes».

Cada una de vosotras debe vivir para Dios y ante Dios, sin preocuparse de las demás, si no es para estimularlas con el ejemplo al amor y a la fidelidad.

Hay que exigirselo todo a uno mismo y nada a los demás».

406. «A cada alma hay que darle la conciencia de su propia responsabilidad».

— ¿Cómo? —

«Mediante el silencio y el respeto a su libertad para que cada alma elija de por sí el uso que quiera hacer de su libre albedrío. ¿No obro yo así?»

407. «La caridad no se limita únicamente a lo material. Debe penetrar hasta lo más íntimo del pensamiento ajeno mediante la paciencia y el amor, pero sin destruir nada, de forma que ayude a mi pensamiento a entrar y triunfar en él».

De este modo todos podéis ser apóstoles míos en cualquier situación que os halléis, y cooperar estrechamente a la misión que desarrollo entre vosotras mediante mi vida eucarística».

¡Jesús!

27 de marzo

408. «Descarta que toda religiosa comprendiese que cuando formula sus votos, se empeña conmigo a se-

guir por los caminos de la santidad. Toda religiosa — está llamada a la santidad y nunca permito que le falten los medios para llegar a ella. A este fin todas vosotras podéis utilizar cualquier cosa que se os presente. ¿Por qué os ocupáis de otras cosas?» —

28 de marzo

409. «La santidad consiste en dejarme habitar dentro de vosotras. Si así lo hacéis, yo mismo me encargo de realizarla en vosotras. Consiste en que me deis vuestra humanidad para volver a vivir entre vosotras».

Esto es muy sencillo. Hasta los niños lo comprenden».

410. «El valor de vuestra vida consiste en el hecho de que Dios se os ha confiado para que transmitáis su conocimiento a las generaciones que os sucedan, su verdadero conocimiento, tal como lo tiene en depósito la Iglesia. En esto está vuestra responsabilidad».

Yo actúo en el mundo, pero dejo que actúen también los demás. Podéis secundar mi obra u obstaculizarla, y ahí estriba vuestra responsabilidad».

411. «Hay que hacer amar la religión por encima de todo. Tienen que acogerse las almas espontáneamente a mi Iglesia, por amor de otra forma, sus prácticas serán vanas».

Solamente cuando las almas experimentan el amor — y lo viven, se procura la gloria de Dios y su salvación».

Cueste lo que costare, mis discípulos deben hacerse — todo para todos con el fin de ganar almas para mí».

Tienen que procurar que les escuchen y que me escuchan a mí.

Los medios que han de emplearse para atraerlas tienen gran importancia. ¿Por qué no tenéis que emplear los mismos medios que empleé yo?».

¡Jesús!

412. «Si no miras a tus Hermanas por lo que son al presente (el presente huye), sino por lo que pueden llegar a ser y hacer con mi gracia; si lo que amas en ellas no es lo que son en sí y por sí, sino el exceso de humanidad que yo me reservé...

siempre amarás a tu Dios, hija mía, a tu Jesús. Nada puede apartaros de mí, excepto el pecado voluntario, porque el Padre os dio a mí. Yo os redimí a gran precio; sois mías, en la inmensidad del amor».

413. «No basta que me deis vuestras obras; no basta que me deis el cariño de vuestro corazón;

no basta que deis lo mejor de vuestro pensar; deseo penetrar en toda vuestra mente, en todo vuestro corazón; deseo todo vuestro ser por entero, hasta las más ocultas y delicadas ramificaciones para que mi vida pase a vosotras; sólo así vivo en vosotras con una vida continua y progresiva, con una vida fructífera.

De esa forma, lo difícil se hace fácil; lo amargo se convierte en dulce, y lo pesado en ligero;

porque participáis de la Fortaíza, de la Paz y del

Orden, que todo lo ha dispuesto con infinita perfección».

¡Jesús!

31 de marzo

414. «Si, en el Domingo de Ramos ves que soy un Rey de dulzura y de humildad; compruebas que dije la verdad al afirmar: *yo soy dulce y humilde de corazón... mi yugo es suave y mi carga ligera*. ¿No lo has comprobado por experiencia?»

Deseo que tu pequeña vida sea un testimonio del punto de mi enseñanza: Yo soy dulce y humilde de corazón...

Di eso con tu vida, sé su imagen personificada para que el revuelto y trastornado mundo me reconozca y venga a mí...»

1 de abril

415. «No podrás enseñar a otros a conseguir sobre sí mismos las victorias que no hayas sabido conseguir sobre ti; ahora te es conocido el secreto de la influencia y de la autoridad; hay que luchar para contribuir al perfeccionamiento de los demás. No hay que luchar menos que por el propio perfeccionamiento; hay que luchar por mí, para que se difunda mi Espíritu; eso es el progreso y el bien para todos».

416. «Sé buena con la Madre Maestra; haz todo lo que desea y procura adivinar sus deseos. Cede en todo».

417. «Cuanto más ames a tus Hermanas, más me amarás a mí. No comprendes bien lo que te digo, pero es así; mi amor es exigente, pero no egoísta, y

soy glorificado cuando reina en tí la caridad: yo soy quien amo por tí y en tí...

El amor que debes profesar a las criaturas no ha de constituir una finalidad en sí, sino que ha de ser consecuencia del amor que me profesas; yo no estoy en rivalidad con las criaturas, sino que las envuelvo y las penetro de forma que a todas las puedes encontrar en mi corazón.

Tenéis que amaros mutuamente: ése es mi mandamiento.

Ten presente que tus Hermanas tienen tanta necesidad como tú de ser amadas; sentís esa necesidad porque sois criaturas en evolución y tenéis necesidad del amor de las demás para desarrollaros.

Yo no soy ningún ser en evolución y, por lo mismo, no tengo necesidad de vuestro amor, como las criaturas, pero necesito que os améis las unas a las otras para poder vivir entre vosotras y poderos comunicar mi vida; sí, yo soy la vida y vosotras sois los sarmientos» (1).

Hija mía querida, cuanto hacéis a las demás realmente me lo hacéis a mí.

¡Jesús!

418. «Los medios no tienen más que valor de tales medios; pero son muy importantes.

Vosotras no podéis elegir nada mejor que imitarme y hacer lo mismo que yo. Deseo que empleéis los

(1) La vida de la Vida es el «Amor». La vida que comunica a los sarmientos no puede ser más que el amor. Los frutos de la vida, frutos de amor, deben darlos los sarmientos, y éstos son los nosotros.

mismos medios que yo elegí para propagar mi doctrina y ganar almas».

— Decídmelo, Señor mío Jesús, cuáles son esos medios.

«Verdad y silencio. Pocas palabras.

Ser exigente consigo mismo, no imponer nada a los demás. Respetar su libertad, ofrecer, proponer, pedir, rogar...

Con vuestra generosidad tenéis que obtener de Dios las gracias que vuestra dulzura debe llevar a recibir a otros.

Hay que vencer el mal con el bien.

Cuando empleéis los mismos medios elegidos por mí, me descubrirán mejor las almas en el seno de mi Iglesia».

¡Jesús!

419. «Simón Cirineo llevó la cruz redentora, sin saberlo. Me ayudó más que la Verónica. Sin embargo no recibió una recompensa inmediata porque en su ayuda hubo menos amor que en el gesto de la Verónica. Ya ves que el amor es lo que me honra y yo lo recompenso.

Sin embargo, Simón Cirineo me ayudó a llevar la cruz y eso le quedó para toda la eternidad.

Cuando os envío pruebas es para que deis vuestra parte de fe y de generosidad necesarias para vuestra salvación eterna.

Podéis soportarlas pasivamente y cooperar de ese modo a vuestra salvación; las podéis vivir con amor siguiendo al Hombre de los Dolores y participar con vuestro amor en la salvación de los indiferentes.

Entonces sois realmente mis amigas».

¡Jesús!

Jueves Santo

420. «Cuando os aplicáis al perfeccionamiento de vuestros deberes de estado sin desear nada más, me dais alegría».

Con ello conseguís que la felicidad de los bienaventurados esté ya en vosotras en parte, porque me encontraréis inmediatamente en la perfección de vuestros deberes de estado.

Así pueden reinar entre vosotras el orden, la cordia, la unión y una colaboración gozosa.

Fijate en mi vida: ¿acaso se desarrolló de modo diferente?»

421. «Mi querida hijita, imita mi obediencia y mi docilidad.

Observa mi Pasión. ¿Qué no soporté?

Fijate en mi vida eucarística.

También obedezco actualmente la voz de los hombres, y no sólo sobre el altar, puesto que lo mismo hago cuando escucho los ruegos de mis más humildes criaturas.

Imita mi obediencia y mi docilidad. Así quiero que vivas tu voto de víctima».

¡Jesús!

422. «No te engañes; tú no puedes engañarme. Puedes engañar hasta sin mentir si haces algo sin que lo sepa tu Superiora. Deseo que pueda estar segura de ti y gozar de tu confianza».

423. «Seréis perseguidas por el mundo; pero no hay que extrañarse. Siempre que el bien triunfe... Si tuvierais más fe, lo veríais mejor».

210

¡Jesús!

Jueves Santo

424. «Es cierto que lavé los pies a mis discípulos, ¿comprendes esto?»

— ¡Dios mío, Dios mío! En cambio, siempre desea dominar mi orgullo. ¡Libradme de él!

«Lavé los pies a mis discípulos y aún hice más: mira la Cruz. ¿No crees que también puedo venir ahora en vuestra ayuda? ¿No he dado suficientes pruebas del amor que os tiene mi corazón para que creáis en él?»

¿No crees tú que siempre estoy dispuesto a secundar vuestros esfuerzos y hacerlos fructíferos?

¿Has deducido del lavatorio de los pies cómo debéis portaros las unas con las otras y lo que podéis esperar de mí?...»

Viernes Santo

425. «¿También tú quieres abandonarme?

¿Crees que me escuchas cuando te dejas absorber por tu trabajo o por tus pobres fantasías?»

¡Jesús!

Sábado Santo.

426. — ¡Di ya!

«Esta vida pasa muy pronto. Es una gracia que te deje vivir todavía en esta tierra. Utilízala mejor siendo toda para mí, toda por entero, con toda tu mente y en todo instante, no dejando jamás el estado de oración y de obediencia, escuchándome mejor».

211

¡Jesús!

Pascua

427. «Sí, resucité y volví a estar entre vosotras. No quise dejaros a merced de vosotras mismas...»

Ruega por los que no creen — por quienes me miran sin reconocermé — por los que no tienen fe. Viven como si estuvieran muertos.

La muerte, que para ellos no fue vencida, gravita sobre su cabeza implacablemente y mata todas sus alegrías.

Píde que se difunda la fe. La fe lo transforma todo.

El mayor gesto de amor que *podéis* ofrecerme, ¿lo comprendes tú?, es hacer un acto de fe pura.

La fe os pone en la luz del orden en que habéis sido creados. Hay que seguir esa luz».

428. «¿No comprendes que después de haberos amado tanto en mi vida terrena no puedo dejar de amaros? Nunca me arrepiento de los dones concedidos. ¿No comprendes que siempre estoy dispuesto a ayudaros, o daros mi gracia? Me podéis pedir lo que queráis. Venid a mí».

429. «Mi gozo está en perdonar.

Si el orgullo os impide arrepentiros de los pecados por vosotras mismas, arrepentíos por mi amor, para que yo tenga el placer de perdonaros...»

430. «No te presentes nunca sola ante la Santísima Trinidad, sino juntamente conmigo, conmigo que pido en ti en unión con mi Madre. Te hemos adoptado los dos y tú me has hecho donación de tu humanidad. Deseo revivir en ti...»

431. «Estás contenta porque ya no padezco.

Sin embargo, padezco en los miembros de mi Iglesia. Sufro por la indiferencia y por la incomprensión de la humanidad. Me crucifica vuestra libertad.

Ayudaos las unas a las otras a poner vuestra libertad al servicio de Quien tiene necesidad de vosotras».

¡Jesús!

432. «Es preciso que vuestro espíritu se abra a mi luz.

Vuestro corazón tiene que abrirse a mi amor.

Es necesario, tú lo ves, mi querida hijita, que envíe pruebas a quienes más quiero para apartarlos de las redes de la rutina o de los errores en los que estáis expuestas a caer.

Los discípulos no están por encima del Maestro: y yo salvé al mundo mediante la cruz».

¡Jesús!

433. «Escucha mi silencio: así hay que adorar a Dios.

Fijate en la Hostia, ¡qué frágil es! Lo mismo ocurre con mi gracia. En la Hostia consagrada estoy viviente, con presencia invisible, pero real. De igual modo está tu alma en tu cuerpo.

En la sagrada Forma vivo en estado de obediencia, de paciencia, de dependencia:

— así ha de vivir toda alma que ha hecho los votos religiosos, toda alma víctima.

— Yo intercedo ante el Padre incansablemente día y de noche, y atraigo las almas: así debes vivir tú en este tabernáculo del monasterio».

434. «El pecado es una cosa horrible, de la que nadie puede librar más que yo. Si, yo solo soy quien puede perdonar los pecados...»

¡Ah! ¡Venid a mí!

Venid los que me conocéis y dejad que vengan los que me buscan. No se lo impediréis, no los desilusionéis. Me juzgan a través de vosotras, que sois las más.

¿Comprendéis vuestra responsabilidad?»

435. «Nadie que haya confiado en mí ha quedado jamás desilusionado. ¿Crees que vas a ser tú la primera, querida hijita mía? ¿Por qué dudas?»

¡Jesús!

436. «Tan gran cosa es la vida religiosa, que si una postulante muriese pocos días después de empezado su postulantado, conocería por toda la eternidad un grado de caridad mucho más elevado que si hubiera permanecido en el mundo; aunque en realidad serían pocos los días de estar materialmente separada del mundo, la separación de éste un verdadero abismo, toda vez que ya habría cumplido el acto inferior de hacerme donación de su libre albedrío. ...»

La vida religiosa es una empresa muy excelsa. No hay que entregarse a ella a medias. *Más vale renunciar a ella que entregarsele a medias.*

Ciertas son mis palabras: «El que pone su mano en el arado y vuelve la vista atrás no es digno de mí».

«Si tu ojo es para ti ocasión de pecado, arráncatelo».

Las victorias que debéis conseguir sobre vosotras mismas son muy importantes, aunque nadie las vea

más que yo. Son victorias que apresuran la venida del Reino de Dios. *En vosotras está el mayor campo de acción.*

Cuando todos los religiosos y religiosas vivan conforme a las exigencias de su estado y se vean las recompensas que procura y consigue su fidelidad, el mundo se dará cuenta de que estoy entre vosotras y ya no se alejará más de mí».

¡Jesús!

437. «MI querida hija, si no tomas desde el principio de tu vida religiosa la costumbre de mortificarte, de sacrificar cuanto te gusta, de elegir, por mi amor, lo más difícil, te expones a seguir en seguida una vida más material todavía que si hubieses permanecido en el mundo, donde un fin de obligaciones te habrían arrancado de ti misma. En el claustro se necesita una vigilancia muy grande porque vuestro perfeccionamiento se deja a la iniciativa de vuestra generosidad.

Fijate que la vida religiosa es lo opuesto de la costumbre rutinaria y mecánica,

- de la disimulación,

- de la ambición personal;

sólo debe haber una ambición en ella;

- servirme y darme a conocer. -

¿Cómo?... Poniéndome en vuestro lugar.

La pobreza consiste en no tener nada para sí, ni deseos, ni siquiera vuestros hábitos; siempre se ha de estar en disposición

- de ir adonde os mande,

- de vivir en todas las condiciones que crea oportuno ponerlos.

La obediencia es un estado de docilidad que su-
prime los obstáculos entre mi voluntad y la vuestra
— una adhesión constante de vosotras mismas al es-
píritu de fe; — es el amor de vuestro corazón en
acción.

La castidad es la pura intención que todo lo re-
fiere a Dios — a vuestro Dios — vuestra vida en la
pura luz de la verdad.

Mi querida hija, para esto es para lo que te he
llamado».

¡Jesús!

438. «Sí, yo, el Omnipotente elegi por amor: la
Pasión, el peso de la cruz, la crucifixión, la muerte,
la Eucaristía...

Ante esto, ¿qué no puedes hacer tú para rebajar-
te tú misma por amor? ¿No encuentras nada?

— Si te ocurriese que se te considerase una inútil,
que se te quisiese poco, que se te creyese un estor-
bo, que tus intenciones fuesen mal interpretadas, de-
berás acoger con alegría todas esas ocasiones de se-
guirme por el camino del silencio y del amor.

La felicidad la tenéis con vosotras; podéis hallar-
me entre vosotras en todo instante y en toda ocupa-
ción, y aun me podréis encontrar más si cumplís
vuestro deber con precisión y perfección.

¿Por qué me buscáis en otras partes?

Me hallaréis en el orden, en la paz, en el desen-
volvimiento de toda actividad humana, en la unión
entre vosotras y conmigo. Cuando un alma se entre-
ga al cumplimiento de su deber con verdadero amor
y perfección, entonces responde a lo que yo espera-
ba de ellas».

439. «Cuando un alma conoce el estado de obedien-
cia, ya no puede vivir fuera de él, porque ese esta-
do os une a mí.

Con reciprocidad de amor doy paz, fortaleza, vida
y fe, y de este modo desaparecen los conflictos, los
resquemores y las sublevaciones.

— Pero la unión entre vosotras no es una condición
natural del alma, sino fruto de victorias que se con-
siguen sobre el amor propio. —

Cuando entre vosotras hay unión, todo lo podéis
conseguir de Dios, porque ya habéis obtenido por vo-
sotras mismas lo más difícil. Y para mí queda el pla-
cer de recompensar...»

¡Jesús!

440. «Sí, es para esta pequeña Hostia para la que
se han levantado las inmensas basílicas y catedrales,
para esta pequeña Hostia hay monasterios.

En ellos estoy como en mi propia casa, y es pre-
ciso que también mis esposas se encuentren como
en la suya propia. Deseo que ninguna religiosa viva
en el monasterio como una extraña, sino que todas
se encuentren en su propia casa y participen de las
preocupaciones y de lo que atañe a la misma. Las
Hermanas conversas deben considerarse tan de la ca-
sa como las que tienen cargos porque los intereses
más importantes son los de orden espiritual, de los
que todas pueden participar».

¡Jesús!

441. «¿Se rehúsa algo a los propios amigos? Eso os
puede suceder a vosotras, pero nunca a mí, si lo que

se me pide está dentro del orden y es conveniente.
¿Lo crees así?»

— Mi buen Jesús, ¿me concederéis las conversiones que os vengo pidiendo?

«Las conversiones se operan en el interior de las almas — y no siempre están manifiestas, pero son — y para la eternidad. No dudes más».

¡Jesús!

442. «Sí, yo habría podido descender de la cruz lleno de vida y poder ante mis verdugos, cosa que no me habría sido más difícil que resucitar. Pero para vencer al pecado hasta en su supremo castigo, que es la muerte, tenía que pasar por la muerte.

Tú misma puedes ver que me sometí en todo a las leyes de vuestra vida humana. Piensa en la huida a Egipto, en las luchas que hube de sostener durante mi ministerio público y en los diversos episodios de mi Pasión.

Puedes ver que, aunque Dios, viví exclusivamente con medios humanos, a pesar de que los habría podido modificar. Sin embargo los respeté taxativamente. Y aún hoy puedes observar que actué por medio de los elementos humanos que me aportáis y que res-
peto. De esta forma es grande la repercusión de vuestros actos.

De vosotras depende contribuir en gran parte a que las almas de vuestros hermanos atiendan o rehúsen mi llamada.

¡Cuán responsables sois los unos para con los otros!

Si no os decidís a luchar para vosotras, luchad,

al menos, por piedad, en favor de las almas de los demás.

Estudad detenidamente los medios utilizados por mí para salvar al mundo».

¡Jesús!

9 de abril (en la Consagración).

443. «Obedezco al sacerdote oficiante cualquiera que sea su carácter, cualquiera que puedan ser sus culpas y sea cual fuere el estado de su alma. Siempre obedezco. Sus imperfecciones no atañen para nada a la perfección de la Hostia.

De igual modo, cuando obedeces a tus Superiores, cualesquiera que sean sus imperfecciones, no privan de nada a la perfección de tu obediencia; siempre me obedeces a mí, y basta».

444. *Comunión.* «¿Sabes que en la mayoría de las almas encuentro tumulto?

Conflictos de deseos opuestos a las oraciones que formulan los labios. Debéis desear todo lo que me pedís por medio de palabras y orar también mediante vuestros deseos.

Me encuentro con un tumulto de ambiciones, de intereses temporales y personales que se permiten a los seglares, pero que son un verdadero hurto en las almas religiosas, que se han obligado con voto a ocuparse de mis intereses y poner en mis manos los suyos.

Con un tumulto de afectos exclusivos, de juicios, de comparaciones con los demás, que os distraen de vuestro deber.

Con un tumulto de inquietudes y de preocupaciones temporales, que sofocan el espíritu de fe.

Mi querida hija, procura alejarte de todo eso. Deseo encontrar en vuestras almas un inmenso silencio, tan grande como el océano, en donde se hundan todas las cosas pasajeras, un silencio tan inmenso como la Majestad de Dios.

Entonces advertiréis que desde lo más íntimo de vuestra alma se eleva una voz: ésta soy yo. Prestadme vuestra humanidad... Haced lo que os digo...

¡Jesús!

445. «Sí, habría podido bajar de la cruz para vencer a los testigos de mi crucifixión... Pero ya ves que Dios realiza los mayores misterios fuera de la vista de los hombres. Observa la Encarnación, la Navidad, la Resurrección y esta Redención continua que se repite todos los días sobre los altares...»

446. «La fe de los que creen por haber presenciado un milagro, no tiene raíces en ellos mismos: atestigüa el milagro, pero no me glorifica, otro hecho milagroso podría cancelarla.

La fe de los que creen sin haber visto, tiene las raíces en ellos mismos, en la libre voluntad que dirigen hacia mí para glorificarme. Su fe me honra. Ellos conocen mi presencia invisible y porque escuchan mi voz, los llamo a mi intimidad».

447. «Simón fue obligado a llevar mi cruz. Cuando

os envió pruebas, también os obligo a llevar cruces que no habrías tomado por vuestra propia iniciativa...

Fue un gran honor para Simón Cirineo. Lo mismo os ocurre a vosotras, puesto que si os honro con sufrimientos es para vuestra gloria. Acogedlos todos como procedentes de mis manos. Recuerda que todo lo que te digo y mando lo hago por que te amo y te quiero toda para mí...

448. «Verónica fue una perla en la Vía Dolorosa. Poco bastó para consolarme: una compasión más fuerte que el egoísmo. La Vía Dolorosa es el camino de la humanidad en el curso de los siglos hacia su eternidad, y yo estoy con vosotras en ese camino... Aun hoy en día, ya lo ves, es muy fácil consolarme: lo conseguís cada vez que triunfa el amor generoso. El amor es lo que repara, el amor es lo que lleva hasta la locura de la cruz.

¿Puedo contar con el tuyo?»

— Señor mío Jesús, con Vos: sí.

¡Jesús!

449. «Mi querida hija, deseo que todos los días elevés una oración especial a mi Madre por las Supériores, por todas las Supériores.»

— Son pocas las que comprenden su responsabilidad y corresponden a ella.

La autoridad es sagrada y proviene de Dios. — Debe constituir una protección para quienes le están confiados, imitando a este respecto a mi Madre, que siempre se mostró previsora y silenciosa, maternal y alejada, invisible en su protección, con las mis-

mas exigencias de Dios y siendo ella misma fuente de gracias para sus propios hijos.

— La autoridad debe revelarse a los subordinados como una parte de la bondad del Padre y de las exigencias del Dios de la Santidad, debe tener algo de la obediencia del Hijo, algo de la ilimitada generosidad y sabiduría del Espíritu Santo.

La autoridad es sagrada: proviene de Dios. No debe limitarse a ordenar y controlar. Su misión específica es conducir las almas a Dios.

— Pide todos los días en la Comunión por los Superiores».

450. «¿Has oído decir a tus Hermanas durante el recreo, que cuando se piden cruces hay seguridad de obtenerlas?

Cuando pedis gracias para las almas las concedo, igual que las cruces, pero son menos visibles; y sobre todo: ¿no sabes que os concedo muchas gracias de las que os beneficiáis sin verlas?

Por eso hay que decir: Dios escucha toda oración buena y generosa. ¡Ah si supieseis la sed que tengo de almas y lo que pido por vosotras!...»

¡Jesús!

12 de abril

— 451. «Sé buena. Accede a los deseos de tus Hermanas. Puesto que tanto es lo que desean aprender a hacer esa clase de blonda, enséñasela; poco debe importarte que luego se vanagloríen y den muestras de vanidad por saberla hacer. No tienen otros placeres; tú tienes otras alegrías».

452. «Obstaculizas el desarrollo de mi vida íntima

en las almas de tus Hermanas cuando eres la causa de cualquier descontento o enfado suyo; sí, yo soy quien lo sufre. Para crecer en las almas necesito que se encuentren satisfechas, sin amarguras, con benévolas disposiciones, y, por otra parte, ¿cómo hacer buenos a otros sino prodigándoles bondad?

Hazlo por mí. Deseo que tu presencia o colaboración sólo alegrías les depara.

Si cedes a sus deseos (siempre, claro está, que el deber no sufra por ello) tendrás mi constante ayuda, y tu tapete aparecerá siempre muy bello porque yo me encargaré de poner belleza en él.

Haz la prueba... verás que tampoco te he engañado esta vez».

— 453. «En el claustro deben ser espirituales las victorias que logréis, de forma que sea el buen espíritu — mi Espíritu de dulzura y de generosidad —, el que triunfe sobre las múltiples insinuaciones del espíritu del mal. Pero no lo pierdáis de vista, mi querida hija, así me glorificaréis, no a los ojos de los hombres, sino a los de los Angeles y de toda la Corte celestial. Cuando decís: *Venga a nosotros tu Reino*, ¡con qué alegría puedo corresponder a vuestra oración!»

454. «Cuando cedés a los demás algunas pequeñas ventajas terrenas, te correspondo divinamente...».

455. «Obedéceme en todo, en la dulzura.

Tu dulzura y tu obediencia te unen y vinculan a mí cada vez más íntimamente. ¿No notas entonces que soy yo quien pide en ti? ¿Y cómo podría rehusar el hacerlo...?».

456. «Aún no comprendes que no estoy pasivamente

en ti, sino que vivo tu misma vida con todas tus dificultades, que lucho juntamente contigo para lograr que el bien supere al mal...

Triunfo contigo. ¿Puedes actuar con mayor fuerza? Yo he vencido al mal.

La victoria y los míos me pertenecen definitivamente...».

¡Jesús!

457. «Hay muchos sufrimientos en el mundo, sufrimientos que ahogan a las almas en vez de elevarlas. Los sacrificios que te pido son bien poca cosa, pero yo sé lo que te cuestan y por eso te los pido... ¿No quieres ser mi pequeña proveedora, a la que todo se lo puedo pedir? Déjate despojar de todo.

¿No desear tener cierta semejanza con tu Esposo?».

¡Jesús!

13 de abril

458. «Mi querida hija, ¿quién podría figurarse que prestas mayor atención a un simple bordado que a tu Señor?... Piensas demasiado en tus encajes y te cuidas poco de mí. ¿Quién lo creyera?».

459. «Si tu ojo fuese para ti ocasión de pecado, arráncatelo. Termina pronto ese bordado que te ocupa demasiado. ¿Acaso es esa labor y no mi voz, únicamente, la que debe ocupar tu atención?...».

460. «El estado de víctima consiste en soportar sin defenderse, como hice yo en mi Pasión, las injurias, calumnias, befas y brutalidades, en dejarse despojar hasta quedar en completa desnudez. Tú no

tendrás nunca todo eso; pero debes aceptar los expolios que requiera tu generosidad».

461. «Observa los elementos de que me vali para fundar mi Iglesia:

unas cuantas almas de buena voluntad,

la Gracia derivante de los Sacramentos (establecidos con mucha discreción),

la obra redentora de la Cruz,

la Omnipotencia del Espíritu Santo, mi Espíritu; eso fue todo.

Ni siquiera hubo una organización bien dirigida.

Sin embargo, mi Iglesia quedó fundada, abandonada al impetuoso influjo de la vida y a las iniciativas de los míos.

Quedó fundada porque sus raíces eran estables.

Quando trabajáis, creéis demasiado que los frutos se deben a las ramas, cuando lo que hay que cuidar principalmente son las raíces. Hay que profundizarlas en Dios.

Así ha de ser con respecto a la empresa del retorno de los protestantes a la Iglesia.

Se necesitan almas de buena voluntad y sin grandes manifestaciones externas,

almas dóciles a la acción de la gracia mediante los Sacramentos,

dóciles a la acción redentora de la cruz,

dóciles a la invisible y poderosa acción del Espíritu Santo,

almas víctimas, unidas a la víctima del Calvario y del altar, pero no pasivamente, sino como El, siguiéndole en un todo...

Con eso basta.

¿Has comprendido, querida mía?».

¡Jesús!

15 de abril.

462. «Ofreceme tus bordados y encajes, dejando que los hagan tus Hermanas. Yo te encargaré otros mucho más bellos para efectuarlos en las almas».

¡Jesús!

463. «Mis sufrimientos en la Pasión superaron todo cuanto puedes imaginar. Eran necesarios. No hay ningún padecimiento físico o moral vuestro que no lo sufriera y del que no participara. ¡Ah si supierais que amigo tenéis en el cielo!»

— Dios mío, transformad mi duro corazón en dulzura y humildad a semejanza vuestra.

Dignaos darme el remordimiento de mis pecados. Dadme lágrimas para llorar vuestra Pasión; hádmela comprender mejor.

«Tú no comprenderás jamás del todo mi Pasión, pero te daré el amor de la cruz y tu amor será más sensible a la obra redentora del sufrimiento... Sí, comprenderás mejor».

¡Jesús!

464. «Tú, que has prometido a tus Hermanas enseñarles *más tarde* ciertos bordados, que te escandalizas porque no te creen y tratan de averiguar cómo lo haces...

¿Crees que yo soy menos sensible a la falta de confianza? Te he prometido gracias de conversión, y por que todavía no se han realizado ya dudas de mi palabra...

El amor no duda».

226

— Sí, Dios mío, os creo.

¡Jesús!

465. «Triunfo con los míos.

Mi querida hija, ¿entiendes esto?»

466. «Cuando quieres a una persona, que es indiferente, en cambio, a otros, ¿a qué amabilidades no recurres para ganarlos al afecto de la persona a quien quieres? Así debes hacer por mí. No debes ahorrar ningún cuidado para conseguir que otros me quieran. Si eres amable, también querrán a tus amigos...

Sé que todo esfuerzo de amabilidad es por mí, y lo estimo en mucho...».

¡Jesús!

467. «Hay muchas cosas que podéis dar o retener libremente y que preferís retenerlas; sin embargo, el tiempo, la vida o la muerte no tardan en quitároselas. Y no os las devuelven. Yo en cambio, devuelvo, devuelvo divinamente, cuanto me dáis...».

468. «Deseo que enseñes esas labores que tanto desean tus Hermanas, porque todos tenéis necesidad de alguna alegría humana, natural, con el fin de animaros a la generosidad que habrá de proporcionaros alegrías sobrenaturales.

Tú tienes otras cosas que hacer y te doy otras alegrías...».

— Sí, mi buen Jesús, con sumo gusto.

469. «En el camino del Calvario caí, esposado, tres veces. Las almas que quieren seguirme por el camino de la perfección suben, como yo, su calvario sin estar tentadas de volver atrás. *Lo que han dejado ya*

227

no puede bastarles. El peligro está en desfallecer antes de cumplir cuanto se les había ordenado, en sentir desfallecer en el camino...

La perseverancia es una gran prueba de amor y de fe».

¡Jesús!

470. «Cuando barres ves que las arañas, espantadas, en vez de correr por el suelo se esfuerzan por subirse más alto por las paredes.

Imítalas. Ten tu alma en lo alto, fuera del alcance de los escobazos de la vida, en las regiones a las que no llegan las mezquindades humanas: en mi Reino...».

471. «No, tú no tienes el don de lágrimas... Pero no te preocupes, porque yo me fiijo más bien en las lágrimas del corazón, y ésas sí que las conoces...».

472. «No os inquietéis por tener nuevas postulantitas. Yo me cuidaré de eso. ¿No soy yo, por ventura, quien atraigo a las almas? Ya dije que cuando fuera alzado en la cruz atraería hacia mí a todas las almas.

Debéis saber que cuando me hayáis alzado sobre la cruz plantada en vuestra vida, conformándoos de tal forma a mi imagen que las almas no vean a través vuestro nada más que a mí, entonces vendrán almas a vuestro monasterio para unirse a vosotras, a vuestra obra».

473. «Haces bien en sentir compasión por mi Madre (nunca tendrás demasiada) cuando piensas en el Vía Crucis. Tomó parte en todos mis padecimientos, y bebió el cáliz de la amargura hasta la última gota.

Cooperó conmigo en vuestra redención. Hay que adorar el misterio de su cooperación en vez de tratar de comprenderlo.

Es una de las misericordias del Padre...»

¡Jesús!

474. «Cierito es que los sufrimientos del Cristo habrían sido más que suficientes para salvaros sin ninguna cooperación humana.

Pero Dios estableció que mi Madre fuese Corredentora del género humano y Mediadora de todas las gracias.

Quiso que el Cirineo me ayudase a llevar la cruz para daros a conocer que cada una de vosotras debe unir sus esfuerzos a los míos si quiere beneficiarse de la obra de la Redención.

Esa es la voluntad de la eterna Sabiduría.

Esa es la verdad...»

¡Jesús!

475. «No hace falta que yo hable siempre con palabras: basta con que me escuches...

No es preciso que me veas: basta con que me mires, con que queden fijos en mí los ojos de tu alma...»

476. «Cualesquiera que sean las disimulaciones, la verdad termina por transparentarse y aparecer. Hay que intervenir lo menos posible para sacarla a la luz porque va de por sí con fuerza irresistible hacia la luz, de la que es inseparable...»

477. «No te extrañes de que alguna vez no en-

cuentres bastante bondad en tus Hermanas; tampoco la hay en ti...

Solamente es bueno Dios — es la Bondad — la Bondad infinita...

Vosotros debéis tener piedad y profunda indulgencia las unas para con las otras porque Dios a todas os mira con amor y misericordia...

+ 478. «Con paciencia y con actos de bondad será como repares delicadamente poco a poco las deficiencias, la búsqueda del interés personal, que están sembradas en el espíritu de crítica.

Sólo con los ojos fijos en tu Esposo será como ayudes a las otras a desinteresarse de las mezquindades de la vida terrestre...

El espíritu crítico es un veneno y un gusano roedor, es obra de Satanás».

479. «Hay algunos que ponen su amor en ofrecer-me alguna obra de arte perfecta...»

¡Jesús!

16 de abril. Renovación de los votos.

480. «Cuando encuentro en un alma la delicadeza de no atribuirse ninguna de las gracias que le he concedido y que reconozco que provienen de Dios, entonces puedo hacerle donación de otras nuevas gracias.

Todo os viene de Dios. Es preciso que todo vuelva a El para cantar su misericordia mediante vuestra vida ahora y por toda la eternidad.

+ Yo te procuré tu vocación, te hice sentir el deseo de la misma y te di los medios para llevarla a cabo.

Piensa, piensa en lo mucho que te estuve esperando...

y cómo te abrí el camino...

Puedes escribir brevemente para tu Padre Espiritual la historia de tu vocación... le interesará ver en detalle una de las múltiples manifestaciones de mi amor; lo harás así para darme las gracias, mi querida hijita».

¡Jesús!

481. «Todavía no eres bastante buena. Ten más bondad y sé más generosa con tus Hermanas. Cede a sus deseos. Aunque les dices cuanto te sirve para hacer tus labores y las imágenes que te distraen, ¿perderías algo?»

¿Acaso no tienes mi voz? ¿No tienes a tu Esposo? Hay una edad para encontrar satisfacciones en los pequeños trabajos materiales (en ese caso están otras que son más jóvenes que tú), y otra en la que se deben buscar las alegrías en las comunicaciones del Espíritu; entra tú en esta edad y haz dichosas a otras.

Deseo que se sientan muy a gusto todas las que estén en torno tuyo; mucho puedes contribuir a eso...»

¡Jesús!

17 de abril.

482. «Deseo que tu desapego de las cosas materiales sirva para dar a entender que hay otros valores a los que deben dedicarse el propio tiempo, las propias atenciones y el propio afecto.

Hazlo con espíritu de reparación».

¡Jesús!

19 de abril.

483. «Despréndete de tus estampitas, como te lo ha dicho tu Padre Espiritual y verás cómo no te pesa. Yo no te abandonaré. Tengo que hablarte.»

¡Jesús!

20 de abril.

484. «Eres mi querida hijita...
Trabajas para mí y estoy contento de ti...»

485. «Mi Espíritu se difunde dulce e imperceptiblemente, sin ningún ruido ni alboroto. Tiene una dulzura y una fuerza tan irresistibles como el sol...
¿Quién puede oponerse a que el sol invada la tierra?

Y todo lo anima el astro rey. Cuando calláis es cuando mi Espíritu puede actuar: le hacéis lado.»

486. «Aun sin saberlo, en todas y cada una de vosotras existe un orgullo tenaz, arraigado en lo más profundo de vosotras mismas. En vuestras pobres almas se produce una verdadera declaración de guerra, con rompimiento de hostilidades cuando se encuentran dos orgullos opuestos, con las consiguientes ruinas y destrucciones. Eso es lo que te ha sucedido en cuanto al bordado, que debierais haber hecho en equipo, de común acuerdo. Cuando tengas que entenderte con tus Hermanas, ponme a mí entre ellas y tú, pues de otra forma habrá colisión entre orgullos humanos.»

Tú tienes mucho orgullo, bastante más del que se te figura, y te indico como remedio esta oración jaculatoria, que tanto me gusta escuchar: «Jesús,

232

manso y humilde de corazón, haced mi corazón semejante al vuestro».

Díla sin parar desde que te despiertes, para servarte y reparar los errores que tu orgullo hubiere provocado».

487. «Sí, hay más alegría en el dar que en el recibir. Pero, ¿sabes que se siente mayor alegría en dejarse explotar por amor que en recibir? ¿Y más gozo en reparar que en hacer un bien complementario? El alma que repara me hace gustar dos alegrías, porque restablece el orden y cancela, sobre todo, de mi corazón la pena causada por el alma infiel, puesto que, reparando, provoca el arrepentimiento y nada me consuela tanto como un alma que se arrepiente. Se convierte en mi Benjamina...»

488. «Mi querida hijita, no te juzgaré con severidad porque has procurado ser indulgente con las demás. Abstente siempre de juzgar. Solamente yo conozco las intenciones, los errores y los sufrimientos de cada cual...»

21 de abril.

489. «Cuando piensas en una u otra de tus cohermanas, no te sientes inclinada a la generosidad, pero todo cambia si piensas en mí, pues entonces tu pobre corazón rebosa de piedad y de amor.

Sí, yo soy quien hago esto. Conmigo todo se convierte en fortaleza y dulzura empezando por el sufrimiento. Cuantos conocen esta dulzura, comparten conmigo la sed de almas, para comunicársela...»

490. «Sí, una sola palabra mía basta para cambiar

233

todo tu interior; no te extrañes de ello, pero sé más fiel para no perderte ninguna de mis palabras.

Aún no has referido al Padre todo lo que te he dicho que le sometas. ¿Por qué tardas?

Escúchame y escribe. No te ocupes de los bordados, a no ser que te lo pida la Superiora».

¡Jesús!

491. «Ya has entregado tus encajes. ¿Por qué no lo has hecho antes? Te he tenido que estar esperando todo ese tiempo... Ya ves el desorden que ha provocado tu egotismo en las almas, en lugar de haberte mostrado generosa con ellas, que es lo que realmente necesitaban...»

— ¡Dios mío, perdonadme!

¡Jesús!

22 de abril. *Durante la Comunión.*

492. «No te amo por tus buenas cualidades ni por tus virtudes en el caso de que las tuvieses. Si tuvieras alguna virtud, me la deberías a mí; a ti sólo te correspondería el haber recibido mi don...»

No son tus defectos ni tus pecados el motivo de mi amor.

Te amo porque te he dado la vida y te la concedo aún cada día; porque te he redimido en virtud de muchos sufrimientos; porque soy Amor, todo Amor, y no puedo dejar de comunicar a las almas la alegría de amar, el gozo de participar de la plenitud de mi bien.

Deseo que seas en esta casa un elemento invi-

sible de dicha para todas. Si faltas por infidelidad a esto, defraudas mis esperanzas...

Me has desilusionado. Si hubieses estado completamente despegada de tus bordados y de todo lo que te distrae de mí, conforme te lo tengo dicho, habrías tenido la fortaleza precisa para mostrarte más generosa; no se habrían abierto paso entre vosotras los pecados de envidia ni los malentendidos. Ya ves de cuánto eres responsable.

Y no es que te condene por eso, pues esta debilidad tuya la expié en mi Pasión con el fin de obtenerte la fuerza necesaria para reparar.

Sigue sin volver la vista atrás, con toda libertad.

Estoy en el presente. Estoy contigo.

Todo el porvenir está en mí.

Ya sabes lo que espero de ti: *dulzura, fidelidad*».

¡Jesús!

493. «Huye de la compañía de las demás. No eres lo suficientemente fuerte para dominarlas; faltas mucho al silencio. Cuanto más sola estés, tanto más estarás conmigo.

Cuando curáis a algún enfermo, curáis mis miembros pacientes y dolientes.

Hay que tener compasión de los enfermos y presenciar los debidos cuidados».

¡Jesús!

23 de abril. *Antes de la Misa.*

494. «Si, yo soy infinitamente feliz. Gozo dándome en la Comunión, comunicando mi

vida a las almas. Deseo muy ardientemente comunicaros mi vida.

Ya ves que para actuar mejor en vosotras me hago pequeño, muy pequeño, insignificante....

¿Aceptarás hacerme pequeña, muy pequeña en tu vida aparente, una nada sin peso, un suplemento insignificante, para comunicar mejor mi Espíritu a los tuyos?»

— Sí, Dios mío, sí, sí. Con Vos todo resulta fácil. ¡No me abandonéis!

«No te abandonaré jamás».

495. «En Dios no encontrarás ninguna queja del pasado; todo es inmenso en el presente, en que su amor hace desaparecer todo amargor y transforma en gozo el sufrimiento redentor.

Permanece cerca de Dios, y sabrás amar al prójimo...»

¡Jesús!

496. «Cuando te hablan las criaturas se ocupan de ti y yo me alejo. Cuando te dejan, viene el tiempo de mis confidencias».

497. «Cuando vengo por medio de la Santa Comunión traigo conmigo los dones del Espíritu Santo y sus virtudes, todas sus virtudes.

Yo las doy y a vosotras os corresponde asimilarlas, hacerlas parte integrante de vuestra alma poniéndolas en práctica.

Empiezo ofreciéndos mi dulzura, después, cuando al fin os lo he dado todo, mi último don es también el de la dulzura».

¡Jesús!

498. «En el cielo tendréis pleno conocimiento de la divina misericordia; aquí en la tierra tenéis que contemplar sobre todo el misterio de la cruz, porque es llama la obra redentora y tiene necesidad de vuestra generosidad para secundar la acción de mi gracia. Aquí se os hace apelación a la expiación, ¿no la oís?»

¡Jesús!

24 de abril

499. «Si superarais la repercusión que tiene un acto de caridad, desde ahora y para toda la eternidad, no tendríais más ambición que la de obrar conforme a la caridad. Entonces reinaría la paz.

La caridad no sólo procura una alegría momentánea, sino también un mayor conocimiento y un amor superior del Señor.

Todo hay que sacrificarlo a las exigencias de la caridad.

Nunca es lícito sacrificar la caridad por una ventaja, cualquiera que sea su importancia.
Vivir conmigo es vivir con caridad».

¡Jesús!

500. «Sí, sí, en el claustro se cometen muchos pecados que no se permitirían a la gente del mundo.

Pero también sabes que recojo muchísimos actos de virtud de los que nadie se da cuenta y que conozco yo solo.

Se producen muchos, y en todas las casas religiosas...»

¡Jesús!

Rogativas. Procesión por el huerto.

501. «Ya ves qué cosas más bellas hago con minúsculas semillas... porque las abandonás a mi acción, ¿Qué no haría con impulsos de confianza, de fe, de esperanza, de caridad, puestos en manos de mi omnipotencia?...»

502. «Sí, sé la pequeña semilla sembrada aquí en Jerusalén para producir frutos en mi Iglesia, frutos y muchas otras semillas, conforme a mi prodigalidad.

Dejame hacer. Pero que tu obediencia sea perfecta, como la de la semilla abandonada a mi acción. Ya sabes que el grano de trigo tiene que morir para dar su fruto».

¡Jesús!

26 de abril

503. «Con vuestra dulzura será con lo que ganéis almas.

Con vuestra dulzura las atraeréis hacia mí; luego, dejadlas de mi cuenta. *Los mansos poseerán la tierra*».

¡Jesús!

504. «¿Descarías tener el placer de ver triunfar el bien sin haber luchado ni sufrido por su triunfo? ~ Todos mis amigos fueron perseguidos por mi causa. ~ La explicación y las críticas a que te veas sometida será lo más provechoso para tu alma y tu vida interior.

~ No te defendas, déjame defenderte cuando sea necesario».

¡Jesús!

27 de abril

505. «Amada mía, quiero colmarle de alegría. Te daré por alegrías las humillaciones, los desprecios, el olvido por parte de las criaturas. Porque toda contrariedad que te provenga de las criaturas, te hará adentrarte más en mi corazón, que te llama, que te espera...»

~ Si te hieren, yo me encargaré de curar tus heridas.

~ Si sangra tu corazón, yo me encargaré de recoger la sangre; dame toda la sangre de tus venas, sin quedarte con nada, para apagar mi sed.

¡Si tu supieras la sed que paso, después de haber amado tanto a los hombres, la sed que tengo de verme correspondido en el amor, de ser amado hasta la locura de la cruz!»

¡Jesús!

28 de abril

506. «Sí, yo te he consolado en la Comunión.

~ Te hablo sin que me veas; pero soy yo.

Te colmo de continuas gracias, de las cuales apenas te das cuenta, pero de las que, indudablemente te benefician. Estos son mis dones.

~ Mediante la Eucaristía me entrego a ti y entro en tu vida para transformarla — cancelo tus pecados — y reparo sus desórdenes — cambio tu debilidad en fortaleza, te comunico mi vida... Tú no te percatas de

ello, mas, sin embargo, llevas contigo el beneficio. Vosotros, los humanos, cuando hacéis alguna obra bella, deseáis que impresione los sentidos y que se conozca a su autor.

Dios no obra así.

Basta que la obra sea y que difunda sus beneficios efectos, no siendo preciso que se note y se vea. La perfección es el sello característico de la obra que procede de Dios.

Si me amáis y deseáis mi gloria, conservad intacta y perfecta en vosotras la obra de mi gracia...»

¡Jesús!

507. «Mi yugo es suave... Así son también tu santa Regla y tu Reglamento. *La Regla resulta pesada a quien la soporta sin amor y sólo la cumple parcialmente; en cambio, a quien la abraza por entero y con todo su corazón, la santa Regla le da una fuerza pena, no eres tú la que la llevas, sino que ella te lleva a ti.*»

508. «Tú no puedes ofrecerme grandes sufrimientos, sino pequeños sacrificios cotidianos; si los reúnes todos, formarás con ellos un a modo de río. Yo los conozco todos. Ninguna ofrenda pasa inadvertida.»

¡Jesús!

509. «Escribe en estilo cortado. Procura fijar todo lo referente a tu vocación, hasta los detalles más

insignificantes. Deja en cambio lo demás» (1).

¡Jesús!

510. «Si quieres amarme, piensa en mí. Para pensar en mí, quíereme.

Piensa en cuanto sabes de mí: aumentará tu amor, y el amor te dará un conocimiento más profundo y nuevos pensamientos.

El amor es el hogar, el horno; el pensamiento, la chispa.»

—¿Y qué es lo que alimenta el hogar?

«¿No eres tú, por ventura, víctima mía?...»

¡Jesús!

511. «Siempre llevo a cabo lo que decido realizar. Me sirvo de los medios humanos que determinan vuestras libres acciones. En esto consiste vuestro concurso y vuestra responsabilidad.

Vosotras me proporcionáis los medios que facilitan el cumplimiento de mi voluntad, o me procuráis otros medios que se oponen a mi voluntad o retrasan su cumplimiento. Sin embargo, mi voluntad triunfa siempre a través y por encima de todas las contingencias y circunstancias humanas. Tiene su hora.»

¡Jesús!

30 de abril.

512. «Amada mía, también serás tú perseguida y

(1) Estas líneas quedaron escritas el 28 de abril; tres días después, el 1.º de mayo, Sor María empezó a escribir el relato de su conversión y vocación.

criticada. Mi amor te cubrirá como manto impermeable; los dardos de los enemigos no llegarán a tu alma. Tu alma descansa en mí.

Amada mía, mi gozo es protegerte, porque lucharás por mí...

513. «Es preciso que triunfe en las almas y que las vivifique mi Espíritu. A ello contribuirás en la medida que me permitas triunfar en ti».

¡Jesús!

514. «Escribe rápidamente sin pérdida de tiempo y sin retrasarte, la historia de tu vocación; tengo otros mensajes más importantes que comunicarte después».

¡Jesús!

1 de mayo.

515. «Ya estás libre de los bordados. Descos que en adelante reserves para mí todo el tiempo que tengas libre».

¡Jesús!

516. «No pido a mis religiosas una organización perfecta de su casa, eso es una añadidura que se concede a los que buscan primeramente el Reino de Dios.

Amada hija, lo que les pido es que practiquen y transmitan las virtudes que yo practiqué y enseñé. Eso es lo que espero de vosotras...»

¡Jesús!

2 de mayo. Santa Comunión.

517. «No pienses en las dificultades de la casa. Sólo hay una realidad y es que te amo. Tú eres para mí».

¡Jesús!

518. «¿Cómo podéis obtener frutos de la Comunión eucarística, si durante el día no comulgáis con la aportación de vuestros mutuos defectos ni con la caridad fraterna?»

¡Jesús!

519. «¿No sois vosotras algo responsables de que se produzcan defecciones en vuestra comunidad? Todas podéis decir en cada defección: alguna culpa me cabe a mí.

La superiora es la más directamente responsable, pero si todas vosotras fueseis más santas, vuestra santidad actuaría sobre ella y le ayudaría a estar a la altura de su cargo.

Amada hija mía, ¿sabes que tienes tu parte de responsabilidad en la suerte de tus Hermanas?»

520. «De igual forma que te he ayudado en lo de la toalla — ya has visto lo bonita que ha quedado y cuanto ha gustado — también me encargaré de resolver las dificultades de la casa. S...»

¡Jesús!

3 de mayo.

521. «En las dificultades busca sólo mi ayuda. Pide

obtener sin tardanza los frutos de la prueba para que ésta cese.

Yo soy la fuente. Ven a la fuente. Es inagotable. ¿Cómo?

Por el silencio. Guarda silencio en torno a ti y en ti. Abandona tus deseos. Toma mis deseos y mis sentimientos, y entonces vendrá a visitarte mi alegría hasta en las más negras profundidades. Entonces verás el Reino de Dios en ti y en torno tuyo, y todo lo demás se te dará por añadidura....»

¡Jesús!

522. «Yo soy la fuente: ven a beber en ella.

Momento por momento te iré dando cuanto te sea necesario: fortaleza, alegría, ánimo, dulzura, paciencia, caridad, discreción... Momento por momento. Pero ven... yo soy tu vida.

Tengo necesidad de generosidad que repare las infidelidades de los míos.

Necesito que se me ofrezcan sacrificios de caridad oculta, que reparen el egoísmo destructor.

Quiero actos de valor, de obediencia humilde y verdadera, que reparen las mentiras, las sublevaciones, los errores del orgullo...

Responde a mi deseo. Sé mi fiel proveedora. ¿Quieres? *Deseo encontrarte siempre con las manos vacías, tendidas hacia mí, pero con el alma llena de ofrendas.*

Ten siempre algún sufrimiento que ofrecerme. ¿Quieres?»

— Señor mío Jesús, sí, sí, sí.

¡Jesús!

523. «Cuando hables, procura emplear menos palabras. Lo mismo has de hacer cuando escribas.

Mi amor no te libra de la cruz, pero la amarás cada vez más.

¿Quién puede amarme sin procurar imitarme?

Me hice imitable en la vida humana, he perpetuado mi acción en la vida eucarística y he hecho imitable mi manera de actuar...

Rezar, escucharme, soportar pacientemente todo sufrimiento, callar para dejar paso libre a la caridad... Hija mía, es muy fácil vivir conforme a mi Espíritu.

524. «Estamos solos, cara a cara.

Pronto te pondrá la muerte en mi presencia, cara a cara».

— ¿Qué será de mí, Señor mío, si no soy más que pecador?

«Te espera mi corazón.

Entonces comprenderás — se abrirán tus ojos — pero ya no podrás hablar».

— Señor mío Jesús, entonces será cuando empiece a hacer bien en la tierra porque seréis Vos quien me mande.

¡Jesús!

4 de mayo. *Santa Comunión.*

525. «Si supieras la necesidad que tengo de encontrar almas que me amen, que empleen la jornada en prepararse a recibirme. ¡Si lo supieras! Prepararías mejor tu alma».

526. «Vuestras obras me acomodan en la medida que expresan vuestro amor.

Si las hacéis por el placer de utilizar vuestras facultades y realizar algo bueno, así como por una satisfacción personal, no haréis nada malo, pero en tal caso ¿qué ofreceréis a vuestro Dios?

Vuestras obras me acomodan en la medida que os enseñan a conoceros y dominaros. Efectivamente, ¿a qué venís al claustro sino para efectuar un trabajo interior que os haga dueñas de vuestra propia alma, de forma que me podáis hacer donación de ella?»

— 527. «Si vieses mi desilusión ante las vidas religiosas que se hunden en el egoísmo, te morirías.

— Os doy cuanto necesitáis sobreabundantemente, pero despilfarráis mis dones.

— Con las ilusiones se apodera de vosotras el egoísmo, sin que os deis cuenta. *Las ilusiones son fruto del orgullo.*

La humildad no está en las palabras, en las actitudes o en los hechos. Consiste esencialmente en encarnarse con las más ocultas intenciones, con el suficiente valor para reconocer si son egoístas y en caso afirmativo, pedirme que las purifique».

528. «Fui traicionado por uno de los míos. Esto se repite. Me traicionan los míos y me crucifican en las almas sobre las que quiero actuar...

Las demás almas no saben lo que se hacen, no me reconocen.

Pero resulta sumamente doloroso que vosotras las que me conocéis, recibís mis dones y gozáis de mi confianza, vayáis en contra de mis deseos».

— ¿Qué puedo hacer, Señor mío Jesús? Quisiera tener mil vidas para consagráros las todas y rehacer todo lo malo que haya podido hacer.

— «Sé fiel. Los visitadores dicen que una buena cosecha resarce de diez malas. Lo mismo ocurre en mi vida».

— La perfecta fidelidad de una sola alma repara por muchas. No es la cantidad sino la calidad de vuestro don lo que me honra.

— Cumple fielmente tu Regla y cuanto te manden las Superiores y tu Padre Espiritual; con eso basta. Es cuanto espero de ti».

¡Jesús!

529. «El mayor y mejor don que podéis ofrecerme es recibirme.

Tienes que querer a tus Hermanas con todo tu corazón y espontaneidad y no mediante un previo acuerdo de tu voluntad.

Quiérelas como me quieres a mí, porque en ellas me quieres a mí. Quiérelas porque tienen necesidad de tu cariño para ser mejores, de igual modo que tú necesitas que se te quiera para ser mejor. El ser que se siente amado es capaz de cualquier generosidad.

— Ama a tus Hermanas porque ése es mi mandamiento».

¡Jesús!

— 530. «Amada hijita, si te ocurriese de tener una Superiora algo severa y dura respecto a las exigencias de la naturaleza, deberás alegrarte y hasta darme las gracias.

En el claustro se precisa una extremada vigilancia

para resistir a las tentaciones naturales del egoísmo y tenéis necesidad de ser ayudadas.

Las Clarisas no sólo necesitan ser fieles sin cesar a su Regla para alcanzar la perfección, sino con frecuencia hasta para salvarse».

¡Jesús!

531. «La religiosa más pobre, la más despojada por amor, la que no tiene nada que dar, es la que da más a la comunidad, porque vive más conforme a su Regla y está más cerca de mí».

¡Jesús!

6 de mayo

532. «No querrás creerme, pero el único medio para mejorar la sociedad es el ejemplo».

533. «Sí, deseo un ejército de víctimas esparcidas por doquier, porque por todas partes está el mal mezclado con el bien, tanto en los organismos estatales como en las comunidades religiosas, en las familias y en las almas individuales. Deseo que quienes me aman, se ofrezcan como víctimas para reparar en donde se hallen, venciendo el mal con el bien.

Quiero que se dediquen a reparar imitando lo que hago en mi vida eucarística:

mediante el silencio;

ofrendándose en toda oportunidad un acto opuesto al mal que vean;

no exigiendo nada de los demás, sino de sí mismas;

obteniendo de Dios el triunfo de la verdad».

— Eso cuesta, Señor mío Jesús. ¿Y para qué si-

ve? Para anonadarse. Es más fácil soportar enfermedades, pasar por sufrimientos impuestos por otros que entregarse de continuo a actos de reparación.

«Mi amada hija, pues eso es lo que deseo... Si lo haces, me consolarás...»

534. «Ves todo este desorden en la casa esta mañana porque no has creído en mi palabra. No hay más que un remedio: reparar. La fidelidad y el equilibrio volverán atraídos por la caridad».

535. «Con frecuencia hiciste sufrir a otros durante tu vida de seglar — a tu padre, por ejemplo — con palabras imprudentes. No lo olvides. Sólo ahora empiezas a entender el silencio. Debes, pues, sentir gran compasión por las imprudencias de quienes aún no saben lo que a ti te ha costado tanto tiempo aprender».

536. «Deja que por cierto tiempo triunfe en apariencia el espíritu de ambición.

Ello te ofrecerá la ocasión de practicar la dulzura y la paciencia. Actuaré cuando llegue la hora. Nadie podrá oponerse a la ejecución de mi voluntad».

537. «Sí, te ha faltado la caridad fraterna que revela la prudencia. Eso se te ha perdonado. No vuelvas a hacerlo».

¡Jesús!

538. «Querida hija mía, ama a tus Hermanas, pero guárdate de las amistades particulares. Debe bastarte a este respecto el Esposo de tu alma.

Ama a tus Superiores con espíritu de fe; me esperarás a mí todo lo unida que estés a ellas.

¶ Pero guárdate de las amistades particulares. *Cuando el espíritu de las tinieblas no logra haceros comer el mal, procura paralizar vuestra acción mediante la dependencia afectiva de una criatura.* Con eso se logra que se tengan consejos según su sutil espíritu y no con arreglo a las exigencias de la verdad».

¡Jesús!

539. «Pocos son los sufrimientos que os envío para purificaros. Casi todos los que padecéis se deben a vuestra ceguedad.

Pedid luz unas para otras...»

¡Jesús!

8 de mayo. *Comunión.*

540. Señor mío, si para todo lo que deseáis, con vuestra divina ayuda,
con toda mi voluntad,
con toda mi iniciativa,
con toda mi alma,
desde ahora.

541. «Hay que luchar contra las tendencias de la naturaleza. La religiosa que sólo busca su bienestar, no resistirá al espíritu de crítica.

El espíritu de crítica causa en una comunidad el mismo mal que un cáncer en el cuerpo de un enfermo: absorbe toda su vida, sus partes van desapareciendo unas tras otras».

¡Jesús!

9 de mayo.

542. «Lucha por mí, yo triunfaré.

Préstame tu humanidad para luchar paso a paso contra el mal».

543. «Deseo que cada una de tus jornadas sea imagen de cuanto te digo.

Así deseo hablar a través tuyos».

544. Señor mío Jesús, bendito seáis si deseáis que os glorifique de ese modo.

Bendito seáis también si deseáis que os glorifique de otro modo.

Sólo deseo cumplir vuestra santa voluntad.

545. — Mi vida ha sido... (1) no he hecho ningún bien, y he pecado. Pero ahora noto, sé, Dios mío, que llevaréis a la práctica, mucho más allá de lo que yo pudiera imaginar, mis inmensos deseos de unión entre todas las almas de buena voluntad, para vuestra mayor gloria.

Intercederé hasta el fin del mundo. Vos actuéis.

Heme dispuesta, en espera de vuestra llamada, alerta como un cruzado vuestro.

Santa Comunión.

546. — Os pido el martirio, Dios mío. Mi vida no os reporta nada — permitidme morir por vos en la obediencia.

¡Jesús!

547. «Deseo que entregues tus apuntes al Padre Espiritual sin quitar nada de ellos. Nunca te mostrarás demasiado tal como eres en lo más profundo de

(1) Palabra ilegible.

ti, de forma que pueda corregir tus deformaciones y curarte de tus pecados. Después podrá quemarlos, pero mis palabras permanecerán; las que yo deseo que permanezcan. Ya me ocuparé yo de eso».

¡Jesús!

548. «Si quieres hacer algo por mí, tienes que hacer algo más de lo normal; tienes que llegar a la locura de la humillación y de la cruz, sí.

El amor que no exagera no es verdadero amor, es sólo afecto».

¡Jesús!

549. «No me amas cuando todo va bien, sino cuando todo va mal y sin embargo permanece tu alma unida a mí, ocupada tranquilamente en edificar el espíritu del buen acuerdo».

¡Jesús!

10 de mayo

550. «Despójate, mi amada hija, de todas tus cosas. Hay un tiempo señalado para ofrecerme las obras de la tierra, los trabajos de las manos y del espíritu. Hay un determinado tiempo para ofrecerme las obras del cielo.

Piensa en el cielo, te lo ruego».

¡Jesús!

11 de mayo

551. «Amada mía, tú eres toda para mí, toda para mí.

También yo soy todo para tí.

— ¡Dios mío, Dios mío! Ya lo sabéis Vos!
La conversión de los míos.

También para ellos vuestro amor, vuestra gracia y vuestros Sacramentos...

Yo, Señor mío, tan sólo quiero que se cumplan vuestros deseos, pero *todos* vuestros deseos.

¡Jesús!

12 de mayo.

552. «La verdad es que para ser dichosos hay que dar. Tú sabes que cada vez que das, resuena dentro de ti mi alegría. Cada vez que das algo, es como si te acercases más a mí».

— ¿Y cuando no tenga nada que dar?

«Te desprenderás de tus cosas, de todo con mayor ardimiento.

La materia cansa al espíritu, —ya sabes cómo la dominé; — si no corrompe al corazón, siempre puede debilitar sus nobles impulsos.

Cuando no te quede otra cosa que ofrecerme, me darás tu sufrimiento. Darás la riqueza que te confié».

¡Jesús!

553. «Muchas son las almas que se consagran a mi servicio; pero pocas las que viven mi vida. La mayor parte de ellas viven su vida trabajando por mí. No es así como glorifiqué a mi Padre, *no* es así como me glorificaréis.

Piensa en los sacrificios que exige el amor humano; la esposa ha de satisfacer los gustos de su marido.

se hace a sus costumbres, adopta sus modales y hasta se identifica con su manera de pensar... Los hijos se parecen a sus padres... ¿Podría el amor divino permanecer por debajo de este grado?»

¡Jesús!

554. «Cuando eras novicia o postulante, ¿qué no habrías soportado y qué generosidad no habrías descubierto en ti para conseguir ser aceptada y responder a mi llamada?»

Ahora que estás aceptada, ¿por qué no tienes la misma generosidad? ¿Por qué no haces gala de ella para conseguir que me acepten los míos y que se difunda y reine mi Espíritu por doquier?

Estás a merced del poder de Dios, como las hojas secas que el viento lleva.

Y, sin embargo, me he hecho:

dependiente vuestro, a pesar de ser vuestro Dios, dependiente para estar en vuestros altares con Presencia real,

dependiente para daros mi vida mediante la Comunión,

dependiente para daros mi gracia mediante los Sacramentos,

dependiente para entrar en vuestro corazón y reinar en él...

¿Lo comprendes?»

555. «Dadme vuestro corazón, ese corazón que ignoran y desconocen las criaturas; es para mí más que un universo, puesto que os amo.

Eso es todo lo que os pido.

Si me lo dais, haré de él mi reino».

¡Jesús!

556. «Me preguntas que por qué te he mandado escribir el relato de tu pobre vocación: poco debe importarte el motivo. Me gusta que lo hagas. Terminalo pronto, dalo a tu Padre Espiritual y luego ya no pienses más en eso. Lo pasado ya no debe interesarte».

557. «Cuando me ofreces tu vida, no creas que me ofreces mucho... Es una cosa humana.

Ofreceme la misericordia que tengo para contigo, mi paciencia, mi amor, mis deseos. Eso es lo que mi Padre mira en ti, y El siempre atiende mis ruegos».

¡Jesús!

558. *Después de la lectura de la vida de Sta. Teresa del Niño Jesús:*

«¿Descarías sufrir menos?»

— Dios mío, ya conocéis mi deseo de expiar, de reparar, de amaros y de glorificaros mediante el sufrimiento...

Vos calláis, Dios mío, pero presumo en vuestro silencio, que lo aceptáis y escucharéis...

Ascensión del Señor

559. «Para seguirme, amada hija, tienes que comprender lo que reclamo.

Son muchos los que se agotan con esfuerzos y actos generosos que abatan y dejan empobrecida su alma porque tienden a un ideal de virtud y de san-

idad que yo nunca les he pedido. Serán recompensados por su pureza de intención y por su generosidad, pero sus esfuerzos no producirán jamás los frutos que habrían producido de estar unidos a mi voluntad.

*Yo sólo soy quien da vida a los seres y a las obras.
Yo soy la vida y vosotros los sarmientos.*

Para comprender lo que exijo, hay que someter el propio parecer y los propios deseos a las personas a las que les doy la gracia de poder ilustrar vuestra alma.

Yo me atuve siempre a la voluntad de mi Padre.

560. «Nada eres tú, mi amada hija. Ni siquiera un grano de polvo. Nada. Pero tu alma es inmortal por que vivo en ella. Deseo vivir más intensamente en ti. Quiero verte en todo momento vacía del pasado, libre de preocupaciones para el porvenir, libre del cuidado de las criaturas, a fin de que te invada por completo mi presencia y acojas mi gracia en todos y cada uno de los instantes que transcurren.

Permanece fija en mí, como la aguja imantada cuando señala el norte. Las criaturas que te han traído a mí, ya no existen para ti, puesto que ya me has encontrado. Existen en mí. Tu reconocimiento lo demostrarás siguiéndome fielmente.

No te hablaré mucho de ti porque no tienes ninguna importancia, sólo tienes que mantenerte en mi total dependencia, en mi amor, para escucharme con todo tu ser. ¡Escúchame y viviré en ti!»

¡Jesús!

561. «Te extrañas de que con frecuencia, un esfuerzo que parecía imposible de hacerse, en vez de

agotar, fortalece». Eso no es extraño, sino justo. Yo nunca me dejo vencer en generosidad.

De igual modo que os adiestráis para ascender y perfeccionaros en las profesiones, también podéis adiestraros en la generosidad y en el servicio de Dios. Muchas almas se privan de gran número de gracias porque rehusan hacer unos esfuerzos que les parecen imposibles y que sólo se dejan a la generosidad de su iniciativa. Permanecen en la mediocridad por que ignoran las reservas de energía y de amor ocultas en su alma. Como quiera que no usufructúan todas sus posibilidades, ignoran la ayuda que puedo prestarles. El sufrimiento, amada hija mía, es el privilegio de vuestra vida en la tierra. ¿No notas que cuando sufres estoy más cerca de ti? ¡Ah, si pudieseis comprender!»

562. «Cuando quiero tener a un alma más cerca de mí, le pido sacrificios, que es la señal de mi predilección».

563. «El sol es el que da a la tierra su belleza y la anima.

También es mi gracia la que da a las almas su belleza y las vivifica.

Mi omnipotencia no tiene más límites que vuestro libre albedrío.

Sabido es que con el carbón hago diamantes.

¿Qué no haré con un alma, por negra que sea, que se me entregue?»

564. «El alma que se arrepiente de su pecado me proporciona una prueba de amor más grande que la que ha evitado cometerlo. La que lo ha evitado, me

da una prueba pasajera en un instante de la solidez de su amor; pero la que se arrepiente y repara, me ofrece numerosas y repetidas pruebas. Me resulta tan grata, que la uno a mí. El alma que ha evitado el pecado ya estaba unida a mí».

—Mi buen Jesús, ¿cómo pueden, pues, probaros su amor las almas que tienen pocas ocasiones de arrepentirse?

«Tienen otros medios. Yo glorifiqué a mi Padre con la obediencia, mi Pasión y el sufrimiento. No hay medio mejor».

565. «Mi alegría no es ruidosa. Es como un incendio interior; nada puede apagarla, fuera del pecado.

Cuando quede destruida la casita en que tu alma está aprisionada, quedará libre.

Mi alegría es como un fuego interior y lo alimentará tu fidelidad».

566. «Tú no podrías resistir mi vista; por eso me oculto en formas que puedes mirar: en las figuras de quienes están en torno tuyo, en la apariencias del deber, de las penas y alegrías, yo siempre estoy oculto en la cruz».

¡Jesús!

567. «Entrega al Padre Espiritual el relato de tu vocación y no pienses más en él. Sí, es el relato de tus debilidades y de mi misericordia».

568. «Los que no me aman, no me aman porque no me conocen. También me amaréis más todas vosotras si me conocieseis mejor».

¡Jesús!

569. — Mi buen Jesús, ¿por qué hay tan poca caridad en los claustrros?

«Hay poca caridad sensible porque pensáis demasiado en vosotras mismas y no lo suficiente en Dios y en el cielo.

Cultiváis poco la virtud de la Esperanza.

Y esta virtud no es facultativa ni suplementaria. Os la exijo. La Esperanza todo lo vuelve alegre. Es mi mensajera que abre la puerta e introduce mis gracias.

¿No notas, amada hija, que dice siempre la verdad? La Esperanza sólo se da y comunica su alegría — la mía — a las almas sinceras.

Si me amas, acoge y comunica la Esperanza».

¡Jesús!

570. «Ven a los Maitines cuatro veces seguidas, yo te daré fuerzas» (1).

571. «Mi querida hija, no trates nunca, no procures jamás vengarte o defenderte, por poco que sea. ¿No te has enterado por la historia de mis mártires, que más de una vez, las llamas destinadas a consumirlos, se dirigieron contra los verdugos? Así sucede aún con frecuencia a los que atacan a los míos si los que me pertenecéis os mostráis tranquilos».

(1) Debido a su precario estado de salud, se había dispensado a la Hermana de asistir al coro por de noche algunas veces a la semana.

¡Jesús!

572. «Cuando dejas de hacer voluntariamente alguna pequeña mortificación, te privas de fuerza y de un grado en el conocimiento de mi amor.

El amor es lo que da fortaleza a las personas. Cuando veas que alguna Hermana lleva mala marcha, quíerela aún más; eso le sucede porque no se siente bastante amada. Procura hacerle ver algo de mi amor... Vuestro pobre corazón es exigente. Yo me doy a vosotras mediante medios puramente humanos.

¿Por qué me buscáis tan lejos?

Tenéis que daros a mí utilizando sencillos medios humanos. Los que me conocéis, me hacéis a mí cuanto hacéis a los demás».

¡Jesús!

573. «Cuando el demonio quiere perjudicar a una comunidad emplea dos poderosos medios: las ilusiones y los malentendidos.

Las ilusiones introducen la mentira.

Los malentendidos son pequeños cómplices que se unen entre sí para ponerme a mí en la calle.

Yo os preservo de las ilusiones si sometéis vuestro pensamiento y vuestros deseos a quienes os doy por guía de vuestra alma.

La sencillez y la sinceridad son suficientes para destruir los peores malentendidos».

574. «Cuando un alma corre peligro de los que no se da cuenta, la cubro con un manto para preservarla de la malicia de algunos: ese manto es la sencillez».

¡Jesús!

18 de mayo. En el huerto.

575. «Aquí, en estos lugares sufrí y pasé mi Pasión. Aquí fue donde fui objeto de burlas y de escarnio por parte de todos. Me vi vilipendiado, bafado, traicionado, cubierto de ultrajes e ignominias, aquí di toda mi sangre... yo, vuestro Dios, el Hijo de Dios. ¿Comprendéis lo que debéis hacer si me amáis? ¿Entendéis qué quiere decir *seguirme*?»

— ¿Por qué dejáis, Señor mío, que los elementos malos perjudiquen los esfuerzos de los buenos?

«El mal causado por el enemigo, servirá también para glorificar a Dios. Pero el mal no es eterno: yo vencí al mundo. Su acción favorece las condiciones en las cuales debe perseguirse el *verdadero bien*, oculto, en profundidad...»

— *Señor*, no parecer. El mal destruye de por sí sus propias obras. El bien permanecerá para siempre en mi Reino».

576. «Tú eres mi pequeña esposa y haré tu vida más conforme a la mía.

Yo siempre cumplí la voluntad de mi Padre. Haz tú lo que te pido.

Yo estaba indisoluble y constantemente unido a mi Padre, y nadie lo comprendía. Tú no estás lo suficientemente unida a mí. Pero lo estarás más. Sin embargo estás unida a mí en todo instante — cosa que nadie lo sabe, conforme lo deseo —, bastando con que tus hermanas entrevean mi benevolencia a tu través...».

577. «El amor reviste a los que ama con una belleza que realmente les comunica. Ve los defectos, pe-

ro no se detiene en ellos; vence el mal con el bien: corrige los defectos con los generosos impulsos de la voluntad que persigue el bien.

El amor no ama a causa de la perfección; brilla y triunfa del egoísmo sin más razón que mi presencia en vosotras.

— En el claustro debéis amaros las unas a las otras sin pensar en vuestros defectos, revisándoos unas a otras con la belleza que os doy, a fin de que me encuentre obedecido entre vosotras».

¡Jesús!

578. «¿Cómo podrías tener mi bendición si no recibieses la de la Superiora?»

579. «Así es. Habéis sido creadas para Dios y cuanto os dan las criaturas no puede satisfaceros. Muchas veces os irrita y hiere todo lo que hay en vosotras de humano.

La mayor caridad para con el prójimo es vivir en el silencio del claustro y con la destrucción de vuestra naturaleza, dejándome actuar a través de vosotras. Entonces es cuando estáis unidas a mi acción, formando vosotras y yo una sola cosa. — Yo no hie-ro a las almas al aproximármelas.

¿Lo comprendes, amada hija?»

¡Jesús!

580. «¿Sabes por qué debéis haceros como niños? Los niños pequeños no son capaces de ser calculadores y obrar con segundos fines; creen cuanto sus padres les dicen.

Hazte mi niña pequeñita».

581. «En vuestro corazón es donde tenéis que vencer el mal con el bien.

Es lo primero que os pido. Ya sé que resulta difícil; pero eso me honra, da gloria al Padre. Dios es espíritu y con el espíritu hay que adorarlo.

Lo segundo que os pido es que ayudéis a vuestro prójimo en ese trabajo interior».

— ¿Qué ha de hacerse para ayudarle, Señor mío Jesús?

— «Silencio, dominio de la naturaleza, ejemplo, difusión de la alegría.»

El buen Espíritu, el Espíritu Santo es como un soplo de alegría que todo lo invade a su paso. Así como la rosa comunica su fragancia, también el Espíritu Santo comunica la alegría por propia virtud. Preparadle el camino.

Es ingenioso, os sugiere ideas siempre nuevas y fecundas para ganar las almas vacilantes y atraerlas fuertemente hacia sí. Escuchadlo.

Es poderoso; vigoriza a los que anima. Los que son fuertes deben sostener y llevar como en brazos a los más débiles».

¡Jesús!

582. «Hay tantos malentendidos y tantas incompreensiones entre las almas de buena voluntad porque os formáis una idea demasiado limitada y mezquina de Dios. Las divinas perfecciones no se excluyen las unas a las otras.

¿Por qué queréis aprisionar a Dios y cuanto os pide en vuestro propio ideal, que cambia con el mu-

dar de los lugares y de los tiempos? Cuanto la Iglesia os dice de Dios debe bastar para disipar todos los malentendidos habidos y por haber. ¿Por qué no os conformáis con lo que os dice la Iglesia? «*Quien no está en contra de mí, está conmigo*» (1).

Dios es vida. Dondequiera que hay vida manifiesta algo de su poder, de su bondad y de su magnificencia.

En la casa de mi Padre hay muchas moradas».

¡Jesús!

583. «¿Puede tenerse por sólida vuestra unión cuando todo marcha bien y gozáis de paz?

Cuando, en cambio, estáis unidas, a pesar de las dificultades y de las asperezas de carácter, por encima de las antipatías y de los sufrimientos, entonces vuestra unión es como una poderosa y robusta planta que da gloria a Dios. Sus raíces se profundizan

(1) Estas palabras nos recuerdan dos pasajes del Evangelio: *Qui non est mecum contra me est*: El que no está conmigo está contra mí (Mt. 12, 30); y el otro de San Marcos 9, 39, en el cual viendo Jesús a Juan, que le decía que por haber visto a uno que echaba los demonios en nombre del Salvador, sin estar con ellos, es decir, sin ser discípulo suyo, se lo habían prohibido, les hizo la siguiente advertencia: *Notite prohibere eum; nemo loquitur de me. Qui enim non est adversum vos, pro vobis est*. No se lo prohibáis, pues ninguno que haga un milagro en mi nombre hablará luego mal de mí. El que no está contra vosotros, está con vosotros. — El sentido general de la frase emitida por Sor María es una recomendación para una mayor libertad y caridad de espíritu por parte de los católicos, una adhesión completa y sincera a las iniciativas de la Iglesia por las que abre sus brazos a naciones e individuos que, si no le son abiertamente hostiles, no parecen dignos, a primera vista, de sus amorosas atenciones.

en tierra oscura a través de las rocas que se oponían a su desarrollo. Y resistirá todas las tempestades. También vosotras debéis fortaleceros recíprocamente y mirar al cielo».

¡Jesús!

584. «Delicado y frágil es el amor humano. Pero exige mucho respeto. Hay que recibirlo y obedecer sus aspiraciones. Desaparece si se le pretende dominar, agotar sus riquezas y disponer de él al capricho. Porque es mayor que vosotras.

El amor divino es mucho más delicado y grande que el humano. Requiere mayor respeto, hay que recibirlo y seguir igualmente sus inspiraciones.

Si alguna nubecilla se interpone entre vosotras y vuestras hermanas, proyecta su sombra sobre el amor divino.

El amor divino desaparece cuando en vuestra alma se abre paso la mentira.»

Pero podéis preservarlo de todo mal y agrandarlo dentro de vosotras mediante los Sacramentos, porque el amor divino es *vida* y no permanece estacionario.

Renunciad a cuanto tenéis para conocer el divino amor».

585. «Cuando tu Superiora te manda algo, te apresuras a obedecerla. ¿Por qué tengo yo que repetirte varias veces los mismos deseos?

Entrega esta misma semana tus notas al Padre, tal como están debiéndote importar poco si están mal escritas. Yo te proporcionaré la ocasión oportuna».

¡Jesús!

586. «Cuando en un alma se manifiesta sensiblemente el amor es preciso establecer una extremada vigilancia hasta en las cosas más pequeñas para que no cese esa manifestación.

El amor divino sólo vive y se expresa en los corazones puros. Es fácil, mi querida hija, tener un corazón puro, pues para ello es suficiente reconocer el hecho de haber cometido algún pecado o haber tenido alguna mala intención (1).

Yo os he redimido de todos los pecados.

— No son los pecados los que perjudican vuestra pureza, sino el orgullo, que con frecuencia se niega a reconocerlos.

Cuando un alma reconoce que ha pecado, se hace capaz de una gran pureza.

El mayor obstáculo que se interpone entre muchas almas de buena voluntad y yo es que no ven que me hieren y que me desilusionan con frecuencia, están ciegas y no piden la luz. En tales condiciones mi gracia sólo puede actuar débilmente porque esas almas no se cuidan de mí. Se les figura que yo estoy muy lejos... Se me busca lejos... a mí que siempre estoy tan cerca.

Os resulta imposible conocer el valor y la virtud de los demás y nunca guardaréis demasiado respeto a las almas porque todas las he rescatado con el precio de mi Sangre».

(1) La contrición perfecta purifica al alma del pecado mortal aun antes de la confesión. Sin embargo luego debe ser formalmente confesado dicho pecado.

¡Jesús!

587. «¿Qué os falta? Tenéis todo lo necesario para ser felices. Deberíais elevar sin cesar el cántico interior de loa a Dios uniéndolo a las alabanzas de todas las criaturas.

No tengáis miedo de cantarme canciones, las escuchó y acojo, y me gustan por infantiles que sean».

588. «Mi amada hija, tu pensamiento es el timón de tu barquichuela.

Guío tu embarcación con el empuje de los vientos y el movimiento de las olas; pero también debes guiarla tú y lo conseguirás hacer acertadamente si tu timón sigue mis impulsos.

— Procura tener fijo en mí tu pensamiento. Buscar en el claustro el apoyo y los consuelos de las criaturas, significa correr el riesgo de perder el propio camino, porque cuando contáis con apoyo y consuelos naturales, os veis privadas de los míos y se desvía vuestra vocación, que os hacía capaces de conocimientos sobrenaturales».

¡Jesús!

589. «Sí, te hablo yo.

Como prueba, tendrás la fortaleza que te dé para soportar con paciencia y con amor los sufrimientos que te sobrevengán».

¡Jesús!

590. «Mis palabras son pocas y breves cuando de producir algún cambio en las almas se trata, o cuando ha de hacerse una elección y tomar una decisión irrevocable».

portante: los novios emplean pocas palabras para intercambiarse sus promesas; pero, luego, de casados, tienen largas confidencias para tratar sobre los asuntos de su común empresa familiar».

¡Jesús!

591. «Si esta noche suscituyes en los Maitines a las que están resfriadas, te preservaré de la gripe».

592. «La mayor prueba de amor que podéis darme es creer en mí.

La mayor prueba de amor para vuestro prójimo - es darle buen ejemplo, os cuesto lo que os costare. Es un modo de *dar la propia vida por los amigos*».

¡Jesús!

23 de mayo

593. «Si haces lo que te digo, todo lo que te digo, también te haré yo lo que te he prometido. Si no eres fiel conmigo, ¿cómo puedes pretender la recompensa?»

594. «Mi acción es infinita, se extiende a todas partes, todo lo penetra, doquiera hay algo de mí.

Si no la destruis oponiéndole la vuestra, si utilizáis todos mis dones, vuestra vida alcanzará rápidamente su plenitud.

¿Por qué quieres quemar el relato de tu vocación? ¿Qué te va en ello? Habiéndolo escrito por mí, ¿qué más te da si aburre o no su lectura a tu Padre Espiritual?»

¡Jesús!

Pentecostés.

595. «Estoy allí y no digo nada, pero por eso se dirigen hacia mí todas las almas, basta ser.

Compréndelo de una vez, amada hija: basta ser fiel a tu Regla para que todo vaya mejor en la casa; basta que seas fiel a cuanto te tengo dicho, eso es lo suficiente.

Lo demás yo me encargaré de hacerlo».

596. «Es preciso que se irradie tu alegría, sin malgastarla. Todo lo que proviene de Dios hay que reservarlo ante todo para El y usar de ello con generosidad y respeto por ser cosa sagrada.

No es de tu incumbencia prevenir a las Hermanas, pero cuando vengan a ti, acógelas siempre con caridad».

597. «Mi amada hija, no dejes nunca de alegrarte y darme gracias en reparación de las muchas ocasiones que has dejado pasar sin hacerlo o que has enristecido al Espíritu Santo.

No dejes pasar ninguna oportunidad para alegrar a tus Hermanas o hacerles algún favor sin faltar en nada a la Regla, y mi regocijo permanecerá en ti».

¡Jesús!

598. «Ahora debéis vivir de fe: creer que estoy en el Sacramento, bajo las humildes especies. Tenéis que creer sin pruebas. Debéis creer sin pruebas que vuestros sacrificios, oraciones y todos vuestros sufrimientos los aprovecho para salvar almas.

Debes creer que te hablo aunque no oigas mi voz.

Pronto veréis en mi cara a cara toda la realidad en la visión del cielo.

Entonces te apenará no haber amado mejor, con más amor y mayor audacia, los sufrimientos de la tierra».

599. «Deseo que cuando mueras se pueda decir de ti: *«Era una santa; todo lo hizo muy bien»*. Te pido la perfección en la vida común, la santidad. Nada más que eso. En esa empresa tendrás algo más que mi ayuda, obraré yo mismo en ti. Lo deseo de ti y de todas y cada una de tus Hermanas».

600. «Para que un holocausto sea completo, se necesita la destrucción de la víctima».

601. «Mi querida hija, las religiosas que no pueden soportar el calor estando más tiempo conmigo, no me aman mucho.

Mis Santos se revelan en la prueba de la soportación de vuestras humanas flaquezas. No los tengo que reconocer en grandes cosas sino en ciertos detalles muy significativos en cuanto al amor que me profesan».

602. «Dos potencias se reparten el mundo: la verdad y la mentira.

La verdad siempre sale triunfante y para la eternidad.

La mentira triunfa con frecuencia aparentemente porque os prestáis a ella; pero sólo es por poco tiempo.

La verdad vale más que vuestra propia vida y merece que le sacrificuéis hasta vuestra existencia».

¡Jesús!

603. «Sí, hay ciertas peticiones que hay que firmarlas con sangre. ¿Cómo no voy a escucharlas?»

604. «Cuando tu alma está en paz piensas que estoy contento de ti, cuando se ve perturbada por profundas tempestades, no crees que esté contento de ti, no lo notas, pero es precisamente en esos momentos cuando acudo en tu ayuda y te tengo más cerca de mí».

605. «No lo hará todo la oración para hacer volver a los herejes a la Iglesia. La oración carecerá de valor si no os sirve para rectificar en cada una de vosotras todo lo que los herejes pueden reprochar, con razón, a mi Iglesia».

— Señor mío Jesús, ¿qué pueden reprochar con razón a tu Iglesia?

«La verdad, toda la verdad revelada está en la Iglesia, pero ¿son siempre conformes vuestros actos y palabras a la verdad? ¡Ah! No me traicionan los extraños, sino los mismos miembros de mi familia.

Cuando todos los miembros de la Iglesia viven conforme a lo que profesan, las almas de buena voluntad que hay entre los herejes, comprenderán y vendrán a nosotros».

606. «¿Comprendes que cuando con tu generosidad triunfas de las pequeñas miserias que difunde entre vosotras el mal espíritu, has trabajado para el mundo entero? Entonces me haces triunfar de mis enemigos y mi Reino se extiende entre vosotras».

¡Jesús!

607. «En mis visitas al monasterio debo encontrar cada cosa en su sitio y a todas las religiosas ocupadas en su deber; siendo así, mi bendición os comunica fortaleza y dulzura».

Lunes de Pentecostés. Acción de gracias.

608. «Vivid en mi amor, conservad mi Espíritu.

Mi Espíritu es vuestra fortaleza, vuestra alegría y vuestra luz. Es vuestra vida...»

No resulta difícil conservarlo: sed en todo fieles a vuestro deber. Si habéis cometido alguna falta o habéis tenido intenciones y pensamientos reprehensibles, basta reconocerlos y pedirme el perdón reparador. Entonces conservaréis mi Espíritu y yo viviré en vosotros...»

609. «Podéis hacer mucho las unas por las otras, podéis influenciarlas mediante el ejemplo, podéis determinar en la hermana el uso que habrá de hacer de su libre albedrío.

Pero yo no ejerzo influencia en vosotras; os transformo, no obstante, cuando me dejáis actuar en vosotras mismas».

610. «Bajad al fondo, a lo más profundo de vuestro ser, y allí me encontraréis.

— *Guardad silencio en lo más profundo de vosotras mismas y oiréis mi voz.*

Escuchadme. Haced cuanto os digo y yo os transformaré».

¡Jesús!

611. «Tu alma está aprisionada en tu cuerpo, pero vive más allá de los límites corporales.

Tu cuerpo está aprisionado en el monasterio; pero tu actividad debe extenderse fuera de los límites de esta casa, porque formas parte de la Iglesia, a la que pertenece todo el universo mundo, ya que las almas son creadas para ella, también es, pues el universo para ti y la Iglesia pertenece a Dios, que ha creado el universo de la nada y todo lo puede renovar.

¿No comprendes que si todos tus actos vienen a mi corazón para alegrarlo y sepultarse en él, los puedo utilizar a través del tiempo y del espacio conforme a los deseos de mi corazón?»

612. «Si me dejases obrar libremente en ellas, todas las almas podrían alcanzar rápidamente la plenitud de su santidad.

¡Son las reservas inconfesadas de egoísmo las que paralizan en vosotras la omnipotencia del Espíritu Santo!»

613. «Te resulta humillante entregar tus notas y el relato de tu vocación al Padre Espiritual, en esos escritos descubrirá tus pretensiones y tus defectos. Hazlo por mí porque te lo pido».

¡Jesús!

614. «Mando con absoluto poder a los elementos: mi voz resuena en ellos, mi voluntad está impresa en ellos.

Pero no mando a las almas, les pido lo que quiero... porque las he creado libres.

Hablo a los que están bien dispuestos para oírme. Mi voz está dentro de las almas y no hace ningún ruido. Es perseverante. Digo a las almas lo que han

de hacer para ser felices. Les digo lo que he hecho por ellas y lo que espero recibir. No les hablo de la santidad de Dios, sino de su misericordia y de su generosidad. Les enseño a acoger al Espíritu Santo: El será el que las purifique y les revele algo de la santidad de Dios».

615. — Mi buen Jesús, decid, algo de la Santísima Trinidad a esta pobre criatura vuestra.

«Amada hijita, tú perteneces a la Santísima Trinidad».

El Padre te ha creado para darte al Hijo, que te ha rescatado, para darte al Padre y al Espíritu Santo, que transforma tu alma.

Mi amada hijita, participas de la vida de la Santísima Trinidad por medio de la gracia que actúa en ti, mediante los Sacramentos, y por medio de tu estado de obediencia dependiente de Dios. La Santísima Trinidad se da a las propias criaturas, se da a darse a ti..., pero soy yo quien te habla».

616. «Querida hijita mía, la Santísima Trinidad revela la unión, el poder de la unión, las condiciones de la unión».

Yo os pido que os améis y que estéis unidas, pero no en el sentimiento, sino en la realidad. Eso es todo lo que podéis hacer. De esta forma os podéis ayudar mutuamente a recibir mi Espíritu.

Mi Espíritu, el Espíritu Santo hace todo lo demás: El es el que abre la inteligencia a la luz divina, El es el que os inspira mis sentimientos y mis deseos, El es el que transforma vuestra debilidad en fortaleza y que convierte los más duros corazones.

Os pido que estéis unidas entre vosotras para ayudaros mutuamente a recibir al Espíritu Santo».

¡Jesús!

617. «Hay unión exterior, me gusta ver que la observáis en las ceremonias y en los actos de comunión: es reflejo de la unión interior».

Vuestra verdadera fuerza está en la unión interior de los corazones que se aman y de las voluntades que quieren el bien ajeno, una fuerza irresistible sobre el corazón de Dios también. Esa es la condición para la prosperidad de un monasterio.

La tenéis en la medida de vuestro desapego, de vuestra pobreza de espíritu».

618. «Hay que compadecerse de las almas que llegan a la eternidad. Hay que ayudarlas a no tener ningún resentimiento, ningún rencor, a fin de que el amor de las criaturas, el amor humano, les abra el corazón al amor divino y a sus exigencias de sinceridad».

¡Jesús!

Antes de la Misa

619. «Sí, mira al altar: allí descenderé dentro de poco tras la invocación del sacerdote. El altar está limpio, los manteles y los corporales no tienen manchas. Sin embargo, ¡qué morada más misera! ¡Y qué desconocido soy en el altar!

En muchas iglesias pobres me rodea el desorden y la suciedad, personas groseras y ordinariotas, algunas de las cuales voccean oraciones discordantes, me dirigen ruidosas oraciones, a mí, que pido silencio; oraciones de labios afuera, desmentidas por sus sentimientos y acciones».

Sin embargo resido allí, quiero a esas almas que he rescatado, y espero.

¿Comprendes lo que es hacerse todo para todos?»

620. «A muchos fundadores los han despachado de sus casas, de las casas que habían fundado, de la familia que habían establecido. Eran el Padre o la Madre, los fundadores. No eran sus propietarios.

¿No soy yo, por ventura, el propietario de las casas que se han construido para mí? Y sin embargo, amada hija, ¡cuántas veces se me ha despachado de ellas!»

¡Jesús!

621. «Es fácil vivir en mi intimidad, conversar conmigo. Lo deseo de todas las almas.

No hagáis para vosotras nada, no obréis para ser vistas de los demás, hacedlo todo por mí, y así estableceréis un vínculo entre vosotras y yo, un vínculo de tenues hilitos, pero tan numerosos que os encadenarán a mí.

Yo siempre respondo a los que me hablan, sobre todo cuando se me habla con los hechos. Respondo con hechos: mis bendiciones, que son hechos que forman parte de vuestra vida, protecciones que comprenderéis más adelante, impulsos a vuestra vida.

A los que callan y escuchan les hablo con palabras».

¡Jesús!

622. «¿No he mantenido mi palabra? Ya ves que no has pillado esta gripe tan general.

Dame para otros que sufren los frutos secos de que puedes prescindir por las noches. ¿Quieres?»

276

623. «Debéis acostumbraros progresivamente a la mortificación. Os repugna cuando no la habéis experimentado. Pero si conocierais su valor y la recompensa que con ella obtiene vuestra alma, la buscaríais, y creceríais en fortaleza y en perfección en cuanto al modo de practicarla».

624. «Estate atenta para no desaprovechar ninguna ocasión de mortificar tu impaciencia, tu curiosidad y las satisfacciones naturales de las que me vi privado a lo largo de toda mi pobre y laboriosa existencia».

¡Jesús!

Santa Comunión

625. «Tu mortificación te dirá si me amas, ella ha de ser la que te obtenga el acrecentamiento de amor que deseas».

626. «Unos llaman *Amor* y otros *Sufrimiento* al camino que conduce a mi corazón.

El amor sin sufrimiento no conduce a mi corazón. El amor y el sufrimiento son inseparables, inseparables en su crecimiento y en sus exigencias, y están inseparablemente unidos: pero dan infaliblemente un fruto que los hombres se olvidan con frecuencia de nombrar cuando hablan del camino que conduce a mí. Te lo diré, amada hija, es la *alegría*. Conserva en tu memoria esta trilogía del camino que conduce a mi corazón:

Amor, Sufrimiento, Alegría».

¡Jesús!

627. «Ya ves que no te sirve para nada velar tú sola por ti.

277

Anda sin preocupaciones con la fortaleza que yo te doy».

628. «Si os entretenéis en espigar aquí y allá alegrías naturales, no sentiréis necesidad de las alegrías sobrenaturales; sois vosotras las causantes de su rareza.

Hay que escoger».

629. «Amada hija, los buenos tiradores, para dar en el blanco, apuntan más alto.

Para practicar una virtud no hay que temer sobrecargar en ella, para llegar al amor de la cruz, hay que conocer la locura de la cruz».

630. «Cuanto más conciliadora seas con tus Hermanas para facilitar la concordia, tanto mejor oírás mi voz».

¡Jesús!

631. «Ser buenas, amada hija, con quienes son buenas con vosotras, es muy poca cosa; pero ser buenas, muy buenas, por mi amor, con quienes os hacen sufrir, es, en verdad, formar parte de mi familia».

632. «Todos los días ves cambiarse la luz y hacerse de noche. Eso sucede de manera continua e insensiblemente.

Yo también transformo insensible y progresivamente vuestras almas, sin que os sea dado determinar el momento en que se produce algún cambio.

— También modifiqué las circunstancias en vuestras vidas, haciéndolas concurrir para el mayor provecho de las almas, y eso no es más que un juego para el divino poder.

Pero este mismo poder no puede nada sobre vosotras sin vuestro consentimientos».

633. — Dios mío, gracias por haberme dado Hermanas y Superiores, por cuyo medio puedo librar a mi alma del ocio, del egoísmo y del orgullo. Concededme la gracia de corresponder a sus esfuerzos.

¡Jesús!

— 634. «Las dificultades que se originan entre vosotras, las sospechas, los malentendidos, las envidias o cualquier otra cosa, son como trozos de leña que deben alimentar el fuego del amor fraterno; ¿No notáis después de cada reconciliación, que ha crecido vuestro amor? ¿No es más vigoroso que anteriormente?

Cada vez que se presente alguna de esas dificultades, hija mía, piensa que ha de solucionarse con la reconciliación, para que tu corazón se llene de esperanza».

¡Jesús!

Fiesta de la Santísima Trinidad

635. «Cuando entre vosotras se produce algún malentendido, hay que hacer lo imposible para que triunfe la caridad y os améis más que antes, de otra forma, será un paso atrás que no se sabrá dónde puede terminar. Hija mía, hay que intentar lo imposible».

636. «Amada hija, ¿qué te dice la Santísima Trinidad? ¿Lo oyes? Donarse, Donarse, Donarse, Unión...»

¡Jesús!

637. «El alma que más me honra no es la que más sufre, sino la que mejor sabe transformar en amor y alegría todos sus sufrimientos; si todos sus sufrimientos, hasta las más pequeñas contrariedades y desilusiones. Su amor me glorifica sobre la tierra».

638. «Sí, tú eres mi víctima, yo soy el que he hecho eso, yo lo he deseado. Tú no pasarás por sufrimientos extraordinarios, visibles, no es eso lo que exijo de ti. Deseo únicamente que tu voto de víctima te purifique el alma. Deseo que te inmoles, imitando mi vida eucarística, en el silencio, en el olvido, en la donación de ti en mí, intercediendo sin cesar, acogiendo toda ocasión para expiar, con alegría».

La alegría no está inscrita en la santa Eucaristía: ésta lleva la imagen de la crucifixión. Pero ¿no recibis mi alegría cuando comulgais? Os la comunico y doy. Yo soy la verdadera víctima. Seguidme hasta el Calvario y la Eucaristía».

639. «No es el número de los sufrimientos lo que expía y repara, sino la calidad de vuestra expiación; cuando me unís a vuestra vida sufro y expio con vosotros».

640. «Amada hija, no te presentes nunca sola ante Dios: en tu alma está la Santísima Trinidad, y existes asimismo un fragmento de toda la Iglesia».

Tú eres un eslabón de la inmensa cadena de la Iglesia, habiendo recibido gracias merecidas por miembros del Cuerpo místico que te precedieron; otro gran número de eslabones se irán uniendo en seguida,

para hacer cada vez más inmensa esa cadena. Sois solidarias y por toda la eternidad».

¡Jesús!

1 de junio

641. «Ten confianza: la Visita producirá beneficios para todas y cada una de vosotras, también tu presente esto en mi Pasión» (1).

¡Jesús!

La Visita

642. «Di: Sí, es un gran privilegio la vida religiosa, puesto que para salvaguardarla hay que cerrar los ojos sobre todas las cosas».

643. «¿Ves qué ligero es tu espíritu? ¿Cuándo estarás fija en la oración? Pídemela estabilidad de tu débil voluntad».

644. «Regocíjate, amada hija. No tendrás ningún cargo».

¡Jesús!

3 de junio

645. «La Verdad está en la Iglesia. Faltar a la Verdad es faltar a la Iglesia. La Iglesia soy yo.

Cuando os conformáis a lo que dice la Iglesia, vivís mi propia vida y defendéis mi causa.

Cuando os mostráis disconformes con lo que dice la Iglesia, vivís vuestra vida, secundáis vuestros intereses personales.

(1) Se refiere a la visita canónica.

¿Quién tomará como suya mi causa?»

¡Jesús!

Fiesta del Corpus.

646. «El especial sufrimiento de las religiosas de clausura consiste en tener que acomodarse entre sí con limitados elementos humanos y siempre los mismos.

Pero es mejor que sea así: tenéis asegurada mi ayuda en correlación con vuestras peticiones.

Fijaos con qué elementos humanos fundé mi Iglesia.

Amada hija mía, vivid conforme a la fe, y nada os faltará jamás».

¡Jesús!

647. «Grandiosa es vuestra vida, querida hija. El menor acto de obediencia, siempre que lo hagáis conmigo, así como la más insignificante fidelidad para con vuestra Regla, repercuten en favor de toda la Iglesia. No lo suponíais, ¿verdad?

Pero también vuestras faltas, vuestras menores debilidades repercuten en la marcha del mundo entero, con sus inherentes consecuencias. Tampoco lo podías suponer, ¿no es cierto?

Estad vigilantes. Os doy la suficiente sabiduría para conocer lo que espero de vosotras y al mismo tiempo os proporciono la consiguiente fuerza para realizarlo».

648. «Contáis con todo lo preciso para sentiros dichosas. ¿Os falta algo de lo necesario?»

¿He dejado, por ventura, de aseguraros la abundancia de mis gracias para el alma?

No tenéis más que vivir conforme a la santa Regla, todo lo demás corre a mi cargo, recompensándoos desde ahora vuestra fidelidad.

Contáis con todo lo preciso para ser dichosas».

649. «Hoy se me expone a vuestras miradas, pero todos los días estoy entre vosotras. ¿Por qué os ocupáis de otras cosas fuera del cumplimiento de vuestro deber del momento y de mí? El orden reinaría entonces en el monasterio y en él veríais mi acción».

650. «Una madre de familia piensa en su esposo y en los cuidados que debe prodigar a sus hijos. Cada una de vosotras puede tener muchos hijos. Son innumerables las almas del mundo que están esperando la maternal ayuda de vuestras oraciones.

Vuestro divino Esposo espera la reparación que debe ofrecerle vuestra penitencia».

¡Jesús!

651. «Querida hija mía, cuando alguien se defiene para conservar un cargo o empleo ello quiere decir que se quiere al cargo o empleo más que a mí.

El alma que me ama ve la expresión de mi voluntad en todo lo que exigen las circunstancias, sabe que no tengo necesidad de nadie. No tiene más mira que demostrarme su sumisión y su desvinculación de todas las cosas creadas. Todo me lo confía a mí».

¡Jesús!

652. «Mi amada hija, como vivís en clausura, no tenéis en la cicatrización de vuestras heridas, las

preocupaciones de la gente del mundo, que os arrancaban de vosotras mismas. Debéis tener gran cuidado en no causaros molestias innecesarias: cede a los deseos de tus Hermanas, procura contentar a cuantas estén cerca de ti. De otra forma, sembrarías en las almas heridas terribles rencores. Vosotras ni siquiera os los figuráis, pero yo los veo y soy su víctima, porque esos rencores se oponen como insuperable valladar a mi acción.

Has de prevenir, amada hija, las sospechas, que corroen la confianza fraterna, mediante la sencillez y la franqueza.

Si en el claustro no tenéis las miradas fijas en mí, desligadas de las criaturas, faltaréis a la finalidad de vuestra vida de Clarisas, iréis en busca de fracasos y desilusiones a pesar de todos los esfuerzos en contrario. No lo olvidéis».

653. «Hay dos clases de uniones: la unión de los apóstoles que se afanan por difundir mi doctrina, y la de otros que se esfuerzan en seguir sus fantasías. Esta segunda unión sólo dura cierto tiempo, pues el egoísmo, que es su causa, la destruye.

El amor de Dios, que es la causa de la verdadera unión, conduce a una fidelidad siempre creciente para con la santa Regla: es su primer fruto».

654. «Existen varias formas de humildad: la que os hace teneros por nada e indignas, es conforme a la prudencia y a la verdad. La humildad que lleva a no hablar de sí porque no se piensa en sí, hace pensar solamente en mí.

Me gusta el silencio sobre sí mismos».

655. «Para realizar la unión con vuestro Esposo

debéis empezar por hacer la unión entre vosotras, al menos de deseo y de buena voluntad».

656. «MI querida hija, vuestro tiempo, vuestra santa Regla y vuestros mismos votos no os pertenecen, os los he dado por haber querido consagrármelos. No tenéis derecho de vivirlos según vuestra fantasía, sino que habéis de seguir el espíritu de la Iglesia. Yo soy la Iglesia. La Visita acordada por la Iglesia soy yo también. ¿Podrías engañarme? No podéis engañarme en modo alguno, pero podéis dejar de acogerme».

¡Jesús!

5 de junio.

657. «El monasterio no os pertenece, se os presta.

No tenéis derecho a vivir en él como os plazca sino que debéis hacer lo que indica la Iglesia. Porque la Iglesia soy yo».

658. «Di la verdad».

¡Jesús!

7 de junio

659. «Mediante vuestra irritación personal podéis comprometer las gracias que os aporta la Visita; podéis hacer ineficaces las gracias que mediante esta Visita obtuve para vosotras y vuestro monasterio con mi Pasión.

Esto lo digo por ti».

660. «Cuando te irritas no defiendes mi causa.

La harás triunfar soberanamente si no te apartas de mi dulzura y vences el mal con el bien».

661. «Cuando las almas sufren es cuando más hay que amarlas».

662. «¿Acaso me desconcierto por los ultrajes que me oprimen sin cesar? No, yo reparo, espero a las almas, espero que tengan comprensión, que se arrepientan y vengan a mí.

Un alma víctima tiene que vivir de modo análogo a como yo en la Eucaristía...».

663. «Será muy pronto» (1).

¡Jesús!

10 de junio.

664. «Cuando no se guardan atenciones es cuando más bondadosa debes mostrarte, muy bondadosa, — para vencer el mal con el bien. Hazlo por mí».

¡Jesús!

Festividad del Sagrado Corazón

665. «Te pido y espero que actúes a mi modo, imitando mi vida eucarística, sin irritarte y sin hablar».

Ese voto de víctima es el que te he pedido. Animate. De tal modo bendeciré tus esfuerzos que después de ti habrá muchas almas que promue-

(1) Anuncio de su próxima muerte.

van la venida de mi Reino empleando los medios que te he indicado».

¡Jesús!

14 de junio.

666. «Podéis ser muy felices.

No tenéis más que conformar vuestra vida a lo que indican vuestra Regla, que es santa, y vuestras Constituciones.

Todo lo demás me encargo yo de hacerlo.

Puedo bendecir tan abundantemente vuestros esfuerzos que se convierta vuestro monasterio en un centro ejemplar de vida religiosa, cuya influencia se extiende por el mundo entero.

Hay que empezar por ser fieles en las cosas pequeñas.

Amada hija mía, consuélame siendo más fiel».

667. «Si, deseo que en la confesión te acuses de todas las pequeñas faltas que no parecen nada, pero que implican una debilidad interior. Para repararlas tienes necesidad de mi perdón, de otra forma, irías deslizando de debilidad en debilidad».

17 de junio «*día en que se metió en cama*».

668. «Puedo curarte cuando quiera, si ésta es mi voluntad, pero ya te he llamado. ¿Te parece bien?»

N. B. El 23 de junio, dos días antes de su muerte, aún escribió, a lápiz, lo que sigue:

23 de junio de 1942.

669. «¡Qué bueno, bueno y bueno es Dios! Cuando lo pienso, me vienen ganas de llorar. Deja

que me figure que estoy de vacaciones en Suiza, el país del aire fresco y de las montañas, como cuando nos encontramos dos veces mi hermana la de América y yo. Esta mañana, después de la Comunión, me ha llevado el Señor por todos los países visitados, señalándome las almas, las muchas almas más a las que llama y espera. Me ha hecho ver muchas y en los ambientes más diversos:

«¿Ves, hija mía? Estas quisieran consagrarse a mí, pero no pueden entrar en religión. ¿Qué hacer?»

Deseo que sepan las almas que mediante el voto de víctima entran en una vida de unión conmigo.

Es preciso que lleguen a saber que deseo ardientemente el voto de víctima.

Así se reconstruirá la sociedad.

Tienen que saber que el voto de víctima implica —
+ *imitar mi vida eucarística.*

Deseo que haya víctimas por todas partes y de toda condición.

Me ofrecerás mucho a causa de tu voto de víctima y mediante él, a fin de que comprendan las almas su urgencia.

Deseo mucho que las almas generosas hagan el voto de víctima.

Sufrirás mucho, pero estaré contigo y vendré por tí de pronto».

* * *

Dos días después de escrito lo que precede, es decir, el 25 de junio, a las dos y cuarto de la tarde, expiró la Hermana de pronto, sin agonía y dulce-mente.

Ninguno de los sufrimientos que debió soportar se transparentó en sus palabras ni en la expresión de su rostro. Por lo mismo, después de administración de la santa Extrema Unción, las Hermanas presentes estaban muy lejos de creer en un rápido fin. Pero el Señor tuvo a bien tomar su alma como se toma una fruta madura que se desprende de la planta con su- ma facilidad, sin que se estremezca una sola hoja...

Fue sepultado su cadáver en el pequeño cementerio anejo al convento, presidiendo su florida tumba una sencilla cruz de madera con la inscripción: «Sr. M. de la Trinité — 26-4-1901... — 25-6-1942».

OFRENDA POR LA MAÑANA

— Señor mío Jesús: os ofrezco mi lengua. ¡Guardadla! ¡Que sólo exprese lo que sea de vuestro agrado y os hable mi silencio!

— Os ofrezco mis oídos. ¡Que no oigan más que la voz del deber y la vuestra, oh Jesús!

— Os ofrezco mis ojos. ¡Que no dejen de veros en todos los rostros y en todos los trabajos!

— Os ofrezco mis manos y mis pies. ¡Dadles agilidad! ¡Que estén vinculados a vuestro servicio y a la ejecución de vuestros deseos!

Os ofrezco mi mente. ¡Que la invada por completo vuestra luz!

Os ofrezco mi corazón. ¡Que vuestro amor, oh Jesús, reine y descanse en él!

«Repite esta ofrenda todos los días por la mañana y en cada Comunión.

Yo, amada hija, te concedo el día de hoy».

EL VIA CRUCIS

PRIMERA ESTACION: Jesús sentenciado a muerte.

También tú estás sentenciada a morir, pero ignoras el momento. La muerte es una gran realidad. Con ella desaparecerán las sombras y sólo quedará lo que es. Aprende de mí a prepararte para la muerte y a morir.

SEGUNDA ESTACION: Jesús con la Cruz a cuestas.

Aunque desfallecido por la flagelación y los padecimientos de la noche, tomé mi cruz con amor y alegría. Para aquella hora había venido al mundo. No pensaba en mí, sino en la Redención.

Recibe con amor y alegría cualquier cruz que se te dé; no pienses en ti; piensa en la obra de la Redención.

TERCERA ESTACION: Jesús cae por primera vez

Había recorrido un corto trayecto cuando caí por primera vez al suelo.

No te extrañes cuando caigas; pero a imitación mía, levántate.

CUARTA ESTACION: Jesús encuentra a su Santísima Madre

No se me podía reconocer, no tenía aspecto de ser humano. Mi Madre me vio y me reconoció al instan-

te. ¡Oh, compartió mi Pasión! Y, sin embargo, no sólo os perdonó, sino que os quiere como ninguna madre ha querido jamás a sus hijos. No deja de velar por vosotras, de protegeros y de interceder por vosotras desde el día que nacéis. Maternal, silenciosa y oculta, ni siquiera desea que le deis gracias por todo ello, pero sí que os mostréis reconocidas con Dios.

Dirige a Ella tus súplicas: su oración es irresistible para el corazón del Señor. Si deseas darle gracias, procura imitarla.

QUINTA ESTACION: Jesús es ayudado a llevar la Cruz

Quise que la humanidad participase en cierto modo en su redención por medio de la persona de Simón Cirineo. Así sucede siempre. Tenéis que ganaros a los que se abstienen y a los que se niegan a cumplir los mandamientos de Dios. Si los unos lleváis las cargas de los otros, si hacéis a los demás lo que quisierais que los demás os hiciesen a vosotros, deseáis pertenecer a vuestra familia, aceptarán sus obligaciones, y luego, además de apreciar esas obligaciones en su justo valor, darán generosamente todavía más. Muchos son de mi familia sin saberlo, ya que reconozco a los míos por los hechos y las intenciones.

SEXTA ESTACION: Es enjugado el rostro de Jesús
Por un gesto de bondad humana, di una recompensa divina. Así ocurre de continuo. Lo que me consoló en el terrible camino de la cruz, no fue solamente el gesto de la Verónica y la suavidad del lienzo, sino la posibilidad de compensarla. Siento mucho

gozo en dar. Mis gracias son ilimitadas. Espero las ocasiones en que mostréis un corazón apto para concedéroselas ostensiblemente. Espero las ocasiones y las busco... Sí, estoy en la puerta y llamo.

SEPTIMA ESTACION: Jesús cae por segunda vez
Debería haber muerto en aquel instante porque mi debilidad llegó a los límites extremos. Pero aún no se había cumplido todo. Pensé en las almas y mi amor me dio fuerzas para volverme a levantar. Cuando no podáis más por el agotamiento y las penalidades, pedid amor, que nunca se rehusa a quien lo pide.

OCTAVA ESTACION: Jesús consueta a las piadosas mujeres

Ya lo ves. Me puse de pie nuevamente para hablar a las piadosas mujeres de Jerusalén que lloraban al verme tan atormentado. Cuando se piensa en el dolor ajeno se olvida el propio. Hay que pedir por los demás más que por sí mismos, por las intenciones generales de la Iglesia: la salvación de las almas, el triunfo de la Fe, las misiones; por los Sacerdotes; por la unidad visible de mi Iglesia; por la cicatrización de las heridas que se causan a la vida humana de mi Iglesia, heridas que debilitan su acción y echan un a modo de velo sobre su luz, la luz de mis palabras. Hay que pedir a Dios sus divinos dones: la fe, la fidelidad, o sea, la caridad en acción, la correspondencia a sus gracias, que es el fruto de la esperanza.

NOVENA ESTACION: Jesús cae por tercera vez

Heme aquí otra vez en el suelo, extenuado bajo el peso de la cruz. De haber muerto entonces, la muer-

te hubiese sido el más dulce alivio. Pero sufrí mucho más allá de lo que era necesario para el rescate del género humano. Sin embargo era preciso tal exceso de padecer para las almas que se exponen a perder mediante la tibieza y la complacencia de sí los valores que se les han confiado y a perderse ellas también. Ningún sufrimiento se pierde en la vida del amor. Sé generosa. Nunca lo serás demasiado. Nunca lo serás bastante.

DECIMA ESTACION: *Jesús es despojado de sus vestiduras*

Todo lo entregué, no reservándome ningún recuerdo para mi Madre, ni siquiera mi túnica. Mis dones son de otra especie. Déjate expoliar. Despréndete ante todo, de las cosas materiales y luego de tus derechos, de tus energías, de tus pensamientos. Se lo darás todo a Dios. En la hora de vuestra muerte sólo os quedará lo que le hubierais entregado.

UNDECIMA ESTACION: *Jesús es clavado en la cruz*

Para mí los clavos de punta acerada, la cruz de dura madera que hincaba en mi cabeza la corona de espinas. Para ti los clavos son los votos; pero éstos no te fijan en ninguna cruz sino en mi corazón, para que nunca te apartes de mí, en mi corazón, que te ama y te espera desde mucho tiempo. Ya ves que es envidiable tu suerte. ¿Adónde irías sin tus votos? Amalbo para vivirlos con la perfección que inspira el amor. El de víctima no altera para nada los demás y te une más estrechamente a mí, el Cordero inmolado, la Víctima. Yo elegí el último lugar. ¿Eres tú de verdad la sierva de tus Her-

manas? ¿Me ofreces todos los días alguna inmolación?

DUODECIMA ESTACION: *Jesús muere en la cruz*

Todo lo perdoné y todo lo di, todo lo que tenía, y, además, mi cuerpo y mi sangre. Mientras estaba en la cruz todavía tenía a mi Madre y también os la di: Ella es vuestra Madre. A vuestros seres queridos no tenéis que amarlos por propia ventaja, sino para darles, para que reciban el amor con que habéis sido obsequiadas. Hay que amar al Señor de manera que el amor se propague y sea conocido y amado Dios. Sólo en el cielo comprenderás lo que debes a quienes te han querido. No los guardes para ti, dálos... Es preciso dar lo mejor del propio corazón y del propio pensamiento. Si te reservas tus propios pensamientos para ti sola, permanecerán estériles, y si los das al Señor, podrá utilizarlos como El quiera. ¿Qué deben importarte? Lanza, como los granos que el viento dispersa a los cuatro puntos cardinales lo mejor de tus pensamientos, tu amor y cuanto puedas dar, y deja a Dios el cuidado de servirse de ello como mejor le plazca: me honra la prodigalidad.

Os di a mi Madre; grité el abandono en que me tenía el Padre para que las almas presas de mortal angustia se consolasen pensando que yo la sufrí antes que ellas y por ellas. Manifesté en alta voz mi sed de almas. Y aún la tengo. ¿La compartes tú? Quien quiera ser mi esposa debe compartir mis deseos.

Todo lo cumplí. ¿Eres tú fiel a tu Regla? ¿A todo lo que te manda tu Superiora y tu Padre espiritual? ¿A cuanto yo te digo? Cúmplelo todo te cueste lo que costare.

Entregué mi espíritu en las manos de mi Padre. Así hay que morir. Así lo harás tú muy pronto.

DECIMATERCERA ESTACION: *Jesús es bajado de la Cruz*

Mírame en los brazos de mi Madre, como cuando era pequeñito. Había compartido mi Pasión y luego me tuvo en sus brazos, sosteniendo todos los méritos de mi Pasión que yo le entregaba. Por ser la Mediadora de todas las gracias puede disponer de mis merecimientos con corazón de amorosa Madre.

Entrégale toda tu vida, tus trabajos, tus deseos, todo tu corazón, para que ponga en él algo del suyo. Pon en sus manos tus oraciones para que las haga irresistibles uniéndolas a las suyas.

DECIMOCUARTA ESTACION: *Jesús es puesto en el sepulcro*

Vuestro corazón es el sepulcro en donde quiero resucitar. ¡No me dejéis solo!

APENDICE

UN HECHO SINGULAR

Fue en diciembre del año 1943 cuando el joven Renato Laki de Alfonso, de 17 años, que se hallaba en el Colegio Seráfico de Emaús, como aspirante al hábito franciscano, empezó a notarse un dolor en la rodilla derecha, primeramente, vago y discontinuo, pero luego más acentuado y persistente. Al propio tiempo la rodilla empezó a tumefacerse hasta hacer penoso todo movimiento. Visto y reconocido por un médico, éste se limitó a recetarle reposo y algunas pomadas. Pero al cabo de cinco meses no sólo no se había obtenido ninguna mejoría, sino que la tumefacción había ido a más y el dolor se había acentuado. Por lo mismo se llevó al joven al Hospital Francés de Jerusalén, en un estado de depresión general y con gran palidez y delgadez. Tras algunos días de observación y adecuada preparación, el Cirujano del Hospital Francés decidió someter al joven Laki a una intervención quirúrgica. Se creía que se trataba de un simple quiste, pero tras la incisión de los primeros tejidos cutáneos, se encontró el Cirujano con una masa tumoral de naturaleza sospechosa, optando por examinar con el microscopio un buen trozo, costándose la incisión en espera del resultado. El facultati-

vo creía que podía tratarse de una forma tuberculosa. El trozo anatómico se envió al Profesor Franco, anatomatólogo de la Universidad Hebrea de Jerusalén, y el resultado del análisis fue por más infausto: se trataba de un tumor maligno de la peor especie: de un sarcoma.

Reproducimos la fotocopia del dictamen dado por el citado prof. Franco con fecha 6 de junio de 1944.

Ante un diagnóstico de tanta gravedad, que suponía fatalmente la muerte a distancia de unos meses o de un año, a lo sumo, se decidió repetir el examen microscópico, pero el resultado fue idéntico; también en esta ocasión se reconoció la presencia de gigantesas células sarcomatosas.

¿Qué hacer? Como último recurso el Cirujano propuso amputar el miembro.

Quien esto escribe tuvo ocasión de examinar al paciente en aquel periodo de tiempo y ante la sintomatología general y local y el resultado del examen microscópico, no pudo por menos de acceder a que se realizase la amputación. Pero estábamos aún en guerra y resultaba difícil ponerse en contacto con la familia Laki. Por lo mismo, el responsable del muchacho creyó oportuno suspender la operación, máxime no asegurando el Cirujano que pudiera salvarse el joven Laki con medida tan extrema.

Fue por entonces, es decir, a mediados de junio, cuando habiendo salido Laki del Hospital para regresar a Emaús, desahuciado de los médicos, se surgió un religioso que se pusiera en la rodilla enferma un fragmento del hábito de Sor María de la Trinidad, una Hermana Clarisa de Jerusalén, muerta en junio de 1942, que, con una colección de «pensamientos» había dejado fragante recuerdo de una vida con-

sagrada por entero al Señor. El joven postulante rogó cada día con más vivo fervor a la buena Hermana que le ayudase, y, mientras los frailes le miraban como una juventud llena de promesas inexorablemente condenada, él permanecía tranquilo y confiado.

Entretanto se produjo un gran cambio en sus condiciones físicas: su cara reflejó de nuevo la robusta salud, renacieron sus energías, la rodilla se iba deshinchando rápidamente y los movimientos se hicieron cada vez más fáciles y menos dolorosos. Basta con decir que a menos de cuatro meses de distancia del día en que había ingresado en el Hospital, recorría a pie unos veinte kilómetros, que es la distancia que se para a Emaús de la Capilla de las Clarisas de Jerusalén, con objeto de dar gracias al Señor por la señalada gracia que creía haber recibido.

El hecho pareció tan extraño e increíble, que a pesar de la evidencia de la curación y de la impaciencia del joven, los Superiores juzgaron oportuno no admitirle en el Noviciado.

Más habiendo transcurrido todo el año 1945 manteniéndose invariablemente buenas las condiciones de Laki, y no haciéndole ningún daño la rodilla, se decidió aceptarlo como novicio.

El joven hace algunos meses que emitió los votos religiosos sintiéndose dichoso por haberse realizado la mayor aspiración que tenía.

Este es el hecho escueto, hecho que hay que ser extremadamente circunspectos en su interpretación, no lo es menos que se trata de una contingencia más bien única que rara, tanto en la casuística médica como en la agiografía de los más encumbrados santos, el que un tumor maligno diagnosticado microscópicamente por un anatomatólogo de indiscutible

competencia y seriedad, desapareciese en el curso de unos pocos meses sin dejar rastro de sí.

Prof. Dr. F. Canova

(De la Revista «La Tierra Santa», marzo - abril 1947, pág. 55 y s.).

DECLARACION

Enteramente sumisos a la Sta. Iglesia Romana, y de conformidad con los Decretos del Papa Urbano VIII, declaramos que no queremos en modo alguno adelantarnos al juicio de la Iglesia sobre la naturaleza de las comunicaciones de Sor Maria de la Trinidad, ni atribuir a las palabras contenidas en esta obra otro sentido que el permitido por los susodichos decretos.

Los Editores

I N D I C E

Carta de Su Beatitud Luis Barlassina, Patriarca de Jerusalén	5
Prologo	7
PRIMERA PARTE: Conversión y vocación de Sor María de la Trinidad	15
SEGUNDA PARTE: Los apuntes de Sor María	71
Ofrenda por la mañana	290
El Via-Crucis	291
APENDICE: Un hecho singular	297
Declaración	301